

Cafeína

A decorative flourish consisting of symmetrical, flowing lines that curve upwards and then downwards, resembling stylized calligraphy or a scrollwork element.

Cafeína

A decorative flourish consisting of symmetrical, flowing lines that curve upwards and then downwards, resembling stylized waves or calligraphic scrolls.

Eduardo Bechara Baracat

vientodefondo

GALÁCTICO FLÂNEUR

*Dedicado a la memoria de Elías Baracat,
mensajero de mi grey.*

Pasajero 19

En 1983 pasaba las vacaciones en la casa de mi tío Elías Baracat en Frías, Santiago del Estero. Tenía siete años. El verano quemaba la vereda. Jugaba con mis primos enfrente de la estación de trenes. A unos metros de la casa habían inaugurado un hotel. No parecía diferente a cualquier hotel de pueblo. El crepúsculo fue escondiendo el sol y, cuando la oscuridad invadió las calles, unas luces de colores alumbraron la fachada. El hotel cobró vida. Caminé hasta donde ondeaban una bandera del Líbano y una argentina, a uno y otro lado del portal. Dos inmensos faroles de vidrios amarillos iluminaban el césped y un rosal de flores rojas. Vi huéspedes al otro lado de unos cristales oscuros. Me acerqué bajo una galería abovedada. Caminé entre los arcos, abrí la puerta y llegué a la conserjería. Los pasajeros conversaban en el bar, bajo la luz de una araña de candiles labrada en hierro. Algunos bebían café. Un señor de boina sostenía un cigarro en sus manos. Una pareja subió por una escalera de ébano cubierta por una gruesa alfombra bordó. La música de un piano se mezclaba con las voces. Cinco relojes indicaban los horarios de Buenos Aires, El Cairo, Madrid, París y Nueva York. Me subí al apoyapiés de bronce lustroso y quedé abrazado al mueble de madera. Una caja con dieciocho casilleros exhibía las llaves de los cuartos.

Me llamó la atención una llave separada de las demás. Colgaba de la pared en un llavero dorado que mostraba un escudo, dos espadas cruzadas y el número 19. El conserje revisaba unos papeles, levantó la vista, me miró de arriba abajo y preguntó si necesitaba algo.

—¿Por qué esa llave es diferente? —la señalé.

Miró por encima de mí. Preguntó si me hospedaba en el hotel. Dije que pasaba las vacaciones en la casa de mi tío. Me indicó que me fuera. Le pedí que me dejara quedarme. Se puso serio y dijo:

—Esa llave es del cuarto 19. Gente muy especial suele quedarse ahí.

Siguió revisando las planillas. Atendió el teléfono. Me quedé pensando en aquella respuesta. Cortó, sonrió y preguntó:

—¿Así que quieres saber qué pasa en el cuarto 19?

Acercó su rostro al mío. Abrió sus ojos grandes y me contó aquella historia sobre un pasajero alemán de pelo largo y barba. El pasajero del cuarto 19 era un tipo solitario que recibía cajas repletas de libros escritos en varios idiomas. Hablaba poco y pasaba los días trabajando en un proyecto misterioso.

—¿Sabés guardar un secreto? —preguntó en voz baja.

Abrí los ojos. Asentí otra vez.

Me contó que los indios sanavirones habían desparramado unas piedras agujereadas en un área del monte santiagueño. El pasajero del cuarto 19 las había encontrado y había logrado descifrar un mensaje encriptado: la ruta a una ciudad subterránea, adonde brillaba una luna pequeña y vivían unos seres muy altos que se comunican cantando y se mueven tan rápido que nadie ha podido fotografiarlos. Explicó que quedaba en algún lugar cercano a las sierras de Guasayán, adonde yanarcas, kakuys y ampalugas custodian la soledad de los esteros.

—¿Cómo te llamás?

—Eduardo.

—Yo soy Rogelio Flores.

Nos dimos un apretón de manos. Me dijo que estaba ocupado aunque podía regresar otro día para conversar. Sus anteojos descansaban encima de su nariz aguileña. Vestía camisa y un chaleco azul con el logo del hotel bordado en un bolsillo. Unos

huéspedes se acercaron y me bajé del apoyapiés al piso de madera. A Rogelio Flores le consultaron cosas de huéspedes y ya no pude conversar con él. Di unos pasos rumbo a la salida. Antes de abrir la puerta, me detuve enfrente de unas espadas y hachas colgadas de la pared. Me sentí en el interior de un castillo medieval, en un país lejano. Regresé a la casa de mi tío. No pude dormir imaginando aquella ciudad secreta.

Durante todo el verano visité la conserjería para que Rogelio Flores me contara historias de los antiguos pasajeros del cuarto 19 del Hotel Biarritz. El primero había sido un judío que erraba por el mundo comprando relojes. Creía que al acumularlos podría detener el tiempo. Me confió la larguísima historia del asesinato de Joaquín Leal a manos de los *garimpeiros* del Mato Grosso. Una de mis favoritas fue la historia de amor entre un bandoneonista enfermo y una curandera de Loreto que lo escupió hasta sanarlo.

Hacia el fin del verano regresé a Deán Funes y pasé el año escolar pensando en aquellas historias. Mientras los maestros me pedían memorizar cosas de lo más arbitrarias o me infligían la aritmética o me lavaban el cerebro con himnos para acelerar mi proceso de estandarización con sesgo nacionalista y cristiano, yo pensaba en la escuela como un castigo que nadie merece.

El año pasó con lentitud. Apenas terminaron las clases, me subí a un colectivo y viajé a Frías para pasar las vacaciones de verano. Saludé a mis tíos, a mis primos y corrí a buscar a Rogelio Flores. En la conserjería me recibió un tipo de baja estatura, con el bigote recortado y un tatuaje en el anverso de la mano. Le pregunté por mi amigo. Me dijo que no sabía quién era. Le expliqué que era un conserje, así como él. Incluso lo describí. Me dijo que nadie con esa descripción trabajaba en el hotel. Me fui con un nudo en la garganta. Volví otras veces para buscar a mi amigo. Al fin me di por vencido. Así fue como aquel verano se acabaron las historias, llamé a mis papás y les pedí que me llevaran a Deán Funes. Eso hicieron.

Regresé esporádicamente a la casa de mis tíos. Hice mi vida y, un día, desperté en Frías con treinta y seis años. La calidez de la primavera reventaba los azahares. Los pájaros trinaban en la media mañana. Los olores ancestrales me trajeron sabores de rosquetes, miel de palo y mates de las manos de mi abuela. Decidí empezar una vida en esa ciudad. No debería ser difícil, me dije.

Tenía la intención de escribir una novela sobre el último viaje de un maquinista. Supuse que para realizar aquella tarea sería bueno residir en una ciudad ferroviaria. En el almuerzo mi tío sugirió que buscara un lugar cerca de su casa para vivir:

—Con todos esos trenes que pasan algo se te va a ocurrir.

Después de la sobremesa crucé la calle. Caminé por el parque de maniobras de la estación. Los yuyales crecían al pie de los álamos y palos borrachos atestados de flores blancas. Me paré en medio de las vías. Surcaban el terreno hasta desaparecer. Me senté a fumar en el andén. Escuché el pitido de una locomotora que venía desde el norte. Se fue acercando despacio. Evoqué escenas de mi niñez. Un limonero, un aroma, personas, transgresiones. La memoria se aferra a ciertos eventos con la determinación de un animal que pelea por sobrevivir. Sin querer, evocamos situaciones que yacen como piedras agujereadas e indican la entrada a una ciudad secreta, en medio de los montes, al pie de un largo cordón montañoso erosionado por los años. Supongo que lo demás se llama olvido.

La locomotora paró cerca. Llevaba inscripto el número 7.738. Era amarilla y roja, fuerte y majestuosa. Había encontrado el primer personaje de mi novela. De regreso me pareció escuchar una voz. Miré a los costados. Me encontré frente al hotel de aquella infancia. El Biarritz estaba casi en ruinas. Los años me habían cambiado a mí también. Entonces recordé las historias de Rogelio Flores.

Sentí la necesidad de avanzar hasta el portal de entrada. No había banderas ondeando. Los jardines estaban cubiertos de tierra. Un árbol había crecido de manera caótica rompiendo la fuente. Los

vidrios estaban opacos, los arcos despintados, los faroles oxidados. Levanté la vista hacia el balcón del mítico cuarto 19. Daba la sensación de estar desierto. Caminé bajo la galería abovedada. Empujé la puerta y rechinó. No encontré relojes ni llaves que despertaran mi curiosidad. Las lámparas exhibían cables pelados. La alfombra sobre la escalera estaba deshilachada. En el bar yacía un conserje aplastado sobre una silla, mirando un programa de televisión de éstos en los que todos se agreden. Lo saludé. Y él a mí, de mala gana. Éramos él y yo en medio de la desolación. Las sillas y las mesas eran las mismas. El piso de madera había envejecido. Decidí sentarme. Pedí un café. Lo bebí atragantado por el sabor horrible y una sensación de derrota. Intenté conversar. Cada pregunta fue respondida monosilábicamente. Pagué y huí.

A la salida del hotel me detuve y miré el cartel con letras metálicas sobre el parapeto de la cornisa. Todos los calendarios del mundo cayeron sobre mis espaldas. La vida tiene esa manera de cachetarnos. Frente a los vidrios negros vi mi reflejo: ¿quién destruyó al niño y arrasó el Hotel Biarritz?

En el pasado existen senderos. Recodos oscuros y calles sin salida. Tramos luminosos, frescos, vitales, hacia los que volvemos una y otra vez, caminantes sedientos en busca de un aljibe. Vayamos adonde vayamos, nos acecha el peligro de volver adonde fuimos felices y encontrar esa tierra saqueada hasta los cimientos por una guerra que sucede a nuestras espaldas. Algo que no tiene nombre deforma nuestra memoria y nos deja arrinconados y temerosos en el abismo de un momento que al principio no aceptamos.

De niño, nunca me importó la veracidad de los cuentos de Rogelio Flores. Él era un mago. Y mientras desplegaba su show, yo respetaba nuestro pacto. La vida me llevó por algunos caminos extraños y aún necesito proteger el corazón de un niño que se maravilla al escuchar cuentos que parecen ciertos.

Frías era el lugar para escribir y yo necesitaba uno para vivir.

Pregunté por la dueña del hotel. Resultó ser una artista plástica que vivía en la capital. Se había dedicado a otros proyectos. El hotel no está en venta, me dijeron.

Conseguí su dirección de correo electrónico y, de todas maneras, le escribí una oferta. Adjunté un relato en el que reproduje aquel episodio de mi infancia. Detallé las sensaciones que me acompañaron a lo largo de mi vida. Expresé que el Hotel Biarritz era uno de mis lugares favoritos en el mundo. Y agregué que quería devolverle el alma. Supongo que de alguna manera quería devolvérmela a mí mismo.

Días después recibí la respuesta. Escribí este texto en el cuarto 19 acompañado por la sensación de que aquí estaré hasta el último de mis días. Tal vez alguien cuente mi historia.

Cafeína

Cargo mi computadora en la mochila. Salgo del cuarto 19 del Hotel Biarritz y bajo las escaleras. A las nueve de la mañana la recepción luce desolada. Una capa de polvo engorda encima de los muebles. El conserje mira un programa de equitación por el canal ESPN. Se ha echado sobre un sillón con la tristeza de un novillo en el cepo. Lo saludo con un silbido corto y una levantada de cejas.

—Eh —contesta sin mirar.

La estufa está encendida. Parte del frío de julio se cuele por una ventana rota. Hablé con un vidriero de Frías y le supliqué que ayudara a resolver el problema. Le dije que un hotel al que le faltan vidrios en su fachada es un asunto serio. Levantó los hombros. Y después intentó convencerme de asistir a la iglesia en la que se desempeña como pastor evangelista.

Tuve la ilusión de convertir este lugar en un refugio adonde los viajeros encontrarían confort, simpatía y hospitalidad. Hubo un tiempo en el que ansié pasar mi vida aquí. El día en que me mudé al Biarritz, quedé embelesado por una máquina de café antigua empotrada en la pared del bar. Un perfume a madera y granos molidos se expandía por el *lobby*. Inspiré, cerré los ojos y me juré que trabajaría en mi obra, ebrio de cafeína. Las musas más salvajes se arrastrarían hasta mí. Las atendería a todas juntas bajo el efecto del *espresso*. Concebiría ideas seductoras junto a la luz tenue de una vieja lámpara de vidrios ámbar. Traería al mundo una novela que revelaría una verdad absolutamente moderna, disfrazada con una mentira ingeniosa, como lo hacía Faulkner. ¡Tendría una voz,

maldita sea! Me levantaría antes que el sol, como Vargas Llosa. Bajaría para prepararme un café bien cargado. Escucharía a Janáček o a Bartók, como le gusta a Kundera, o tal vez un poco de jazz, como Murakami. Intentaría divertir a mis lectores con el absurdo, como el maestro William Saroyan. Me alejaría de los laberintos, el caos y el resto de los temas de Borges, porque hay que estar desquiciado para intentar hacerlo mejor que él. Trabajaría como Papa Hemingway, enterrado hasta el cuello en la mierda existencial sin perder el humor, como lo haría el Gabo. Utilizaría la libido como motor al estilo Henry Miller. Convertido en un trompetista maniático, soplaría la prosa contra la hoja en blanco. Eso sugiere Kerouac. Ocultaría mi ego detrás de las ficciones, como Saramago o Coetzee. Y sobre todo, bebería mucho café, aunque no tanto como Honoré de Balzac, quien consumió cincuenta tazas diarias hasta morir a los cincuenta y uno.

Con la cafeína en la sangre correría detrás de un destino de grandeza, como los escritores que habitan mi panteón. Mi Obra surgiría y permanecería entre los humanos, por los siglos de los siglos. Ése era el plan. Todo cambió después de aquel episodio.

Ese día amanecí con ganas de escribir. Entré a la ducha, me jaboné y me cepillé los dientes. Imaginaba el sabor del café cuando escuché un estallido. Salí del baño, me envolví en una toalla y bajé las escaleras a toda velocidad. Mi talismán, la máquina de café en la que había depositado mis esperanzas, soltaba unos chiflidos. Nubes de vapor surgían de sus entrañas rotas. Algunos pocillos yacían quebrados en el piso. El bar parecía la escena de un crimen. Maldije mi suerte con toda la fuerza de la garganta. El agua goteaba desde mi pelo. Dos pasajeros me observaban con un poco de miedo. El conserje se paró a mi lado con los brazos cruzados. Lo miré como se mira a un médico en busca de explicaciones por la muerte de un ser querido. Le advertí que podría ser una pérdida de gas. Que nos podría matar a todos.

—¡Podemos explotar! ¿No ves?

Levantó los hombros. Chasqueó la lengua en el paladar:

—Na.

Apreté las mandíbulas para controlar mi furia. Arrugué la cara. Tragué saliva. El vapor hirviente de los tubos despintaba la pared. Mientras la cafetera de mis sueños se iba a la mierda, intuí que mis sueños se irían detrás de ella porque en Frías, continué intuyendo, me esperaba un universo de gente levantando los hombros ante mis problemas. Me senté en un banco contra la pared, me tomé la cabeza con las manos, bajé la mirada al piso de madera y desinflé el pecho expuesto ante la incomodidad de los huéspedes. El silbido de la máquina se fue apagando hasta que comprendí que todo había terminado. Entonces pronostiqué el fin de mi carrera literaria.

Luego me deprimí como sólo los Baracat sabemos hacerlo, con un fervor que se parece a la euforia. Desde el balcón del 19 contemplaba el ancho e insignificante mundo que ocurría entre los olivos que plantó mi tío, trinos de benteveos, agapones y catas, palmeras, eucaliptos, vagones abandonados, perros flacos, peatones sonrientes sin causa, sulkis tirados por animales débiles, motos estacionadas y postes de luz empapelados con basura electoral.

Para que la tristeza no tuviera fin, decidí escuchar los discos de João Gilberto, con esas melodías saudosas, letras desconsoladas, acordes invertidos y ese swing con el que susurra el bossa nova, mientras su mano derecha simula la percusión de una escola de samba con garotas que se agitan casi desnudas. La angustia me iba comiendo los órganos vitales, síncopa a síncopa. Envejecí y me volví huraño. Sólo abandonaba el cuarto 19 para ser arrastrado hacia los picos y valles de la bohemia salamanquera de Santiago del Exceso, con madrugadas que se confunden con cualquier hora del día, asados inundados de vino, animados por guitarreros dispuestos a cantar chacareras, zambas, carnavalitos, huaynos, gatos, chamamés y guarachas hasta desgarrar sus cuerdas vocales. Mi ciclo circadiano

enrareció. Desarrollé un impedimento para comunicarme con mis seres queridos y una aversión a la luz. Agregué veinte kilos a mi cuerpo, mi tensión arterial dio una escalada histórica, reflaté antiguos problemas de pareja, sumé otros, mi cabello emblanqueció y distorsioné mi manera de entender la vida, atacado por delirios como los que sufre Jack Nicholson en *El resplandor*.

Habían pasado cien días con sus noches y todavía no conseguía que nadie arreglara la máquina. Una mañana hice un esfuerzo por recuperar mi vida. Le pregunté a mi tío por un lugar para tomar un buen café. Seguí sus indicaciones. Caminé dos cuadras y media arrastrando los pies y llegué a una casa vieja con ventanales anchos. Entré al bar con cautela. Las mesas estaban ocupadas. El humo de todos los cigarrillos del mundo flotaba en el ambiente como bruma. Algunos hombres me miraron de manera extraña. Me ubiqué junto a una mesa ocupada por un tipo que bebía vino con poca soda. Me pareció que hicimos contacto visual. Levanté las cejas, comprimí los labios. No contestó mi saludo. Llegó el mozo y le pedí un café.

Barrí la escena con la mirada. En el centro de una pared colgaba la foto de un hombre calvo de unos setenta años con sus brazos cruzados. Alrededor del retrato había nombres pintados. En letras grandes y azules sobresalía el título: “Homenaje del Bar de Roberto a Clientes y Amigos fallecidos”. Todos nombres de varón con una excepción: Pocha Ramos, la poeta de Frías.

Un anciano junto a la ventana miraba al exterior. Murmuraba contra su reflejo. La luz sobre su rostro agudizó la melancolía. Un jugador de billar marcó su puntaje en la pizarra. Su rival caminaba alrededor de la mesa con pasos lentos. Giraba la tiza sobre el taco. Lucía un rostro tenso de ojos enrojecidos y un cigarrillo humeaba en su boca. Lo dejó en el borde de la mesa, sujetó firme el taco, apuntó a la bola blanca y la golpeó con un movimiento seco. Después vino el repiqueteo.

El ronroneo de la heladera repleta de cerveza se confundía con el sonido del televisor. En algunas mesas jugaban dominó. En otras,

loba o póquer. En la parte de atrás del inmueble jugaban al pase inglés. El piso estaba mugriento y lleno de colillas. Fotos de caballos de carreras con sus jockeys o dueños adornaban las paredes. Un vendedor de quiniela bebía fernet con sus clientes. Faltaban las jaulas con gallos de riña y las prostitutas a plena luz del día para ser el típico casino que florece en las ciudades latinoamericanas con escaso imperio de la ley y gente mansa que teme a sus gobernantes.

El tufo a meada me sacó de las reflexiones. Descubrí que estaba sentado cerca del baño. Toda la escena me pareció devastadora. Entonces especulé: en este agujero de mierda deben servir el mejor café del mundo.

Un sonido agudo indicó que el molinillo se había activado para procesar los granos. El vapor hirviente chifló. El agua cayó desde el vertedor al pocillo. El mozo me trajo el *espresso* con un vaso de soda helada. Su espuma coronaba la taza. Agité el sobre de papel en el aire. Mi boca segregó saliva. Eché el azúcar, batí con la cuchara y di un trago. El café era tan bueno que decidí quedarme un rato más aunque todo olera a destrucción. Pedí otro. El partido de billar se puso interesante. Escuché un par de bromas divertidas y crueles dirigidas a un hombre que, aparentemente, era cornudo. El borracho junto a mi mesa se había quedado dormido con el mentón apoyado en el pecho. Escuché más insultos, bromas y risas.

Entró un tipo de barba, el intendente. Se sentó en una mesa. Nadie se le acercó. Hizo llamadas con un teléfono de pantalla enorme y se fue en su automóvil último modelo. Me trajeron el segundo café. Fue lo mejor que me pasó en años. Volvieron mis ganas de escribir. Entonces juré ante aquellos seres desafiados por la suerte que volvería todos los días por mi dosis de cafeína.

De modo que allá voy. Dos cuadras me separan del Bar de Roberto. Meto las manos en los bolsillos de mi abrigo. Camino al ritmo del pueblo. La cafetera del Biarritz funciona, pero no me importa, porque el café que bebo en el bar me da mucho más que cafeína.

La sensación de invierno se acentúa por el cielo gris. El pitido de un tren revienta el silencio. Me detengo en un escaparate que exhibe relojes. Ninguno tiene la hora cierta. Todos tenemos razón de vez en cuando, incluso los relojes rotos.

Llego a la entrada. Abro la puerta. Respiro olor a tabaco. Hay sonrisas, rostros amnésicos y murmullos. Algunos me devuelven el saludo. Después de vivir un par de años en este lugar, he aprendido que en el Bar de Roberto se moldeó la idiosincrasia de un pueblo. Hasta que vine a Frías, yo era chico de un pueblo. Ahora soy de dos.

Me dirijo hasta la mesa de siempre. Abro la mochila, saco mi computadora, aprieto el botón de encendido y me siento. El mozo toma nota de mi pedido. Walter y yo nos hemos vuelto amigos. Alguien lee noticias en el diario de Santiago. Es todos los días el mismo diario. El editor cambia algunos detalles sobre apariciones, suicidios, asesinatos pasionales, propaganda del gobernador y ventas de servicios esotéricos. A mi lado, un borracho duerme. Y ronca.

Los fugitivos de siempre simulan correr hacia un destino que dicen conocer. Los ludópatas de ojos irritados ya no regresan a su casa. Yo también temo al infierno de una vida en la cual nada, nada, nada queda librado al azar. Los contadores de historias siguen atrapados en las garras de un sueño hecho de imágenes, tramas y frases que tardan en llegar. Los poderosos rumian su avaricia junto a quienes han sido humillados y vienen a pasear sus cicatrices.

En esta feria de miserias desfilamos con trajes de gala sobre un escaparate adonde celebramos el carnaval de los vacíos. Nos une la esperanza de un milagro, pero los relojes se han detenido. El molinillo brama, la realidad se revela. Creo en su belleza aunque a veces parezca inmundada. Los muertos antiguos cederán espacio a los nuevos, derrotados todos por el miedo y la nostalgia. Antes de que eso suceda, nos hallamos en una silla, escribiendo que nadie espera nada de nosotros. Sólo diez pesos por café. Y una propina.

La vuelta del mapuche

El aire fresco nos despierta. Nos produce el deseo de salir a la intemperie. Estamos en una tierra virginal, exuberante. Y sobre todo digna: acá no manda el hombre blanco.

Lorena, Azahar y yo llegamos en ómnibus desde Frías, capital del calentamiento global, a la casa de Victoria y su esposo, el doctor Cosentino, nuestros amigos de Fiske Menuco, *pantano frío* en lengua mapuche, porque nadie quiere pertenecer a una ciudad que se llame General Roca, a quien la historia moderna le ha revocado su estatus de prócer.

Victoria y su esposo decidieron arrojarse a compartir con nosotros las vacaciones en su casa neuquina de Villa Pehuenia, un pueblo perdido en la Patagonia. Desde Fiske Menuco vinimos en su automóvil por rutas que atraviesan llanuras, estepas y caminos de suelo pedregoso remontando la precordillera. He sido un hombre blanco por treinta y ocho años. Y ante las montañas que cortan el horizonte, juro por el alma de todos los caciques del pasado que seré un mapuche más hasta que acabe mi corrida. Ajusto los cordones de mis zapatillas.

A las nueve y media de la mañana el sol encandila. No hay una nube. Bebo dos vasos de agua de la canilla. El hombre blanco ha aumentado la temperatura del planeta unos tres o cuatro grados. El progreso es una noción compleja. Los mapuches lo sabían.

He encontrado un libro muy interesante. Se llama *Urraqintue, el atravesado*. Su autor es un antropólogo brasileiro. Antonio Conconha Gerèz explica que los aborígenes patagónicos respetan una hoja,

un tronco caído, un curso de agua, un copo de nieve, los animales intentando sobrevivir en la montaña, los arroyos, el viento y los árboles. Hay una frase que me ha quedado grabada: “Son gente de la tierra: incapaces de maltratar a sus compañeros de viaje”.

La casa está adornada con elementos que cuentan historias. Su interior huele a madera. Transito bajo la sombra de dos radales jóvenes hacia el jardín. Avanzo por el costado de algunos pinos bajos. Respiro el aire, lo alojo en los pulmones como si fuera una medicina y exhalo. Repaso el paisaje. No conozco una sola calle. Necesitaré de toda mi orientación para no perderme entre estas pendientes pronunciadas y senderos deshabitados que van a ningún lado.

Lorena desayuna con Victoria cerca de unos rosales llenos de flores blancas y rojas. Recuerdan sus épocas de estudiantes, sentadas a la mesa del jardín. Deben haber sido épocas especiales. Cada tanto, evocan algún personaje y sonríen. Mi hija aparece con sus nuevos amigos Luca y Dante, cargando un recipiente repleto de frambuesas. Lo deja sobre la mesa y me pregunta:

—Papá, ¿qué es la Patagonia?

—Es la tierra de los patagones.

—¿Qué es eso, papá?

—Ahora estamos en la Patagonia. En esta zona vivían unos seres de pie muy grande, temperamento incendiario y mucha cara de malo, parecidos a tu padre o al tío Dany. Tomo una frambuesa y me la como. Más parecidos al tío Dany porque él es benévolo con las plantas y además es sabio.

—¿Y al tío Juanca?

—Bueno, el tío Juanca sólo calza cuarenta y cuatro, es vegetariano y se convirtió al taoísmo. No creo que califique para ser un patagón, aunque le gusta regar las plantas.

—¿Papá, y qué es el...?

—¡Azahar, Dante! —grita Luca— ¡Atrapé una lagartija!

Dante y Azahar se van con Luca. No quiero interrumpir la reunión de las compañeras, entonces me despido:

—Me voy a correr. Sé cómo regresar —miento.

—OK, no te pierdas —advierte Lorena.

Todos tienen una brújula interna en la que confían en caso de una emergencia. El modo de orientación que perdura bajo las capas de civilización que nos adormecen el instinto. Todos tienen esa brújula interna. Todos menos yo. Ella lo sabe.

—¡No me voy a perder! —la desafío a viva voz con tono impostado— Seguiré la copa de los raulíes, la huella de los pumas y los zorros. Y si eso fuera insuficiente, preguntaré a mi hermano el volcán, que esconde en su cráter una laguna, adonde el gran Lonco Puel, cacique de los mapuches, enseña a escalar a sus hijos bajo los rojos atardeceres de la montaña.

—Acordate que hay muchas curvas, recovecos, calles sin salida y pocos autos. ¿Seguro que no te vas a perder?

—Mujer —mantengo el tono del discurso—, si no pudiera encontrar el regreso, esperaré a que el viento me llene de *newen*, esa fuerza mapuche que el hombre blanco nos ha quitado a fuerza de frotarnos el vil metal en la cara. Con las reservas de *newen* hasta los huevos, volveré a todo lo que da —me mira sin darme crédito—. Y si el *pulle*, ese espíritu mapuche, me abandona en medio de la noche, seguiré el resplandor de la luna sobre el lago.

—Tu tono mapuche no es verosímil.

—Si se me enquilomba mucho, asentaré el oído en el suelo para escuchar los latidos de tu corazón, que me guiarán hasta tus brazos.

—Cómo te gusta hablar boludeces.

—Por las dudas, ¿cómo se llegaba a la ruta?

—Es relativamente fácil —sus ojos miel se aclaran con la luz de la mañana—. Son tres curvas hasta el camino de tierra ancho, después girás en dirección a la montaña.

Victoria añade:

—Llegás hasta el bosque de radales, doblás a la derecha y seguís hasta el mirador de los cipreses. Después pasás por la Posada Escondida —dibuja el camino por el aire—. De ahí son unas treinta curvas y contracurvas hasta la calle principal, donde está la sala de primeros auxilios sobre el asfalto.

—¿Te animás a ir solo? —pregunta Lorena.

—¡Qué poco me conocés! —indico mi nariz— Yo vine, olí y vencí. ¡Me extraña! Nguenechén no me abandonará. El dios de los mapuches me irá susurrando el camino de regreso.

—No quiero que tengamos que llamar a Gendarmería para que te rescaten en medio de la madrugada —bromea.

Chasqueo la lengua en el paladar.

—Típicas palabras del hombre blanco —me golpeo el pecho y apunto la voz al infinito—. Mi nombre mapuche es Lonco Pehuén Nirvana Aluminé. Significa: cacique que al saludar al pehuén conoce el camino hacia el nirvana y vive en paz con el resto de los habitantes del bosque, cerca del lago color mar.

—Perdoname Lorena, qué poco original es tu marido. Quiere reivindicar a los mapuches en tierra de mapuches. Adiós, cacique.

—Llevá celular, no seas cabeza dura —añade Lorena.

—No llevaré ese aparato esclavizador del hombre blanco. Además no lo encuentro. ¡*Mari mari*, gente linda! —me despido en lengua mapuche.

Camino hasta la tranquera. Contraigo y estiro mis piernas. Lo más difícil de una corrida son los primeros pasos. El doctor Cosentino asó dos chivos patagónicos en tres días. No siento culpa por haberme comido aquellos ex compañeros de viaje. En aquel momento yo no era mapuche como ahora, que estoy sensible a las hojas de este coihue que silban azuzadas por el viento. Porque *mapu* significa tierra y *che* significa gente. Y como un mapuche recién agregado al paisaje, agradezco la melodía

refrescante del arroyo que fluye debajo del acantilado. Miro con cierta complicidad a mi hermana gaviota que pasa rauda a buscar el alimento. Mis zapatillas talla cuarenta y ocho dejan su huella de irrazonable progreso sobre la calle. Balanceo mi cuerpo como un velero rumbo al naufragio. Soy una versión del yeti en mangas cortas y shorts. Diviso a la hermana nieve en unos picos lejanos. Chile debe quedar cerca. Sobre el sendero que bordea la colina han construido pocas casas. Lucen similares unas a otras: techos a dos aguas de pendiente pronunciada, fachadas recubiertas de madera con piedras y ventanales anchos. Me detengo en la primera curva, al lado de un acantilado. Arranco un fruto silvestre. Es rojo y dulce. Me lo echo en la boca y sigo. Me recuerda a los piquillines de mi tierra deanfunense. La Patria del viento era así de inmaculada antes de que el hombre blanco llamado intendente la llevara en veinte años a la ruina moral, financiera, hídrica, institucional, energética, respiratoria, educacional, sanitaria y asfáltica, entre otras ruinas. Pero no todo es malo. Al salvaje hombre blanco y a sus ediles del apocalipsis les debemos, de una manera extraña, el fortalecimiento del arte que florece en épocas de decadencia extrema.

Los mapuches tienen creencias interesantes. Antonio Conconha Gerèz lo explica: “El que estafa a un hermano al que debería proteger tiene que ser estaqueado en lo alto del Quetrupillán. El *dinquin* debería festivalear sobre su carne, picotear sus ojos, y emborracharse de su sangre. Y cuando su alma se libere en el *quillebue*, que Nguenechén lo arroje al *cutralco* ante la mirada del *relonché*”.

Me dirijo a la próxima curva. Algo me dice que estoy cerca de quedar librado a la suerte mapuche. No me preocupo: irradio *nepen* y tengo altísimo el *pulle*. Por el camino encuentro una ladera con pehuenes de ramas alargadas y hojas puntiagudas. Escuché que esta especie ya existía en la época de los dinosaurios. Es el árbol sagrado que da el nombre a la villa y a los pehuenches, otra de las tribus

de esta zona. El doctor Cosentino me contó que en esta zona también vivieron huilliches, picunches y puelches. Su especialidad no es la antropología sino los chivos a la parrilla, los bípedos al disco y los implantes dentales.

Anoche hemos degustado diferentes cepas de bodegas regionales. Degusté unos tres litros. Por eso me siento pesado. Debajo del pasto donde crecen flores de amancay hay una capa de piedra volcánica. El volcán Batea Mahuida debe haber estallado hace miles de años. Alcanzo a ver su ladera marrón. La superficie del lago se crispa. Una pareja contempla en silencio el espejo de agua turquesa con visos azules. Entre las dos orillas se levanta una isla repleta de coirones y caña colihue. Un bote solitario flota en medio del lago. En la proa alguien sostiene una caña a la espera de la pesca del día. Deberán devolver las truchas marrones. Podrán llevarse las arcoiris, siempre y cuando no sean más de dos. Lo mismo pasa con las percas.

Bajo unas cuabras. Unos kilómetros hacia el oeste, el lago Moquehue se une con el Aluminé en el puente La Angostura. Por ese camino se llega a cinco lagos ocultos en un bosque controlado por los mapuches, adonde crecen líquenes adheridos a las ramas de lengas añosas. Estimo que hará unos veinticinco grados. Un rayadito agita sus alas a lo lejos y se pierde en la copa de un ciprés. Mi camiseta anaranjada está ensopada. Avanzo hasta un cruce de caminos. Aguzo el oído. La inmensidad y el silencio se potencian para darme una sensación de insignificancia. No es que me importe demasiado, ¿pero cómo llegué hasta acá? Decido tomar el desvío a la izquierda. La subida parece prometedora. Podré ver mejor desde lo alto. Piso terreno irregular y siento ardor en mis cuádriceps. He estado en mejor forma. Un perro negro aparece y da un par de vueltas alrededor de mí. Abre la boca. Flamea su lengua adornada con una pequeña mancha oscura. Diviso otra subida igual de pronunciada. Mi hermano perro me sigue un trecho aunque dudo que sea el camino correcto. Acá las calles no tienen nombre.

Inspiro y espiro. Me siento relajado lejos de la gran urbe que nos mece en un sueño televisivo que jibariza y desalma. De cualquier manera, subiré. Y quién sabe, al perderme, tal vez encuentre algo. La ciudad nos hace creer que sabemos adónde vamos. ¡Qué lejos quedaron los semáforos, puentes y avenidas con nombres impresos en letreros! De un momento a otro, cualquiera de esos nombres podría perder su valor, así como el General Roca.

Crecí en la calle Colón, nombrada en honor al marino genovés. Podría suceder que la Historia se asomara desde el hueco del pasado adonde yace agazapada, lista para desatar su vendetta. Lo acusaría de haber abierto la ruta a la sífilis, los evangelios y la culpa. Al igual que muchos próceres, Colón está en riesgo de ser proscrito. Si eso sucediera, reemplazarían el nombre de mi calle. Iría a parar al mismo calabozo de Judas o Rasputín. También podría pasar que la Historia se disculpara y le ofreciera otra oportunidad. Lo restablecería alegando que su bravura de expedicionario permitió civilizar a los pieles oscuras para solucionarles esos problemas de lectoescritura o aquella salvaje infidelidad teológica que los hacía reacios a vestirse. Podría desdecirse y liberar a Colón de aquella revocatoria pasajera de su valor histórico. La Historia es famosa por su bipolaridad.

El sol se filtra por el follaje de una araucaria majestuosa de tronco grueso. Debe tener unos treinta metros y muchísimos años. Este ser no necesitó ser denominado para conservar su identidad. Sus raíces atraviesan el sendero. Penetran y absorben la humedad de la tierra. Sus ramas enriquecen el oxígeno para que podamos respirar, llevar la sangre a nuestros músculos y transitar el camino. Su sombra refresca, sus piñones nutren, su copa es el refugio de las aves. Este pehuén no tiene voz pero su tronco envía mensajes de tiempo. Al no poder entender los fragmentos de su memoria me siento analfabeto.

—¡Negro! —le grito al perro. Chasqueo los dedos.

El perro me sigue y entra a una casa al costado del camino. El frente está recubierto de piedras. Mea en el tronco de un roble pellín. Sale un hombre de unos cuarenta años. El perro da vueltas y se recuesta. Decido frenar. El hombre muestra ojos oscuros calados en un rostro moreno. Tiene cabello negro abundante, pómulos salientes, viste una camiseta blanca lisa y un pantalón verde con muchos bolsillos. Calza alpargatas blancas. Me dirijo hacia él.

—Estoy un poco perdido, maestro. A veces me pasa que abro un ropero creyendo que es la puerta de salida de mi cuarto.

He sido hombre blanco el tiempo suficiente como para notar que mi broma no ha surtido efecto. La lancé con la intención de señalarle que para mí es normal boyar erráticamente en lo profundo de una montaña. El hermano patagónico no adivina que la civilización me ha convertido en un individuo que sólo recuerda números de documento, fechas patrias y contraseñas para entrar en Internet o en cajeros automáticos. Bromeé para trivializar el hecho de ser un tipo que no reconoce el oriente más que por su significado en la Real Academia Española, agente de propagación de una de las lenguas del hombre blanco. He sido definido por sus palabras y convertido en lo que soy: un mutante culposo de emociones estandarizadas. Me he sacado naturaleza de encima con un puñado de electrodomésticos. Pienso que es inútil abrir un monólogo aburrido sobre la desorientación y más frente a un hermano desconocido.

—Hacia arriba es una calle sin salida. Pero desde allá podés mirar toda Villa Pehuenia.

Acaricio la cabeza del perro con un poco de temor. Soy un mapuche que recién estrena su condición.

—Es un perro hermoso. ¿Es tuyo?

—Ajá. Se llama Gunei, significa astuto.

Pienso en lanzar una broma. Me arrepiento. Ya no forzaré mi humor en nadie hasta que termine mi metamorfosis mapuche. La

parte de hombre blanco que duerme en mí aprendió que a medida que los asuntos se vuelven más brutales, las bromas se vuelven más punzantes. Provocan risas cada vez más estridentes. Cuando la muerte o el olvido se convierten en broma la risa se confunde con espanto.

Pone su mirada profunda en la mía. Aprieta mi mano con su mano callosa.

—Qué lugar más hermoso.

—Lo queremos conservar así de hermoso. No estamos interesados en que venga el turismo a romper todo lo que es nuestro —dice y cruza los brazos.

Hago un silencio. Miro hacia atrás. Vuelvo mi vista a él.

—Volveré por esta calle y bajaré hasta la ruta. Creo que sé cómo llegar —miento.

Asiente y me sigue con la mirada mientras troto cuesta abajo.

Después de cuarenta y tres minutos encuentro la ruta. Bordeo el lago, esa inmensa reserva de agua dulce cuidada por los pueblos originarios. Finalizo en una subida. Aún estoy lejos de la casa de Victoria. Encuentro un sendero. Identifico algunas huellas enormes sobre el piso. ¿Serán las mías?

El sol casi llega al cenit. Inspiro hondo. Estiro mis piernas ayudado por el tronco de un pehuén. Pienso en aquel verdadero patagón. Su lenguaje corporal me ha dicho que desconfía. No encontró motivos para compartir su risa conmigo. ¿Cómo culparlo?

A menudo la Historia bromea. Ocurre con el día de la raza, el de acción de gracias, el de los inocentes y éstos en los que se festeja el bicentenario de un país, entre otros. Las bromas de la Historia provocan que estallemos en una risa catártica, hasta que descubrimos que la broma es acerca de nosotros mismos.

—¡Gracias. Soy de Argentina, de Deán Funes.

I love New York!

Los automóviles se ven pequeños desde la ventana. Unas gárgolas asentadas sobre varias cornisas vigilan el paso de los transeúntes. Nuestro hotel queda frente al legendario Waldorf Astoria. El edificio ocupa toda una manzana en Manhattan. En su fachada art déco ondean dos banderas estadounidenses. Las nubes opacan una primavera escondida detrás de los rascacielos. Ojalá no llueva.

Me siento en la cama y me pongo unas zapatillas Brooks, especiales para corredores con problemas como los míos (hablo de los biomecánicos). La mañana en que llegué caminé hasta la 3rd Avenue, entré a una tienda deportiva y le advertí al vendedor que tengo el arco del pie vencido de una manera absurda. Además de haber asustado a algunas mujeres, estos pies enormes, peludos y planos impresionan también a los traumatólogos.

Golpean la puerta. Mi homónimo colombiano Eduardo Bechara Navratilova recibe a Felipe Esguerra, uno de sus mejores amigos. Trabaja en el sector financiero y vive en Jersey City con su esposa Jennifer y su hijo Ariel. Nos saludamos con un abrazo. Bromea con Eduardo y lanzan unas carcajadas. Hace tiempo que no se ven. Al mirarse lo entienden todo, igual que cuando tenían trece años y corrían juntos en el colegio.

Estoy seguro de que cuando Eduardo decidió ser escritor y quemar sus naves de abogado para vivir un presente incierto y un futuro vaporoso, Pali, como le dicen sus amigos, le puso la mano en el hombro y dijo: A la mierda con todos los detractores, adelante con tu sueño. Los artistas miran los árboles desde otra perspectiva.

Todos tenemos amigos cinco estrellas que cambiaron nuestra historia. Mi mejor amigo se llama Jorge. Vive en Deán Funes y trabaja sin parar desde los doce años. Nadie me conoce como él, y nadie me ha tenido tanta fe. La vida nos separó, pero aún no ha conseguido dividirnos. Ya no hablamos tanto. Ni él ni yo hemos pedido explicaciones. No las necesitamos.

Nuestros amigos de la infancia conocen nuestras zonas erróneas y así nos aceptan. Atesoran nuestros momentos más sublimes y ridículos. Nos han visto luchar por nuestra identidad, sufrir y desesperar. Nos han apoyado y se han compadecido ante nuestra confusión, en un mundo lleno de mandatos ajenos, de trampas y miedos, donde los sueños son tan fácilmente reemplazados por cualquier otra cosa.

—Me cambio rápido y salimos —dice Pali y entra al baño.

Eduardo termina de enviar invitaciones para la presentación de nuestros libros en Filadelfia. Sale de Facebook y cierra su computadora. Tiene amigos en todos los lugares adonde vamos. Abre una bolsa de almendras, saca un puñado. Me ofrece. No acepto. Le agradezco con el pulgar en alto. Pali sale del baño con sus shorts y zapatillas.

—¿Están listos para darle la vuelta a Central Park? —pregunta.

—Listos, güevón.

—Boludo, toda mi vida quise correr por ese parque. Esta corrida la tendríamos que escribir.

Bebo un poco de agua y enrosco la tapa en la botella. Entramos al ascensor. Dos ejecutivas de unos veinticinco años calzan zapatos con tacos altos. Una de ellas exhibe unas piernas largas cubiertas por medias negras con redondeles. Ambas nos niegan sus miradas. Se las brindan a la pantalla de sus iPhones. Su perfume de notas dulces contrasta con la acidez de nuestras axilas. El ascensor deja salir un pitido al llegar a planta baja y la puerta se abre. Las mujeres huyen. Transitamos el lobby de piso de mármol reluciente. Tres

árabes de turbante blanco esperan para hacer el *check in*. Salimos del hotel por la puerta giratoria. Una brisa tibia acaricia mi rostro. Pali y Eduardo estiran sus músculos, dan saltos en la vereda y miran alrededor.

—¿Vamos?

—¡Vamos, papá! —activo el cronómetro.

Pali sale primero, Eduardo después y por último yo. La avenida Lexington está atestada de caminantes. Manhattan se divide en cuatro cuadrantes correspondientes a los puntos cardinales. Dentro de cada uno se localizan las calles y avenidas. Es un método de orientación que tiene sentido. En Deán Funes tenemos calles como Boulevard Zamora, Hubert Elfen, Inmigrantes Italianos y algunas otras que no contribuyen a la orientación.

Mis zapatillas son cómodas a pesar de ser nuevas, y por momentos me dan la sensación de flotar. Las veredas son angostas. Esquivo una familia de cuatro personas y un hindú con su atuendo típico. En la esquina de la 49 un egipcio llamado Ayman vende panchos y pinchos. Cruzamos la calle. Un taxi amarillo toca un bocinazo y el chofer saca la mano por la ventanilla.

—¡Waddayathink Yaddoing! —le grita a un conductor novato.

Me siento bien. Miro los edificios llenos de glamour. Estas inmensas construcciones necesitaron millones de horas hombre. Casi todas tienen más de cien años. Son la huella de varias generaciones. Llegaron a Ellis Island con la frustración auestas. Me pregunto qué vacío, dolor, miedo o calamidad los empujó a trabajar tan duro. ¿Qué promesa habrán visto en los ojos de la estatua de la libertad?

También fui inmigrante en USA. En Miami me tocó comer mierda por un tiempo: asistí a la denigración de mis amigos sudamericanos y a la encarcelación (y posterior deportación) de un amigo deanfunense. Su delito: trabajar para mandar soporte a sus hijos. Durante los tres años en los que viví allá, presencié situaciones

que acabaron descomponiendo mi romance con el *american dream*. En el año 2001, cualquier cosa era mejor que Argentina.

Pasamos por una pizzería, por tiendas de ropa de marca, por una cafetería, un restaurante de sushi, un local de regalos, un *sex shop*. Esquivamos a tres hombres de raza oriental que empuñan sus portafolios negros y sonríen. Me acerco a Eduardo.

—¿Cómo vas? —le pregunto.

—¡De putas! ¡Qué momento más sublime!

—Pali es un corredor en serio. Boludo, mirá el paso que lleva... Nosotros hace tiempo que no entrenamos —desenrosco la tapa de la botella, doy un trago, la tapo—. La última vez que corrimos fue en la plaza 25 de Mayo de Frías, allá en Santiago.

—*Serpentina y trinchera / chacarera y malambo / carnavales de antaño / y esas riñas de gallo / cómo olvidar todo eso / ¡ay mi Santiago!* —Eduardo canta la chacarera de Los Manseros Santiagueños con acento bogotano.

—¿Sabés lo raro que es escuchar a un colombiano cantando una chacarera a los gritos en Manhattan?

—Esa canción me parece buenísima. Se la escuché a Arichi Romano en el cumpleaños de Puré Salman.

Continúa:

—*Huabuitas, llantos, dolor / alabanzas y rezos / niñas enamoradas / y el corazón que manda / sentimientos del alma / ¡ay mi Santiago!* —toma aire y sonríe.

El espíritu de la tropa está en el *penthouse* de los estados de ánimo. Le sonrío a los niños, a los ancianos, a los curas, a los políticos, a los travestis, a los turistas yanquis del Medio Oeste con camisetas de talla triple XL y cuellos ardidos por el sol de las cosechas, a los de peinado afro y dientes de diamante, a los rastafari, a los de Greenpeace que juntan votos para frenar la matanza de tigres de Bengala, a los chinos karatecas, a los succionadores de *noodles*, a las chicas de Brooklyn y especialmente a las de Queens.

También sonrió a los que salen de las entrañas del metro con los ojos encandilados y a los que me miran como si en cualquier momento fuera a inmolarlos, con esta cara de terrorista que me encanta ostentar en los aeropuertos.

El día en que llegué a Nueva York hice el trámite de inmigración. Mostré mi pasaporte, lo pasaron por un lector láser y el oficial de la policía cambió la cara por una grave. Me miró y miró la foto del pasaporte. Me miró de nuevo, y de nuevo miró el pasaporte.

Sígame por aquí señor, dijo.

En un cuarto me esperaban otros dos policías. Me hicieron sentar. Me preguntaron (con el café humeante en la mano, como en las películas) qué había hecho los últimos diez años de mi vida. ¿Usted vivió en USA y en Egipto? ¿A qué se dedica? ¿Cómo es eso de que hay otro Eduardo Bechara que ingresó antes que usted? Les dije: Son cosas del mundo de hoy. Les expliqué que me encontraría con mi homónimo para presentar nuestros libros *Mendigo por un día* y *Patria del viento* en Nueva York y en Filadelfia. Se miraron, comprimieron los labios, negaron con la cabeza y me tuvieron dos horas más preguntándome por detalles finos de mi vida. No me quedó más remedio que hablarles de mi familia, de mis amigos, de Deán Funes, de Frías, de las chicas que me rompieron el corazón (me detuve en la historia de una novia que me puso los cuernos enfrente de toda mi familia en una fiesta mientras yo cantaba, borracho y a los gritos, *Debería haber sido amor* de Roxette).

Escucharon mi inglés oxidado con una sonrisa pintada en sus bocas y sus pistolas calibre 45 milímetros enfundadas. Evaluaron (lo supe por su lenguaje corporal) si Vuestro Humilde Narrador sería un terrorista o más bien un ser inofensivo a pesar de la cara de malo.

Entendieron que soy cordobés y que así me gano la vida. Les firmé un ejemplar de mi libro con una dedicatoria que no supe si entenderían: “A mis amigos, los generosos oficiales de la

inmigración estadounidense, que me dejaron entrar a su patria y contar algunas intimidades, les dejo estas historias de mi tierra. Con aprecio, su amigo.”

Los oficiales no hablaban español. Les sugerí ponerse de novios con alguna latina muy traviesa de pechos grandes, para que se las leyera en *baby-doll*. Why baby-doll? Porque sí.

Y así entré en el país imperial.

Corremos unas cuantas cuadras más. Giramos en una esquina. Una gigantografía de Victoria’s Secret exhibe una modelo semidesnuda. Cubre un edificio de treinta pisos. La imagen de la adolescente de labios brillosos ha sido manipulada por un software con el fin de disimular su humanidad. Supongo que el ser humano imperfecto y vulnerable simplemente no es negocio. ¿O es el mejor negocio de mundo?

Avanzamos a paso firme. En la esquina divisamos al Hotel Plaza, famoso por las aplicaciones de oro en los baños de las habitaciones. Aun más alto se levanta el edificio del magnate Donald Trump. Vive en el *penthouse*. Desde allí vigila Nueva York.

—Ésa es la Plaza Columbus —dice Pali—. Y ésa de allá es la famosa tienda Apple de Central Park —señala una estructura cúbica de cristal. En el fondo brilla un cartel luminoso con la manzana mordida. Una leyenda urbana atribuye el logo al suicidio del matemático Alan Turing, que pasó sus últimos momentos abrumado por la castración química a la que había sido sometido. Mordió una manzana con cianuro.

—¿Qué música escuchás?

Me mira de manera extraña. Toma aire. Mira a Eduardo y a Pali para asegurarse de que no soy un pervertido. Lee el nombre de la canción en su iPod.

—*Wise Man*, de James Blunt.

—Cool —me falta el aire—. ¿Y cómo te llamás?

—No voy a decirte ni una palabra más.

—Quedamos así. Gracias.

Eduardo y Pali se ríen. Cuando era soltero yo tenía un abordaje temerario. Piropeaba a todo lo que se movía. Siento que he perdido la maña. Para eso existe el pasado: para revolcarse en él y evocar los momentos de cazador que duraron hasta que lo cazaron a uno.

Un cantante afroestadounidense de voz ronca entona *Downtown Train*, la canción de Tom Waits. No la canta como Tom, sino más bien como Rod Stewart. La gente se ha dispuesto en semicírculo para escucharlo bajo un olmo americano:

Will I see you tonight / on a downtown train. / All my dreams / all my dreams fall like rain / on a downtown train.

El cantante cierra los ojos y aprieta el micrófono. Tomamos un atajo y bajamos unas escaleras de piedra. El olor a tierra húmeda me hace olvidar por un instante que estamos en una de las capitales del mundo.

Los corredores y patinadores van y vienen. Las gotas de sudor ruedan, caen, estallan. Las endorfinas me dan alegría. Los dolores del cuerpo y las cicatrices del espíritu indican que estamos vivos.

Van treinta y cinco minutos. Mi frecuencia cardíaca se estabiliza. Avanzamos por un sendero de arena flanqueado por jardines. Un saxofonista de lentes negros y sombrero toca su instrumento dorado bajo un puente. Se contorsiona y da la sensación de que el sonido emanara de su pecho. Desembocamos en una laguna gigantesca. Eduardo y Pali están adelante. Acelero, braceo con fuerza.

—¿Cómo se llama esta laguna? —pregunto a un corredor que viene en sentido contrario.

—Reserva Jacqueline Kennedy —contesta.

Levanto mi pulgar.

El panorama urbano de Manhattan se refleja en el agua. Los rascacielos modernos contrastan con los edificios antiguos. El Empire State Building se divisa a lo lejos. Ya no están las Torres

Gemelas. En su lugar construyen el Liberty Tower. Nueva York parece susurrar: ¿Quieren que nos paralicemos lamentando el pasado? ¡A la mierda con eso!

Una pareja con dos hijos alimenta a unos ornitorrincos cerca de la orilla. El más pequeño viste una camiseta de los Yankees, su hermano, una de los Phillies.

Bordeamos la laguna. Cruzamos un jardín. Unos músicos soplan sus instrumentos. ¡A esa música la conozco! Hacen una versión de *El cóndor pasa*. Las endorfinas me hacen sentir que el mundo anida en mí. Y todos esos edificios que se levantan, todos esos puentes centenarios y la belleza de estas calles parecen un testimonio del poderío humano.

Pali nos saca distancia. Corro hasta alcanzar a Eduardo. Hana Navratilova, su mamá, vivió y trabajó en Nueva York. Acá conoció a su marido Álvaro, el papá de Eduardo. Le pregunto:

—Hana conoció a Jackie Kennedy cuando vivió en Nueva York, ¿cierto?

—Sí, era cliente de mi mamá cuando trabajaba en el Kenneth Institute.

—¿No conoció a JFK?

—No, porque en ese entonces ya lo habían asesinado. Pero según Jacqueline era un mujeriego irrecuperable.

—¿Como Hemingway o Henry Miller?

—O Diego Rivera.

Hana me insinuó que Jackie se casó con Aristóteles Onassis por miedo a no tener dinero.

—Debe haber sido una mujer muy seductora.

—Toda una mantis —Eduardo alza las cejas.

El árbol con hojas rojas se yergue en los canteros con porte de guardián. Aún no sé su nombre. Regala colorido y sombra. Cobija los nidos. Nosotros y él pertenecemos a este parque donde la vida sucede.

Mi camiseta está húmeda. Nuestra respiración suena agitada. Eduardo también acelera. Él y Pali corren demasiado rápido. En otro sendero, una señora de unos setenta años practica *tap dancing* al lado de un equipo de música. A ambos costados encontramos paisajistas y caricaturistas. Sus miradas se concentran en los lienzos montados sobre los atriles.

—¿Qué les gusta de New York? —pregunto a dos mujeres que caminan de la mano.

—La diversidad y el ánimo —improvisa una.

—La libertad —dice la otra.

—¡Gracias. Soy de Argentina, de Deán Funes. *I love New York!*

Sonríen. Tal vez entiendan lo que me pasa. He estado aquí pocos días. Me parece haberlo visto todo. Todas las lenguas del mundo, todos los credos, colores, sonidos, perspectivas, grandezas, miserias y demás posibilidades humanas.

Esta ciudad se parece a un amor que sacudió tu mundo y quebró tus parámetros. Un amor glorioso que explotó en tu pecho, se trasladó a tu mente, electrificó tus músculos, y, al convulsionarte en un orgasmo, te llevó a depositar anhelos en ella, con la esperanza de que crecieran como rascacielos. Una vez que has estado en Nueva York, se queda adentro para siempre.

Pali desacelera frente a la catedral Saint John the Divine, con sus torres, detalles góticos y puertas bajo un arco en punta que alcanza a pinchar al rosetón.

—¿Qué tal el circuito?

—Es poesía, güevón.

—Boludo, miren ese graffiti.

Los tres quedamos frente a una promesa: *If you love New York, New York will love you back.*

La última carrera

Hace veinticinco años nos depositaron en la Plaza de Armas del Liceo Militar General Paz y huyeron por el arco de entrada. Teníamos doce años, la cabeza rapada, el terror dibujado en los ojos y la certeza de que nuestra vida, tal cual la concebíamos, se había terminado. La angustia de la separación se mezcló con la incertidumbre de convivir con desconocidos bajo el régimen brutal del adoctrinamiento castrense.

Nuestros padres pensaron que iniciar las actividades diarias a las seis de la mañana nos ayudaría a templar el carácter. Que la pulcritud y el orden riguroso nos harían triunfadores. Que las duchas frías invernales estimularían el estoicismo. O que a través de la memorización nos volveríamos sabios. O que la maldita supervivencia del más apto nos convertiría en grandes líderes. Podría escribir algunas cosas oscuras sobre nuestra vida en el secundario.

El sábado 1° de diciembre de 2012 llegué al mediodía a celebrar el vigésimo aniversario de egresados. El sol se ocultaba detrás de una formación de nubes blancas y grises que avanzaba desde el norte. Buscamos salvarnos del calor bajo la sombra de un quinchó. Allí comimos un asado apretujados en un tablón largo. Intentamos ponernos al día tan rápido como pudimos. Bromeamos sobre nuestra pérdida dramática de *sex appeal*. Brindamos con cerveza y vino. La sobremesa con helados sirvió para sacar fotos y examinar con detenimiento los daños colaterales del paso del tiempo: algunas cabezas con canas, rostros con arrugas y nuestros abdominales marcados con el elástico del calzoncillo.

A la reunión no asistieron todos aunque los recordamos. Algunos se convirtieron en empresarios, otros trabajan para industrias. Hay un *coach* ontológico, un fisioterapeuta que acondiciona un hueso llamado atlas, un bailarín exótico, un pescador con mosca, un genio con trastorno bipolar, un escritor sin éxito, un emigrante recién llegado de Barcelona, algún soltero empedernido que arrancó profusas exclamaciones de envidia, un fotógrafo que trabajó en África, algunos abogados, contadores, médicos, militares, ingenieros, un policía, un par de desempleados, un par de políticos exitosos, un miembro de un grupo de asalto tipo SWAT, uno que trabaja en los cascos azules en Haití, un predicador evangelista, un vendedor de pollos, uno que fue arquero de River Plate y hoy es dueño de un equipo de fútbol en Estados Unidos. El liceo es una paridora de amplio espectro.

—Vamos a dar una vuelta por el colegio, muchachos —propuso el Ratón Medina.

Salimos hasta la calle por donde desfilábamos al compás de la banda de música. Los recuerdos comenzaron a brotar desde las paredes, los monumentos y los jardines. Érase un grupo de jóvenes que marcábamos el paso y clavábamos el taco con mirada de guerra, espíritu altivo, metidos en un uniforme de botones dorados que imponía respeto. Juro que escuché los tambores. Resonaron en mis oídos las trompetas de *Avenida de las Camelias*. Los gritos del Teniente Primero Ferrari cuando dejé caer de manera accidental el viejo fusil Mauser. Las corridas de traspase para purgar nuestro mal comportamiento. Manos que sostenían a camaradas a punto de desfallecer. Respiraciones agitadas en tardes eternas de instrucción militar. Las ampollas en los pies por los borceguíes. El cansancio de las guardias atestadas de colillas bajo la soledad de la noche helada. La alegría de los viernes. La tristeza de los domingos.

Ingresamos a la Plaza de Armas y la encontramos desierta. Deambulaba como zombi con la esperanza de cruzarme con ella.

Carina me hechizaba con camisas diminutas que apenas podían contener sus pechos. El toc-toc de sus tacos percutía contra las baldosas. Se pintaba de rojo unos labios absurdamente carnosos. Sus vestidos cortos revelaban piernas blancas que convergían en nalgas sinuosas. Ella las meneaba a sabiendas de que alguien descargaría su angustia nocturna al evocarla. La despiadada empleada del Pabellón Dirección nos calentaba con su frialdad inalcanzable. Y cuando nos dejaban encerrados el fin de semana por alguna travesura, nos sentábamos en los bancos a masticar aquella desazón bajo la sombra de los naranjos. Las horas pasaban lerdas. El silencio aturdí. El resto de los adolescentes del mundo disfrutaba sus vidas. Éramos cómplices en el aislamiento: benditos y malditos por aquella vuelta de tuerca del destino.

Nos detuvimos en el centro de la plaza, ante el mástil más alto del colegio. En lo alto ondeaba la bandera argentina. En el suelo yacían exhibidos algunos cañones de guerra.

—¿Ese de ahí es de cien milímetros? —le pregunté al Greco Nonis.

—Sí. Y el que está al lado es un cañón Krupp. Lo utilizaron en la Primera Guerra Mundial. No vi por ningún lado al obús Oto Melara.

—Ni al mortero 81 milímetros, Greco. Nosotros lo disparamos en una maniobra. Fuimos la última promoción de infantería —argumentó el Vampiro Maldonado.

—Sí. Ahora cambió todo —observó Germán Braim—. La artillería es menos sacrificada, pero más divertida.

—Ahora el liceo es mixto. Los pendejos tienen esa cantidad de hormonas corriendo por arterias sin taponar por el colesterol. Y la tranquilidad de conciencia de no haber votado a los políticos que desguazaron el país en veinte años —calculé con mi mano en el mentón—: la deben poner como locos. Te lo aseguro.

—Y no tienen que dormir acá como hacíamos nosotros. Pueden volver a sus casas —remató el Vampiro.

Atravesamos el resto de la plaza hasta la galería donde formábamos para ingresar a comer. Desde el suelo lustroso se levantan unas treinta columnas de veinte metros de altura separadas por una distancia de cinco metros. Me detuve frente a la estatua de San Luis Gonzaga. En aquel lugar recibí la confirmación de mi fe cristiana. Junto con mi hermano Daniel —que ofició de padrino— renunciamos al demonio. Ambos estamos profundamente arrepentidos.

El comedor vacío me estremeció. Nos quedamos contemplando las paredes y el techo. Algunas miradas brillaban. Nuestras voces producían eco. Fuimos parte de los mil cadetes que se alimentaban allí a diario. La comida era nutritiva y a veces insípida. Supongo que el condimento era el hambre. Alguien me tocó la espalda.

—Probá —Gaby Quevedo me alcanzó un vaso. Degusté el líquido.

—El mismo jugo de antes —observé.

—Le pedí un poco a un empleado de la cocina.

—Está bueno.

Le devolví el vaso. Detallé unas telas rojas colgadas del techo. Antes, los decorados se armaban con paracaídas abiertos.

—Bechara, en este salón dijiste el discurso cuando juramos la bandera. ¿Te acordás?

—Jurar con tu vida defender una bandera es algo raro. Por lo único que vale la pena empeñar la vida es por tu sueño —pensé unos segundos. Ordené un poco mis ideas—. Gaby, la bandera es el gran sueño de la Patria. Ésta, a su vez, está dispuesta a empeñar la vida del ciudadano. Y acá está el truco. La Patria es muda, por eso se expresa a través de voceros. La Historia les dicta un relato de la misma manera que la zarza ardiente le habló a Moisés en el Sinaí.

—¿Quiénes son los voceros?

—Los gobernantes, Gaby. Y ésa es la paradoja: ¡A través de ellos, la Patria estropea el sueño del ciudadano! Pero es peor que eso: lo obliga a mendigar en el boulevard de sus sueños rotos. Y le llena aquel vacío con mentiras y fútbol. Y despojado de todo poder de

ensoñación, agita un paño con el pecho henchido y canta el himno con los ojos vidriosos de orgullo. Y un día, con dieciséis años, gritamos al tope de la capacidad pulmonar: ¡Sí, juro!

—El grito se escuchó fuerte, Bechara.

—Te concedo eso. Fue un gran grito. ¿Pero fue nuestro? ¿O fue implantado por viles estafadores que usan nuestras gargantas para amplificar los supuestos sueños de la Patria?

—Bechara, alguien tiene que ser fiel a la Patria.

—Gaby, hermano, la Patria no es fiel a nadie. Es una puta multiorgásmica que baila desnuda en la orgía sin fin del Honorable Congreso de la Nación.

Salimos del comedor, pasamos por la cantina de cadetes y llegamos al patio interior de tercero y de cuarto año. Por una calle asfaltada se llega a las caballerizas y al tanque de agua. También a los túneles por donde pasa el tendido eléctrico (y donde imaginábamos nuestras fugas).

—¿Vamos hasta el polígono de tiro? —preguntó Fede Saieg.

—Es al pedo, Fede. Me dijeron que está abandonado —contestó el Tanque Grassetti.

Seguimos bajo unos pinos que parecían haber detenido su crecimiento. Las paredes lucían iguales con su pintura anaranjada. Era como viajar en el tiempo. O volver al patio de una casa abandonada en la niñez. En aquellas paredes inscribíamos nuestros apodos acompañados del número 44. Llegamos a un edificio. Un sargento salió a nuestro encuentro. Nos observó con desconfianza.

—¿Quién les dio autorización para estar acá? Deben irse —dijo.

—Somos oficiales de la reserva, tenemos derecho —aventuró el Pato Arias.

—De infantería —aclaró nuestro abanderado, el Cabezón Haro.

—No me interesa. Váyanse —insistió.

—¿Le gustaría que lo corran de su propia casa? —dijo el Vampiro Maldonado con mirada penetrante— Nosotros pertenecemos a estas calles.

—Y no obedecemos órdenes de nadie —dijo el Negro Mordini.

—¿Qué clase de colega militar es usted? —le pregunté— Déjenos tranquilos.

El sargento analizó la superioridad numérica y el brío de mis camaradas. Se batió en retirada y entró en el edificio. La promoción 44 será recordada por su alto nivel de cojones, pero sobre todo porque hicimos desaparecer la pistola de un capitán perverso para vengarnos de sus maltratos. Claro que pagamos el precio: nos arrastramos por todo el liceo hasta que nos sangró el alma. Pero ésa es otra historia.

Seguimos unos cien metros hasta la pista de atletismo. Las gradas despintadas daban una sensación de abandono. Las copas de los cipreses se bamboleaban azuzadas por la brisa. El sol brillaba en el cielo azul.

—¿Quién se anota para una carrera de cien metros? —propuso el Tanque Grassetti.

—Yo —dijo la Piraña Rodríguez.

—¡Yo también! —aventuré desafiante.

—¿Alguien más?

Nadie parecía tener la intención de participar.

—Listo. Somos Bechara, la Piraña y yo —dijo el Tanque Grassetti.

—¿Nadie más? —pregunté— No se caguen, viejo. Es sólo una carrera.

Los muchachos iban llegando, pero ninguno quería correr. El Turco Saigg, Jorgito Ochetti, Vampiro Maldonado, Ratón Medina, Chicho Cáspari, Pato Arias, Franco Barra, Tuity Giardelli y Gaby Quevedo se quedaron de pie al costado de la pista. En las gradas se sentaron: Leo Haggi, Javi Turletto, Pezón Medina, Eusebio Caffaratti, Fede Saieg, Comando Castrichini, Javi Obaj, Pablo Martínez, Negro Mordini, Toto Lezcano, Garcha García y Ramiro Arce. La Chucha Valdez se había quedado en el quincho esperándonos. Muchos nos habíamos quitado las camisetas. Vino

a mi mente la canción de Los Enanitos Verdes: *Qué poco ha cambiado nuestra onda / sólo cambiaron un poco nuestros cuerpos.*

Corrí unos metros para aflojarme. La transpiración comenzó a brotar. Caminé hasta la línea de largada. La Piraña y el Tanque daban saltos para calentar sus músculos. Los tres guardábamos silencio. La tensión de la carrera palpitaba en el ambiente. Mis expectativas estaban altas como los eucaliptos que rodean la pista. El Perro Sosa y el Cabezón Haro nos apuntaban sus celulares de última generación, listos para atrapar el momento. El Negro Lasso, que ofició de juez cronometrador, levantó la mano y contó hasta tres. Inspiré y contuve el aire.

—¡Ahora! —gritó.

Su voz inyectó adrenalina en mi organismo. Me di impulso con todas mis fuerzas. Las suelas de mis zapatillas traccionaron contra el suelo pedregoso. Mis tibias, impulsadas por mis pies planos, volaban detrás de mi cuerpo dibujando una elipsis de calidad dudosa. Mi pecho hormigueaba. ¿Qué carajo estaba haciendo bajo los rayos del sol de diciembre corriendo con esta mirada de loco fugitivo? ¿Qué pretendía hacer dando trancazos al tope de mis habilidades motrices con aquellos jeans que me irritaban los huevos? Había decidido medirme contra los dos corredores más rápidos de la Promoción 44. La Piraña Rodríguez fue el *wing* goleador del glorioso equipo de rugby, campeones invictos en los Juegos Interliceos del año 1992. El Tanque Grasseti atravesaba más rápido que nadie la pista de combate, con el equipo aligerado y el fusil automático calibre 7,62 milímetros de fabricación belga, que aprendimos a armar, limpiar, lustrar, acarrear, disparar y venerar, mucho antes de hacerle el amor a una mujer.

¿Y de mí qué puedo decir? Peso cien kilos y padezco de una propensión a manifestarme en contra de cualquier forma de la velocidad. Mi desplazamiento es un espectáculo antiestético. Soy el maldito tataranieto no reconocido del viento. Sin embargo, tenía

una posibilidad de ganar: podían tropezar o una bala perdida los podía frenar. Me pregunté por qué liberábamos aquella energía en un día distendido.

Braceaba como demente, echaba unos soplidos de moribundo. Nuestros ex compañeros agitaban sus brazos en la línea de llegada. Al escucharlos exclamando nuestros nombres, me llegó la respuesta: corríamos con desesperación hacia el pasado. Queríamos preguntarle por aquellas cosas que jamás recuperaremos. Confesarle que algunos sueños se nos escaparon de las manos. Que la vida nos puso en lugares distantes y, sin embargo, éramos aquéllos que sobrevivieron a un colegio que se comportó como un maestro severo. Que nos está costando más tiempo del que imaginamos convertirnos en los hombres que queríamos ser. Palmearíamos al pasado en el hombro, miraríamos sus ojos arrugados y le diríamos: Aquéllos que endiosan el presente no comprenden la odisea de bucear en tus entrañas. No siempre fuiste noble, pero sos la costilla de la que fuimos contruidos.

Los gritos me devolvieron a la realidad. La Piraña y el Tanque me dejaron atrás y supe que no los alcanzaría. Aún quedaban unos metros de carrera. No me di por vencido. Ellos atravesaron la línea de llegada. Algunos sacaban fotos y se reían a carcajadas. El Negro Lasso miró su reloj y anunció la marca: catorce segundos. ¿Empataron? Yo atravesé la línea de llegada mucho después. Llegar es tranquilizante: como sea, donde sea. Troté hasta donde esperaban mis compañeros.

—Podría haber sido mucho peor, Bechara —dijo Franco Barra.

—Esto es una medalla de bronce. No cualquiera.

Chocamos nuestras palmas. Los camaradas buscamos la salida. Perdí la mirada en la inmensidad. El liceo se extendía ante mis ojos: un coloso alimentado con memorias de todos los calibres.

Vuelven los profetas

I. Córdoba, febrero de 2012

Escribía en un café Havanna de la peatonal cuando sentí deseos intensos de ir al baño. Me levanté como un resorte. Adonde manda el culo, no manda el presidente de los Estados Unidos de América. Tomé la revista *Caras* de un exhibidor y seguí mi paso raudo hacia los sanitarios. Tranqué la puerta del cubículo y me senté. Yacía con mis nalgas dispuestas sobre el inodoro. El piso relucía.

Comencé a hojear la revista. Me detuve en unas fotos que mostraban gente famosa al borde de una piscina gigantesca. Decían “celebrar la vida”. Hablaban de “aquí y ahora”. El éxito echaba su aliento desde aquellas bocas sonrientes. Entonces se me ocurrió que no éramos tan diferentes, ellos y yo. Porque muchas veces al año, el culo nos obliga a todos a detenernos y examinar nuestra realidad con los pantalones en los tobillos. Semidioses, mendigos, astronautas y superestrellas. Y por indomable, el culo se ha convertido en el chivo expiatorio de la humanidad. Tal vez moleste su severidad, vocación purgatoria o flexibilidad a prueba de cualquier ingesta. ¡Hasta el porno lo muestra con recelo! No soy abogado, pero quiero alegar.

Para el corazón se escriben canciones de amor. Piropos para los ojos. Para el alma —que nadie vio—, tratados enteros de filosofía. ¿Algún reconocimiento para el dispositivo que profetiza nuestro regreso a la Pachamama? Para quien hace el trabajo sucio

hay deshonra, proscripción, secretismo, escarnio, toda clase de coberturas, kilómetros de áspero papel higiénico, pomadas hemorroidales y chorros de bidet que estallan con bronca e impactan sin miramientos contra sus bordes rugosos. No puede ser embellecido con Photoshop. ¿Por eso hemos decidido castigarlo y ocultarlo de la luz? Y para escindirlo definitivamente del ser, exiliamos su obra a la red cloacal o al pozo negro. Al hondo bajo fondo, al reino de Hades, adonde escondemos nuestro único aporte benigno al planeta.

Tengo un sueño, dijo Martin Luther King: quisiera alzar las divisas del culo. Nombrar plazoletas en su honor, organizar muestras de arte, recitales, qué sé yo, homenajear su conciencia social: porque el culo es el único que nace y muere comunista.

Volvamos al principio. Contaba que leía aquel tabloide en el baño de un café. Unas celebridades de lo más felices declaraban que practicaban aquel asunto. Y allí fue la primera vez que me anoticié sobre El arte de vivir.

II. Junio, 2012. Recreo, Catamarca

La segunda vez que tuve contacto con El arte de vivir fue en la casa de Julio Sahade, un amigo novelista. La mesa del domingo estaba tendida. Esperábamos que su mamá terminara de machacar el kipi en un mortero de piedra. Su receta es el secreto mejor guardado de la inmigración árabe. Mis expectativas estaban en la cima.

Julio me mostró un capítulo de su novela. Había reinterpretado el libro del Génesis, agregado personajes al Jardín del Edén, plantado especies frutales que ni Dios hubiese imaginado, y elaborado una trama llena de traición, sexo, agricultura, ganadería, incesto y caminatas por aquella tierra bucólica de Babilonia. Se trataba de dos hermanos y sus amantes.

—Julio, esta visión del paraíso es innovadora.

Se frotó la barba. Se pasó las manos por su profusa cabellera enrulada e inspiró.

—Te explico: Dios necesitaba que el mundo se poblase rápido. Por eso Adán y Eva tuvieron muchos hijos. Todos nacían mellizos. Caín y Abel se pasaban el día jugando con sus respectivas mellizas. Pero un día, Caín volvió de recoger unas espinacas y unos brócolis de sus sembradíos y se desató un gran escándalo.

—¿Qué pasó?

—Encontró a Abel jugando —guiñó el ojo— con las dos hermanas debajo de un árbol de Yaka. Caín se acercó, también quiso jugar. Miró a las hermanas, pero ellas lo ignoraron. ¡Hasta su propia melliza!

Julio aguzó su mirada y continuó:

—A diferencia de Caín, Abel era muy alto. Era divertido, cantaba con una voz celestial. Además, exhibía un miembro viril monstruoso que no alcanzaba a ser cubierto con las amplias hojas de un gomero milenario que crecía a las orillas del río Pisón. Acabó seduciendo a la melliza de su hermano. Y éste lo encontró explorando sus cuerpos con rostros extasiados y sudorosos. Entonces gritó con toda la fuerza de su garganta: ¿Creés que porque tengas cabritos y yo sea un hortelano te vas a quedar con las dos?

—¿Como reaccionó Abel?

—Lo intentó tranquilizar: Hermano, no te pongás así, no es lo que vos pensás, argumentó con el rostro colorado. Caín hizo silencio y apretó las mandíbulas. Los días pasaron en una tensión tremenda. Caín entornaba los ojos y maldecía al cielo, carcomido por los celos. Como sabía mucho de botánica, preparó una pócima y decidió envenenarlo. Tomó unas amapolas e hizo una pasta de opio que se llama adormidera. Sazonó con aquella mezcla un pescado atrapado en el río Guijón. Abel lo probó y cayó en un sueño catatónico. Su hermano lo arrastró a la orilla del río y el torrente lo tragó. A

la semana lo encontraron sus hermanas, hinchado y azul, tendido en una playa. Dieron unos alaridos, salieron corriendo a toda velocidad y desaparecieron detrás de una plantación de marihuana para llorar su desconsuelo.

—¿Y Caín?

—Ya sabés el resto de la historia. Dios le dijo: Ahora estás maldito y vagarás eternamente sobre la tierra. Por eso Caín partió con pasos errantes, con la famosa mancha en su frente. Y pasó el resto de su vida masticando culpa como Raskolnikov en *Crimen y castigo*.

—Julio, me parece que la Biblia no habla de las hermanas mellizas de Caín y Abel.

—Ése es uno de los grandes secretos del cristianismo. Lo saben unos monjes estudiosos que viven encerrados en el monasterio de Santa Catarina, allá en el Sinaí. Mi maestro de teología, con quien discutíamos sobre simbología religiosa, me contó aquella historia. A sus mellizas no las incluyeron. Tampoco publicaron la verdadera historia de Lilit la rebelde, la primera mujer del Edén, madre del movimiento feminista. Eso da para otra novela.

—Las hermanas deben haber sido muy sensuales.

—Ambas se paseaban por el Edén mostrando pechos generosos, piel trigueña, caderas anchas, cabello largo, negro y sedoso. Se llamaban Samia y Rijab.

—Qué pena que todo haya terminado en un crimen.

Mi amigo levantó el índice, aguzó la mirada y concluyó:

—Fue el primer crimen pasional de la historia de la humanidad.

Mientras su mamá cortaba las hojas de menta para agregar al kipi, Julio tomó el control remoto y encendió el televisor. Sintonzó un programa en el que entrevistaban a celebridades. Al regreso de una publicidad de la cerveza Quilmes, una mujer muy atractiva de unos cuarenta años anunció a un invitado especial:

—Quiero presentar a un hombre que está cambiando el mundo.

Elevé el volumen. El televisor mostraba a un ser de rasgos

visiblemente hindúes, cutis lozano, ojos oscuros y un atuendo blanco con un pañuelo gris en su hombro. Una barba desprolija cubría su rostro. Llevaba el cabello largo. Era el hombre de la revista del café Havanna. Aparentaba unos cincuenta años. En la parte inferior de la pantalla se activó un cartel indicativo: Sri Sri Ravi Shankar: líder de El arte de vivir.

—Hace algún tiempo leí algo sobre él —expliqué.

—Es el tipo que enseña a respirar. Creo que lo siguen más de trescientos millones de personas.

Repetí para mis adentros: trescientos millones de personas. Me invadió una ola de curiosidad. Empecé a hacer números.

—Julio, imagínate. Estamos frente a un ídolo del tamaño de Cristo. Quizás más grande. Aquel tuvo doce seguidores y alguna que otra novia, aunque su amigo Pedro lo negó y Judas tampoco fue tan amigo que digamos.

—Estás equivocado dos veces. Primero: Jesús fue un gran mujeriego.

—¿Muy mujeriego?

Se tomó el mentón. Comprimió los labios. Calculó unos segundos.

—Muy mujeriego. Tanto como el doctor Havel, del *Libro de los amores ridículos* de Milan Kundera. Segundo: gracias a que Judas lo traicionó, Jesús no fue un revolucionario del montón, de esos que un día se mueren de viejos. La obra de Abelardo Castillo *El otro Judas* lo explica mejor.

—Es que son otros tiempos, Julio. Es más fácil producir un ídolo y venderlo a las masas con la ayuda de satélites, revistas, diarios, tabloides, radio, fibra óptica, Bluetooth, Whatsapp, Facebook, Instagram, E-mail, Twitter, Wikipedia y demás.

La mamá de Julio puso en la mesa una bandeja ovalada con el kipi y se sentó con nosotros. Me serví una porción apenas más pequeña que el plato, le agregué aceite de oliva de Cruz del Eje y lo pisé con el tenedor hasta que logré la consistencia justa. Cargué

el tenedor hasta donde pude e hice un bocado inmenso. La saliva se mezcló con la carne cruda y el trigo. Corté un gajo de cebolla y lo mordí.

Masticaba mientras observaba al gurú frente a la mujer que lo entrevistaba. Sonreía y asentía. Hablaba de la ira y el karma. La mente y la negatividad. De la manera de abordar los conflictos. A la entrevistadora le brillaban los ojos. He visto ese tipo de miradas en algunas fanáticas cuando están cerca de las estrellas de rock.

Terminé mi plato de kipi. Me serví un vaso de Coca-Cola lleno y lo tumbé en mi garganta. Sri Sri Ravi Shankar se mostraba sereno. Hablaba de la respiración y su importancia para tomar decisiones y ser feliz en la vida. Finalmente, la entrevistadora alentó a todos a tomar los cursos que ofrecía El arte de vivir.

El escéptico agazapado en mis huesos saltó a la superficie:

—¡Jamás, jamás, jamás iría a tomar un curso para respirar! ¡Esto es un curro!

—Nunca digas nunca.

Me besé el índice de forma vertical. Luego de forma horizontal.

—¡Juro que nunca! —miré a mi amigo con actitud desafiante— Si te miento, que Dios se caiga muerto.

III. Córdoba, abril, 2013

El edificio donde está El arte de vivir queda en la avenida Hipólito Yrigoyen. Subí en ascensor hasta el cuarto piso. La puerta estaba abierta. Unos asistentes de lo más sonrientes tomaron mis datos. Me dieron un cartel con mi nombre y me lo colgué en el pecho. Me hicieron quitar las zapatillas. Caminé hasta un salón de unos doscientos metros cuadrados con paredes blancas. Los edificios de Nueva Córdoba aparecieron a través de los ventanales. En la plazoleta aterrizaban palomas, donde una estatua sufría el

rigor de la inmortalidad mientras otras personas dejaban que el tiempo pasara, sentadas en un café al otro lado de la avenida. El sol de las cuatro de la tarde dejaba su luz sobre el piso de madera encerada. Los integrantes del curso iban llegando de a poco. Desde los parlantes del equipo de música sonaba un mantra: “Om mani padme hum”.

Mucho antes de que me inscribiera en el curso El arte de vivir, mi hermano caminó veintiséis días hasta llegar al campamento base del monte Everest. Encontró aquel mantra dibujado en las paredes de algunos monasterios. Vio que la gente hacía girar unos cilindros metálicos que contenían aquella inscripción. Me contó que el mantra invocaba protección y purificación. Se rehusó a contratar un guía y apostó su vida en la montaña por senderos pedregosos que conectan villas sherpas en el Himalaya. Batalló contra el aire. Padeció frío, soledad, lejanía, nostalgia y demás obstáculos de la cadena montañosa más alta del mundo. Bebió agua de los arroyos que se forman con los deshielos. Se dañó los meniscos de la rodilla izquierda a cinco mil metros de altura y se sintió al borde de la muerte, tendido junto a un abismo. A su regreso, me mostró un video con las que iban a ser sus últimas palabras. Le pregunté por qué se aventuró a semejante riesgo. Me contestó: Aprendí algo en la montaña: existe un camino pero hay que creer.

El primer día del curso me senté en una de las sillas, justo al frente del sillón de la instructora. Merina tendría unos treinta años, mirada de ojos verdes, labios finos y rosados que dibujaban una sonrisa permanente. Le daba calidez al ambiente con una voz tenue. Transmitía paz a través de sus palabras pausadas. Nos enseñó diferentes técnicas para lograr relajación. En una de ellas, debíamos inspirar y espirar como si estuviéramos empañando un vidrio. Otra consistía en llenar los pulmones de aire con los brazos levantados y espirar con fuerza. Realizamos ejercicios grupales. Nos asignó tareas. Nos instó a alimentarnos con comidas sin derivados de la carne, a tomar agua y a respirar en las mañanas.

—Preguntate quién sos y qué sos —sugirió en una oportunidad.

Los días siguientes expusimos de manera breve nuestras inquietudes. El área de nuestra vida que provoca dolor o confusión. Martín, un vendedor de computadoras, quería declarar su homosexualidad. Laura quería elevar su autoestima porque sus parejas la abandonaban siempre en medio de padecimientos terribles. Oscar, un ingeniero, buscaba aprender a manejar la presión laboral. María José había perdido un hijo. Otros querían emprender nuevos proyectos. La mayoría necesitaba resistir a la velocidad de un mundo que aturde.

En otro ejercicio, la instructora nos hizo preguntarnos: —¿Dónde estás? ¿Adónde vas?

Hacia el fin del curso nos enseñaron un nuevo tipo de ejercicio. Inspiramos y espiramos aumentando la frecuencia, profundidad e intensidad, hasta llegar a respiraciones rápidas. Fue como emborracharse sin haber tomado una gota de vino. Se me adormecieron las piernas, lagrimeé y me sentí raro. A varios les pasó lo mismo. Tuvimos un festín de comida vegetariana y un intercambio de regalos. A mí me tocó una cuchara de madera. A cambio, regalé uno de mis libros. El curso duró seis días. Cuando todo terminó, me calcé las zapatillas, me despedí de todos, me colgué la mochila y bajé a la calle.

Caminé por la avenida con un hormigueo en la cabeza por efecto de la hiperventilación. Fui por el Boulevard San Juan rumbo al Mercado Sud. Los ómnibus pasaban repletos de pasajeros. Los motociclistas aceleraban. El estrépito de los vehículos escalaba las fachadas de los edificios y se desvanecía de a ratos.

Cuentan que Sri Sri Ravi Shankar, el *Gurují*, permaneció a orillas del río Ganges en busca de la iluminación. En la más perfecta de las soledades, encontró respuestas que muchos adoptaron como propias. Jesús ayunó cuarenta días en el desierto y regresó con su paquete de verdades que sacudieron la historia del mundo. Buda,

Mitra, Attis de Frigia, Dionisio, Krishna, Osiris, Mahoma, Moisés: todos ellos se sometieron a la soledad y el desapego para hallar respuestas.

Miré al cielo. No pude encontrar ni una sola estrella en la noche de Córdoba. En vez de eso, un helicóptero de la policía surcó los edificios y desapareció detrás de una torre. El verano se rehusaba a marcharse. Los estudiantes dispersaban sus murmullos en la vereda de un viejo bar. Crucé la calle hacia la terminal de minibuses del Mercado Sud. Los transportes arribaban y partían desde los andenes. Compré un pasaje a Deán Funes. Una pareja se besaba en los escalones de la entrada. Un mendigo los miraba con ojos vacíos. Su rostro estaba marcado por toda clase de derrotas. Sus preguntas nunca pudieron ser contestadas y el destino le cayó encima como un telón.

Los profetas de hoy comparten escenario con los gladiadores deportivos, las modelos, las celebridades, los políticos y las estrellas de rock. Algunos venden aire, otros humo, guerra, ropa, espuma de afeitar, caramelos, sensación de éxito, redención, automóviles, hipotecas, esperanza, vida eterna y plenitud sexual. Es difícil saber si vienen a cambiar el mundo o son uno de los tantos policías de la modernidad, vigilando que jamás cambie el orden riguroso del planeta. No los culpo. Cada fuerza del mundo necesita un rostro que la represente.

Me acomodé en un asiento del fondo. En el minibús viajábamos seis personas. Recorrimos la avenida Chacabuco a baja velocidad. Dejamos atrás la ciudad y la luna apareció alumbrando la cinta de la ruta. Algunas estrellas brillaban salpicadas sobre el manto negro de la noche. El chofer eligió una estación de radio de folclore para amenizar el viaje. Desde los parlantes, Omar *Pica* Juárez cantaba una de sus más hermosas chacareras: *Por medio de la vida vengo acarreado soledades. / Pero es verde mi esperanza como planta de uñigales. / Como el alma de una acequia, / Como el cabello de un sauce.*

Al cabo de unos kilómetros la barrera de un peaje se levantó y lo atravesamos. Caí en un breve sueño. Abrí los ojos cuando el vehículo aminoró su velocidad hasta detenerse en un semáforo, junto a una camioneta de última generación cargada con fardos de alfalfa y alambres de púa. El chofer cubría su cabello con una gorra que mostraba la propaganda de un herbicida y llevaba en su mano un sándwich. El motor rugió y la camioneta salió a toda velocidad. Llevaba pintada una leyenda en su parte trasera: Tu envidia es la fuerza de mi progreso. Entendí que pasábamos por Jesús María, enclave donde los granjeros declaman un extraño entusiasmo por el trabajo.

Las nubes cubrieron la luna y la oscuridad regresó para ocultar los campos sembrados a ambos lados de la ruta. La radio dejó de sonar. Descontamos algunos kilómetros sumidos en un silencio levemente herido por los engranajes del motor diésel. Intenté conciliar el sueño y otra vez fracasé.

Al llegar la noche suelo cerrar los ojos para encontrar en mis párpados caídos una verdad que alumbra mi camino. Después de destruir, construir, amar y odiar, girar y cuestionar, todos colgamos nuestra segunda piel en un ropero, nos desentendemos del tiempo y caemos desde las torres de la vigilia, atravesamos el umbral y nos hundimos en un abismo en el que se diluyen o se afirman nuestras preguntas fundamentales. Entonces, nos entregamos desnudos de prejuicios a la dulce soledad del sueño.

El mural de Ponce y yo

Voy al médico. He monitoreado mi presión arterial durante las últimas veinticuatro horas con un aparato. Entro al consultorio de Marcelo, mi primo y cardiólogo personal. Cruje el abrojo del brazalete. Le entrego el aparato y lo asienta sobre el escritorio. El ambiente huele a lavanda. Me siento y espero a que descargue la información en la computadora. Miramos los resultados en la pantalla. Mi presión arterial promedio: quince de máxima y diez de mínima.

—Ésta es la tercera vez que te hago este estudio. Las primeras dos no quise darte nada. Pero ahora tenemos que tomar alguna medida.

Siento que mi corazón late con fuerza. De repente, tengo miedo de no ser eterno.

—Vas a tomar medio comprimido por día de esto que te voy a dar.

Escribe un par de nombres que sólo pueden ser leídos por farmacéuticos con cierta experiencia en el sánscrito.

—Entiendo, primo. ¿Y hasta cuándo, che?

Comprime los labios:

—Esto es preventivo. Podés hacer una vida normal. Un poco menos de sal, menos café. Esto no es el fin del mundo.

—¿Hasta cuándo tengo que tragar esos fármacos, primo?

—Veamos cómo funcionan y cómo te sentís.

No me mira. Supongo que a nadie le gusta dar malas noticias y mirar a los ojos al paciente.

—Esto es para siempre, ¿no? —lo enfrento.

Mira hacia arriba. Busca una explicación para darme:

—Mirá Edu, de la hipertensión es casi imposible regresar.

A mi primo no le gusta medicar por medicar. Por eso acepto el veredicto. Bajo la vista al escritorio. En una foto cubierta por un vidrio grueso, Marcelo aparece junto a su maestro René Favaloro. Lleva su estetoscopio colgado del cuello. Debe sentirse honrado de su discípulo. Favaloro puso el país en alto y murió descorazonado por una patria ingrata. Se suicidó al darse cuenta de que vivía en el país del sálvese quien pueda.

Doblo la receta en cuatro, me pongo de pie, le doy un abrazo y me despido con resignación. Salgo a la calle. Camino con las manos en los bolsillos rumbo al centro. El cielo se oscurece. Caen los últimos pedazos de la tarde. El otoño se hace presente con timidez. Saco la receta, intento leerla. Es una combinación de dos drogas con nombres de personajes que podríamos encontrar, supónganse, en *La guerra de las galaxias*. Acá es donde empiezo a perder esas pequeñas batallas que terminan donde los altos pinos silban azuzados por el viento y los antiguos deanfunenses, ocultos en sus tumbas, se preguntan adónde fue a parar la ciudad que conocieron en vida.

Voy a comprar los medicamentos a la farmacia del Emporio Económico. Allí se venden algunos libros entre los cuales están los míos. He realizado una alianza estratégica con mi hermana Astrid, la dueña del comercio: ella vende los libros y yo retiro calzoncillos y medias por el valor de tapa. Es una de las medidas de mi éxito. Tengo indicadores auspiciosos: la editorial Ediciones del Copista quebró unos meses después de publicar mi primera obra, *Creaturas del mandala*. Hasta pensé en envolver los libros con una faja y la leyenda: “No pierda la oportunidad de leer estos cuentos que están asociados al colapso de una editorial”.

Mientras la farmacéutica busca mi pedido, me subo a la balanza. Para este peso, mi altura ideal debería ser de dos metros, cinco

centímetros. Me dan los remedios en una bolsa y salgo. La medicina es el arte de poner al paciente de buen humor mientras la parca pifia sus guadañazos. La farmacología, en cambio, es el arte de esconder los síntomas: matar al mensajero que el cuerpo envía. ¿Acaso soy un filósofo Tao deslindado de mis raíces profundamente excesivas y occidentales? ¡No señor! Trabajé muy duro para lograr este momento hipertensivo. Fumé todo lo que pude. Fui sedentario, culposo, insatisfecho, salador a granel y cafeinómano. Soy veterano de centenares de lunas, en las cuales he ingerido, al tope de mis habilidades laríngeas, hectolitros de bebidas de diversos matices espirituosos. No hay que ser vidente para conectar los puntos y sacar las conclusiones.

En todo caso, me preocupa lo que me queda de vida. Todos los gajos de mi árbol genealógico indican que tenemos poca longevidad. Sé cómo sigue el cuento. De acá a unos años me descubrirán diabetes como al ciento dos por ciento de mi ascendencia. Además, cargo con una hipocondría morbosa que me llevará a la úlcera, luego a la paranoia, luego a la miseria, y al final me espera un agujero en el panteón de mi familia, desde donde veré, convertido en ectoplasma, junto a mis fiesteros ancestros, cómo el mundo se va, de a poco, a la mismísima mierda.

He pedido a mi mamá —de quien heredé un dramatismo que me impide ser feliz— que me ubiquen al lado de mi tío abuelo Antonio Bechara, quien falleció en 1925. Mi abuelo Chaia Bechara lo convenció para que dejara Siria y se embarcara rumbo a América. Le había conseguido un trabajo como proyector de películas en el cine de Deán Funes. En el día del estreno de *El fantasma de la ópera*, Antonio subió a la cabina para preparar el carretel de celuloide. Enganchó la cinta al proyector y lo encendió. El foco iluminó la película de nitrocelulosa, un material muy inflamable. Se prendió fuego y mi tío abuelo murió carbonizado intentando salvar los equipos. Supongo que no quería defraudar a su hermano que le había conseguido el trabajo. Antonio tenía veintitrés años.

Mi abuelo se enfermó de culpa y nombró a dos hijos en su honor. Mi papá se llamaba Juan Antonio y mi tío se llama Antonio Narciso. Esto ocurrió medio siglo antes de que estrenaran *Cinema Paradiso*, el filme de Giuseppe Tornatore que muestra una historia similar. En Deán Funes abundan las historias de inmigrantes temerarios. Todos los que vinieron tienen una.

Salgo a la 25 de Mayo. Un grupo de adolescentes camina por la peatonal. Sus rostros muestran indignación. Exhiben pancartas con leyendas. Me detengo en una que dice: Queremos justicia por los trescientos perros asesinados. Los manifestantes buscan justicia por la matanza ordenada, aparentemente, por un funcionario deanfunense protegido por la justicia.

Las luces del alumbrado público dan su color amarillento a la vereda. El ánimo del pueblo está en un bajón histórico. No hay políticos en las mesas de los bares. Será por eso que no hay mal olor. La gente entra y sale de los comercios con la mirada desganada.

Deán Funes, la Patria del viento, apareció en las tapas de los diarios, en los noticieros más vistos y en la boca de todos los argentinos. Somos famosos porque esta ciudad, donde la justicia padece un serio problema de ceguera, es el paraíso de los asesinos seriales de animales y de los ladrones de traje y corbata.

Cruzo la plaza. En mi dirección avanza un individuo con rastas, actitud despreocupada, caminar elegante y una sonrisa escondida entre los bigotes. He compartido con él algunas de las tantas noches de bohemia que me convirtieron en este ser hipertenso que les escribe.

—¡Hermano Ponce! —saludo a Pedro Ponce de León, el gran artista deanfunense.

Nos damos un abrazo. Una cámara de fotos Canon cuelga de su cuello.

—¡Vamos a tomar una cerveza negra, Ponce!

—¿Por qué negra?

—Porque ésa es la bebida oficial de la hipertensión.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy, Ponce.

—¿Al Bar de las Estrellas o a La Ideal?

—Cualquiera de las dos. Mejor vamos a La Ideal.

—Bueno, pero primero voy a comprar cigarros.

—Te aguanto, Ponce. Pero no fumés, boludo. ¿Tenés hipertensión?

—No tengo nada, hermano. Estoy sano, feliz, fuerte y enamorado.

Se le nota.

Caminamos hasta un quiosco. Pedro entra. Me quedo afuera. Saludo a una amiga de la infancia. Era una de las más lindas del barrio. El hechizo de sus ojos claros y sus largas trenzas rubias me alborotaban. Recuerdo que una vez me caí de la bici por saludarla. He pasado mucho tiempo sin verla. En su rostro observo algunos escombros de su belleza.

—Estás igual, Mariana —le miento.

Ella me mira. Sus ojos necesitan la ayuda de unas gafas. Sonríe.

—Vos tampoco has cambiado mucho —me devuelve la mentira—. Ésta es Giovanna, mi hija de once años.

La despido con un beso. ¿En qué momento tuvo una hija que se volvió más alta que ella? Pedro sale del quiosco acomodando sus rastas. Abre el paquete nuevo, saca un cigarro, lo enciende y le da una pitada. Exhala. Me dan ganas de fumar. Una sola pitada bastaría para volver a ser esclavo de las tabacaleras. Cruzamos la calle y saludo con la mano levantada a Tutú, un amigo que se convirtió en policía. A la plaza le falta algo, luce disminuida.

—Pedro, qué rara es la ciudad sin perros.

—Todavía quedan algunos, pero es como si la hubieran dejado muda.

—Deberías pintar un mural alusivo. Yo te llevaría la escalera y te cebaría unos mates. Podríamos invitar a los muchachos. Al Ariel, Enzo, Jorgito, Lopel y los demás que quieran participar.

—¿Y se te ocurre algo?

—No sé. Pero tiene que ser algo que llame la atención. Algo que despierte un poco a la gente.

—Éste es el pueblo más manso del mundo. Ya no le cabe más nada.

Pedro tiene toda la razón. Cruzamos por la mitad de la plaza ante la estatua de Sarmiento. Los automóviles giran con apatía. Levanto la vista hacia un ciprés ladeado por un viento que sopla sin miramientos desde que tengo uso de razón. Las banderas de España, Siria, Líbano, Italia y los Pueblos Originarios, ondean detrás del prócer amado por algunos y odiado por otros. Algunas personas entran a La Ideal.

—¿Nos quedamos afuera?

—Dale —tomamos asiento en una mesa sobre la vereda—. ¿Con esa cámara tan impresionante te ibas a sacar fotos? Está buena.

—Algo así. Estoy preparando un trabajo para mis estudiantes de Catamarca. Son chicos muy talentosos. Me encanta enseñar cuando un grupo se esfuerza y quiere aprender.

Llega una moza. Estimo que tiene, a lo sumo, veinticinco años. Su mirada de ojos negros almendrados luce cansada. Su pelo largo y castaño cae hasta los hombros. Sus pantorrillas y cuádriceps están marcados debajo de una calza. Se me ocurre un piropo muy ordinario. Me lo guardo. El delantal tiene escrito su nombre.

—Florencia, una cerveza negra —dice Pedro—. Y si sos tan amable, unos daditos de queso.

Florencia se va. Veo venir a Alberto Horne, otro paisajista deanfunense. Nos saludamos. Él elige refugiarse en la calidez del interior recubierto en madera que caracteriza a la confitería.

—No tenemos una foto juntos, Pedro. Ya es hora de que nos saquemos una.

—Más vale. Cuando pase alguien le pedimos.

Florencia vuelve con la cerveza. La deja sobre la mesa junto a

un plato de daditos de queso. La botella transpira. Le lleno el vaso a Pedro y después lleno el mío. La espuma dorada es el presagio de algo bueno. Brindamos. Pincho un pedazo de queso con el escarbadientes y me lo como. Bebo un trago más de cerveza helada. Me hace sentir bien. Quizás sea antihipertensiva, después de todo.

—¿Nos sacás una foto, Flor?

—Con mucho gusto.

Mi amigo le entrega la cámara

—Mantené el botón apretado por un ratito. Cuando estés segura, dale otro apretón. ¿Entendés? —le explica.

—Claro.

Florencia camina unos pasos en dirección a la calle. Esconde su rostro detrás de la cámara. Gatilla. Entrega la máquina a Pedro.

—No está mal. Pero está media borrosa. ¿Podés sacar otra?

—Me tengo que ir a llevar otros pedidos.

—Disculpá Flor, muchas gracias igual.

Tomo la cámara y reviso la foto. Luce un poco fuera de foco, pero alcanza a captar el momento. Pedro y yo aparecemos mirando para cualquier lado. Los vasos llenos y nuestros rostros sonrientes, con una expresión de disfrutar el instante. De eso se tratan las instantáneas.

—Ponce, ¿qué sabés del Seba Olmos?

—Ahí anda. El otro día estuvimos con Jorge Garay en su taller de escultura. Los muchachos también estaban. El Seba viene casi todos los viernes.

—Hace un año que no lo veo.

—Lo llamemos —dice Pedro.

—Me parece una buena idea —busco su nombre en la agenda del celular. Suena. Atiende—. ¡Olmos querido! Acá estamos con Ponce acordándonos de vos. Si venís el viernes hacemos un asado, ¿querés? —contesta que está totalmente de acuerdo— Te doy con él para que lo saludés.

Le paso el celular. Pedro sonrío.

—¡Seba! Estamos sentados al frente de la plaza bebiendo y charlando de todo un poco. Somos los dos últimos perros sobrevivientes de esta ciudad maldita —suelta una carcajada fuerte.

Yo también.

Nos despedimos de Sebastián. Pasa un adolescente caminando por la vereda.

—Tigre, ¿nos podés hacer un favor?

El joven se detiene. Se desentierra unos auriculares de los oídos.

—¿Sí?

—¿Nos podés sacar una foto? —Pedro le explica el procedimiento. Agrega— Nos hemos vuelto grandes de un momento para el otro y todavía no tenemos una foto juntos. Hacenos el favor.

El adolescente toma la cámara a regañadientes. Camina buscando la distancia. Apunta para lograr el encuadre. Pedro y yo nacimos en el año 1975. Le voy a pedir que me envíe la foto para conservarla entre mis memorias. Tal vez podría escribir algo de este encuentro. Las obras de Pedro reflejan un caos desde donde emerge su sensibilidad. Sus trazos sumados a sus colores, son una manera de decirle al mundo: Éste soy yo, y ésta es mi manera de interpelar todo lo que me rodea y me hace humano. No necesito que nadie esté de acuerdo conmigo. Pero la belleza tiene muchas caras.

Una vez recibí como obsequio para mi cumpleaños, una obra suya que conservo en la pared de mi hogar. Se llama *Escalera al cielo*.

—¿Cómo te llamás? —pregunta Pedro.

—Agustín.

—Dale de nuevo Agus, sin miedo. Es digital. No hay por qué escatimar gastos —dice Pedro en un tono bromista.

El joven parece un poco fastidiado. Se acomoda en diferentes lugares. Toma algunas fotos.

—Seguro que están muy buenas, pero por las dudas sacá más, tigre —lo aliento.

Vuelve a apretar el botón. Devuelve la cámara.

—¿Salieron bien? —pregunta.

—Mirá, salieron bastante mal, pero no te hagas drama. Igual, ¡muchas gracias! —dice Pedro con una sonrisa.

El adolescente se va.

—¿Estás escribiendo, Eduardo?

—Poco y nada. Es decir, siento cosas y todo eso, pero últimamente me cuesta convertirlas en idioma, Ponce. Creo que estoy en una crisis. No sé lo que me pasa. A lo mejor ya no tengo más nada que decir.

—No hay que desesperarse —Pedro bebe un sorbo de cerveza—. Sabés... en la pintura pasa lo mismo. Los colores ayudan a definir eso borroso que sentimos. El amarillo es luz, el rojo puede ser fuego. El azul representa algo cósmico, por ejemplo.

—Me gustan esos momentos en que aún padecemos incertidumbre, que no están corruptos por las expectativas de los demás. Es ahí donde aparece la locura con la que se construye la belleza —le confieso.

—Te entiendo —Pedro come un dado de queso—. Jean Michel Basquiat era un artista de esos. Cuentan que una vez pasó por un bar muy exclusivo de Manhattan adonde estaba sentado Andy Warhol. Burló la seguridad y le dejó una obra muy loca sobre la mesa, al lado del whisky. Los guardias lo echaron. Pero Andy Warhol se dio cuenta de que aquel arte tenía valor. Entonces lo mandó a buscar, se hizo amigo de Basquiat y lo apadrinó en una exposición que hicieron juntos.

—Eso también es suerte.

—Sí, Basquiat, que era un artista ninguneado y con serios problemas de adicción, se hizo famoso de un día para otro. A los veinticinco años lo conocía el mundo entero. A veces se trata de estar en el momento justo y en el lugar exacto.

—¿Qué paso con él?

—Se murió de una sobredosis a los veintisiete años. Pasó por este mundo a toda velocidad y se desintegró. Demasiada intensidad a veces puede hacerte mierda.

Pedro enciende un cigarrillo. Pasa una mujer de unos cuarenta años. Viste una falda anaranjada suelta, un suéter negro de hilo y el humo de su cigarro se eleva en el aire. Su rostro está marcado por unas cicatrices de acné bastante profundas.

—Disculpame —la detengo—. ¿Nos podés sacar una foto?

—Por supuesto.

Pedro le entrega la cámara. Le explica el procedimiento. La mujer camina hacia el medio de la calle. Pongo cara de no posar. Sonríe. Aprieta el botón. Regresa.

—¿Está bien?

—¡Excelente! —dice Pedro—. ¡Gracias!

La mujer se va. La foto quedó bastante bien.

—Al fin, Ponce. Esa cámara está muy buena, pero es más difícil de manejar que un acelerador de partículas.

Un perro solitario camina por la vereda de la plaza. Lo sigo hasta que se pierde en la oscuridad.

—Ponce, acabo de imaginar el mural que te voy a ayudar a pintar.

—¿Qué idea se te ocurrió?

—Podrías dibujar un ser humano con cabeza de perro que luzca una camiseta con la siguiente inscripción: “¡Guau! Yo sobreviví al veneno de este gobierno”. Se llamaría *La ciudad y los perros*.

Pedro afla la mirada. Asiente. Concluye:

—Me gusta.

Carta al dueño de la bodega Jairala Oller

Estimado don Jairala:

Tal vez está carta le parezca extraña. La semana pasada visité su viñedo, camino a Loza Corral. Me detuve un rato ante la soledad de Ischilín, bajo el algarrobo de ochocientos años que custodia la capilla. Observé las sierras azuladas por el sol de la tarde, en medio del jardín que fuera una plaza de armas en tiempos del Camino Real. Hay un aljibe con su brocal de piedra. Entonces pensé en antiguos caminantes cansados de batallas buscando agua para saciar su sed. El viento frío soplaba en mi rostro. El cielo se mostraba brillante y contrastaba con los pastizales amarillentos.

El Cachalqueta podría estar a unos pocos kilómetros. En aquel cerro puntiagudo de Ongamira, quedó sepultado el dolor de los comechingones asesinados en la última de todas sus batallas. Cuesta creerlo, don Jairala. Tantos senderos marcados por guerras que casi nadie recuerda. Tanta historia escondida en esos paisajes. La tierra está llena de cicatrices. Todas las cicatrices cuentan una historia.

No sé si me recordará. Le pedí que me tomara una foto con su schnauzer gigante. Su perro tiene mi mismo pelo, ansiedad, instinto para el trabajo, voluntad de aseo y apetito, aunque supongo que tiene más tolerancia a la frustración. Soy un tipo de ciento diez kilos que camina raro y se le acercó para decirle que le enviaría algo importante para su viñedo. Y es por eso que le escribo. De vez en cuando, me gusta cumplir con algunas de mis promesas.

Quedé impresionado por la pasión con la que se entrega a la creación del vino. También por su paciencia, sabiduría y hospitalidad. Yo conocía sus productos bastante bien. Si aguanta la opinión de un aficionado, encuentro la uva Merlot más suave y frutal que la Cabernet Sauvignon, aunque soy capaz de beber ambas variedades con el mismo nivel de entusiasmo. Del Chardonnay no puedo decir mucho, ni de sus espumantes, cuya fabricación explicó con un alto grado de maestría. Nunca supe cómo podía meterse un corcho de ese tamaño en un agujero tan chico. Pensaba que al champagne le agregaban gas. Espero que esta carta quede entre usted y yo porque sería muy vergonzoso que alguien más leyera esta barbaridad. Dios sabe que salí de su viñedo siendo un hombre menos ignorante.

Estuve pensando que Fernando Fader llegó a Loza Corral para comprender los secretos de la luz. Martín Santiago lo persiguió hasta convertirse en su discípulo. Inventaba excusas para acercarse y aprender las técnicas del maestro alemán. Ambos comprendieron cosas que le dieron a sus obras una belleza atemporal, como la luz. Usted, mi estimado don Jairala, llegó un siglo después, para develar los misterios de la vid. Eso lo convierte en un artista de mi tierra. Y por eso, le tengo un respeto solemne. Hace tiempo que soy *fan* de su vino y quiero dejarle algo en estas líneas que le escribo. Para romper el hielo, abriré una botella de su Merlot. Me he dispuesto a beberla para que esta carta fluya en buenas condiciones, aunque no le prometo nada.

La he descorchado, me he servido una copa. Cada tanto, la hago girar, miro los reflejos rubíes, inspiro el aroma a madera fruta y bebo un sorbo pequeño con los ojos cerrados. Le escribo desde el cuarto 19 del Hotel Biarritz, mientras el invierno comienza a invadir las calles de Frías. Como le anticipé, tengo algo para usted. Creo que le va a interesar.

Verá, mi mamá no es partidaria de mi entusiasmo por el vino. Alega que en los bebedores anida una “Madre Viña”. Para disuadirme, abre los ojos y exagera, como cualquiera de los

Baracat que poblaron el mundo. Me ha explicado que la Madre Viña, igual que los gobiernos, exige cada vez más para poder salvarse, hasta que un día toma control de nuestra humanidad y nos acaba desbarrancando en un abismo de indiferencia. No estoy de acuerdo con ella aunque jamás pude darme el lujo de triunfar en una discusión. Las madres van al hueso, sin miramientos. En lo que a mí respecta, tienen derecho. Y sobre todo mi mamá. Tantos años esperando que yo sea un gran profesional de pelo corto, rostro sin vellos, títulos nobiliarios, saco, corbata, fortuna, fama y poder. Es curioso que habiéndome convertido en todo lo contrario, sonría si entro a su casa en las madrugadas, náufrago de la noche embrujada por las estrellas, las guitarras y el vino. Supongo que ella es más rebelde que todos sus hijos, por más que intente esconderlo.

Sea como sea, le he dicho que hay personas que beben vino porque necesitan emborrachar a sus demonios y otras que lo utilizan como un vehículo de aproximación a lo profundo de todo. Le hablé de la vid. Un ente así de noble no puede dañar a un hombre, a no ser que el hombre esté dañado en su interior. Y en ese caso, el hombre suele mostrar sus heridas. Le conté que la vid es una planta generosa. Si la sequía arrecia, entrega su última reserva de nutrientes a las uvas, para que engrosen el orujo y puedan madurar hasta el final. En ese acto de amor, ella muere y renace de sus ruinas. Igual que la mayoría de los seres humanos, las uvas especiales son las que han sufrido escasez. Y con ellas se hace el mejor vino. Sé que usted conoce las cualidades del “reserva”.

Don Jairala, en mi fiesta de cumpleaños bebí algunos litros de su vino tinto y apliqué, de manera indiscriminada, alrededor de doscientos abrazos a lo largo de veinte horas de festejo. Cuando se me acabaron las personas, abracé a los animales y a los árboles. Cuando no hubo árboles ni perros alrededor, ya estaba demasiado feliz como para seguir abrazando a nadie. Supongo que el vino me provoca amor por el mundo, compasión por los que están en problemas y me hace encontrar belleza en lugares extraños. Los

guitarreros nos servimos del vino para lanzar la voz y perder el temor al ridículo. Los poetas lo utilizan para encontrar palabras, como agua que lava el barro en los márgenes de un río adonde se esconde el oro. El vino nos acerca los unos a los otros y también nos deja expuestos. Es importante beberlo con amigos porque vivimos en un mundo en el cual exhibir los sentimientos implica, a veces, quedar a merced de fuerzas despiadadas. Nos guarece de la guerra material que nos somete y separa, dejando a unos en una trinchera de resistencia y a otros, mecanizados por una batalla que se sirve a sí misma. Abre una ventana por donde entra la luz del perdón en medio de tanto rencor. Nos hace brillar los ojos ante la desnudez del colega ser humano, cuando nos vemos reflejados en su existencia y lo aceptamos, porque coincidimos en el espacio y el tiempo, en una fracción de segundo, en un universo que lleva billones y billones de años expandiéndose sin dejar pistas que nos lleven a una verdad, un origen o un fin. Y eso es un milagro.

De modo que su labor en este mundo no es sólo la elaboración de una bebida, don Jairala. Lo que usted produce anestesia el dolor de sabernos fugaces y prescindibles, débiles y temerosos. Y a menudo nos vuelve fuertes y orgullosos. Por causa de él, nos lanzamos a abrazar a nuestros enemigos y a hacer el amor con quien quiera compartirnos su cuerpo para sellar la efervescencia de alguna noche. Fluimos desprejuiciados, despojados del peso de una atmósfera que cae sobre nuestras espaldas, marineros que remontan la oscuridad del océano y contemplan desde la distancia, el brillo de la ciudad que los espera. Yo le he explicado a mi mamá. Le dije que se quedara tranquila. Porque el vino no cambia a las personas, sino que las revela.

Usted, don Jairala, hace quince años dejó Buenos Aires en busca de un sueño hecho de tierra, surcos y espirituosidad. Tal vez entendió que llega un momento en la vida en que es preciso vivir del corazón para adentro. Me enorgullece saber que ha logrado todo eso y que ha elegido esta tierra para construir, proteger y hacer crecer ese sueño. Anteayer la transitaban guerreros. Ayer,

inmigrantes bravos. Hoy, algunos bebedores de vino que pretenden hilvanar los silencios con palabras que suenen más o menos bien.

No quisiera monopolizar su día con una carta larga, por eso intentaré ser más directo. Usted dijo que la botella de vino es un objeto dirigido a los sentidos. Habló del tacto al recibirla, del sonido al descorcharla, del olfato al respirar su contenido, de la vista al observar su color, y por último del sabor. Pero no dijo nada acerca de la información que se lee en la etiqueta. Y acá quería llegar: la etiqueta de su vino necesita un verso que resuma la comunión del hombre con la vid. Y la de ambos con todo lo demás. La buena noticia es que ese verso ha sido escrito en tierra deanfunense. Dos artistas crearon una canción única que lo contiene.

Cuando Marcos Manzur escribió esos versos y Claudio Pacheco los llenó de música, probablemente estaban bajo el hechizo del vino Jairala Oller. Yo los conozco bien. Le hablo de una canción que quedará en la historia de la música, la poesía, los trabajadores, los viñedos, la literatura. Si exagero, que gobiernen ladrones en Deán Funes para siempre y terminen de saquearla y destruirla. Esta canción contribuirá a la fraternidad de la raza humana.

No crea que estoy bajo el influjo de una emoción violenta porque desciendo de una tribu de narigones mercachifles que escaparon descalzos de una guerra y cruzaron el charco a los gritos para vender bananas, peines y jabones. No hago esto porque uno de ellos viajó conmigo en ómnibus hasta la tierra de Jorge Amado, para arreglar una casa ocupada por capoeristas que nos quisieron cagar a palos en medio de la jungla brasilera, o porque el otro me enseñó muchas de las cosas que vale la pena aprender en esta vida. Don Jairala, no se equivoque. No es por el coraje y la sabiduría de mis hermanos que propongo lo que propongo, sino porque estoy convencido, objetivamente, de que el fragmento de esa canción, impreso en la etiqueta, hará que el vino Jairala Oller sea perfecto. ¿Quiere tener un vino perfecto? ¡Yo quiero que su vino sea perfecto! Todos lo queremos, es el vino insignia de los hijos de Ischilín.

Verá, don Jairala: usted, su viñedo, Marcos Manzur, Claudio

Pacheco, Fernando Fader, Martín Santiago, los notables poetas, bailarines, cantores, artesanos y la noble gente de Ischilín, tienen algo en común: encontraron su luz en libertad, al descuido de un viento que usted y yo conocemos bien. Protegidos por unas sierras que lo cambian todo. Pudieron florecer en una tierra árida, permeable, adonde no puede prosperar la plaga. No hablo de un verso cualquiera pegado en un vidrio. Estoy hablando de la vida y la muerte y lo fugaz y lo eterno y el grito de libertad que suelta la garganta del hombre al borde de todos los abismos. De los comechingones cayendo desde las alturas de una sierra, y también de los invasores, porque enloquecieron en el destierro y tuvieron que asesinar a niños y mujeres. De los realistas y sus enemigos, porque peleaban una guerra que no comprendían bien. También de los caminantes sedientos que buscaban un hogar en el medio de la nada, los que vinieron antes de ellos y los que vendrán después de nosotros. Sobre todo, estoy hablando de lo bueno que le quedó a esta tierra, incluidos usted, su familia y su viñedo, mis hermanos y los hermanos de todos los demás, el amor libre y la fuerza de todo lo que crece en libertad.

Don Jairala, es tiempo de terminar esta carta. Me he bebido toda la botella de Merlot, por eso no pude ser más breve. Le deseo mucha felicidad en compañía de su esposa, sus grandiosas uvas y su perro, a quien sentí mi alma gemela. Como no tengo a nadie cerca para darle un abrazo, le mando uno bien fuerte por este medio. Por favor tome nota. Estos versos y su vino, maridaje entre arte y materia, alquimia para embellecer las quimeras que persiguen los hombres de esta tierra.

*Es así como la vid
brinda sus frutos al sol.*

Con amistad,
Eduardo Bechara Baracat

El escritor que camina junto a mí

A veces el tren aparece en Frías como un dragón de hierro. Tiemblan los vidrios cuando arrastra sus vagones en lo profundo de la noche. Mis pesadillas se deforman con los pitidos y salgo semidesnudo al balcón, convencido de que soy una estrella que ha perdido su atractivo debido a la ingesta desaforada de empanadas, vino, locro y tamales. En noches como éstas, tardo unos segundos en darme cuenta de que la palmera que adorna la vista no es hawaiana. Arrugo el ceño, me rasco la cabeza y verifico mi realidad: vivo al costado de las vías, enfrente del parque de maniobras del ferrocarril, a poca distancia del guadal, el río Albigasta y los montes, en el segundo piso de un hotel decorado al estilo neomedieval. Allí acomodé libros, computadora, guitarra, cuadros, hija, mujer, plantas de quinoto, romero y albahaca. Soy extranjero en Santiago.

Hace treinta y cinco años, Amalia Lacroze de Fortabat (aristócrata y coleccionista de arte, QEPD) visitaba Frías para controlar las operaciones de su fábrica de cemento. No tenía un lugar donde dormir y le construyeron este pequeño departamento en el que vivo. De paso, hicieron otras dieciocho habitaciones más. El Hotel Biarritz tiene un pasado glamoroso y un presente conflictivo. De las paredes del *lobby* cuelgan espadas al estilo Highlander, hachas antiguas, escudos vikingos y sillas con detalles en cuero en las que se habría sentado Torquemada. El halo de sus días dorados resplandece en su penumbra nostálgica y un conserje ronca por las noches como haciendo gárgaras con el alfabeto cirílico.

Mi vida se ha vuelto rara. Hace tres años que me pregunto qué hago aquí. El síndrome de la hoja en blanco es malo. El de la vida en blanco es peor.

Por suerte, existen algunos momentos en familia, *salamancas* maratónicas con guitarreros sentimentales y otras cosas que ayudan a paliar este vacío. Por ejemplo: mi vecino es el mejor contador de historias que conozco. Tiene un caudal de anécdotas que le fluyen con naturalidad, vivencias propias y ajenas que desmenuza con su memoria privilegiada. Lo escucho con toda mi atención aunque no puedo asegurar que sea recíproco. Es el hermano menor de mi mamá. Ambos son parecidos: no les gusta escuchar y son tercos. En contrapartida, son inteligentes, creativos, generosos y dramáticos. Mi tío y yo somos grandes amigos.

Otra de las cosas que rompen la monotonía son los huéspedes especiales. En estos días nos visita el escritor Raphael Koehler-Derrick. Rafa llegó desde Terre Haute, Indiana, USA. Nuestra amistad se remonta hacia el pasado. Le prometí que lo llevaría a conocer un lugar significativo.

El agua trepa por la bombilla, trago y el mate ronca. Ato los cordones de unas zapatillas viejas. Son ideales para dar el paseo que calificaría como *turismo aventura*. Golpean la puerta del departamento y la abro. Rafa viste una camiseta con el logo de Fernet Branca que unos cordobeses le regalaron. Su gorra cubre su cabello castaño claro.

—¿Estás listo para caminar? —le alcanzo un mate amargo.

—Nací listo.

Su acento es casi imperceptible. Su español suena elegante.

—Rafa, ¿traés la cámara?

—Claro.

Bebe el mate y me lo devuelve.

—Bueno. Vamos, man.

Descendemos los peldaños de madera rumbo a la salida. La enorme araña que cuelga del techo del lobby aún está cubierta por adornos de navidad. Ya llegará diciembre otra vez. Dejar que el tiempo pase es algo que en Frías he aprendido a ejecutar con

destreza. El sol de las 14:30 baña la vereda. No hay una nube. Me parece respirar vestigios de un perfume cítrico. Por haber nacido en Frías y en abril, época de la primera floración de los naranjos, mi hija se llama Azahar.

Hay pocos autos estacionados frente al hotel. Dos personas caminan rumbo a la estación. El pulso de la ciudad parece detenido. El follaje de un bracho oculta la cerca que separa el parque de juegos infantiles de las vías. A veces llevo a mi hija a la calesita. Me brillan los ojos cuando la veo sonreír sobre el caballo. Los niños giran, suben y bajan mientras la guaracha contradice su inocencia.

—Seguime, Rafa. No te voy a defraudar.

—Dale.

—Hay que saltar esa cerca de cemento.

Rafa salta y cae del otro lado. A mí me cuesta más debido a la falta de flexibilidad. Nos aventuramos rumbo al sur por el medio de las vías. Las paredes rosadas de la estación quedan atrás. Intento leer las palabras pintarrajeadas con aerosol en un vagón abandonado. Después de un paso nivel, dos agapones vuelan hacia un palo borracho que muestra flores blancas prendidas a ramas esqueléticas. Se oyen los trinos de algunos otros pájaros. Sólo reconozco el canto de las catas. Esta especie de loro suena como una esposa molesta por la tabla del inodoro meada por el egoísta y juerguista marido que duerme y jamás sueña con ella.

—Esos árboles de ahí —señalo al costado— son las tuscas.

—¿Son típicas de acá? —pregunta Rafa.

—Creo que hay en todo el norte. Son bastante nombradas en las canciones folclóricas. Pero no tan nombradas como los coyuyos.

—¿Coyuyos?

—Rafa, el coyuyo es para el folclore santiaguense lo que *baby* es para el rock and roll. Es más, existen dos tipos de metáforas: las que incluyen los coyuyos y las demás.

—Entiendo —Rafa toma una foto de la tusca—. ¿Qué son los coyuyos?

—Son como primos de las libélulas, pero gordos.

—¿Libíliulaaa?

Lo intento de nuevo:

—En el imaginario popular, los coyuyos están asociados al hedonismo, supongo, porque cantan mucho pero no les gusta trabajar. También les dicen cigarras o chicharras. Es como el ave insignia de Santiago del Estero.

—¡Una cigarra! Pero esos bichos hay en todas partes del mundo.

—Puede ser, Rafa. Pero sólo acá se han vuelto animales de culto.

Evitamos pisar aerosoles, jeringas y pedazos de telgopor. A ambos lados de las vías han dejado cientos de bolsas de plástico, cajas rotas y baterías. Avanzamos unos metros. El estadio de Central Córdoba aparece a la derecha. Me llamaron para formar parte de la comisión organizativa de ese club. Me postulé de candidato a vocal suplente, siempre he sido un tipo muy ambicioso.

Nos hemos ido alejando de la zona urbana de Frías. Quedan unas pocas casas construidas de manera precaria, a las cuales se llega bajando por un camino de tierra. Una chancha atada a una higuera entierra el hocico en un montón de basura. Su cría se prende a la teta mientras un perro ladra. A pocos metros, cuatro niños juegan con una lata. Sus cuerpos están cubiertos de harapos. Por el momento, la pobreza no obstaculiza su alegría.

—Esto no sale en ninguna guía *Lonely Planet*, Rafa.

—Te apuesto que esas zapatillas colgadas de los cables de alta tensión tampoco salen en ninguna guía.

Ya no se divisan casas pero el basural continúa. El monte se abre. Las vías parecen juntarse. El sudor moja mi frente. En el medio de un pastizal que se ha convertido en hollín, un quebracho solitario muestra su tronco tiznado por el fuego. En medio de la quemazón aparece una cabeza de vaca.

—Rafa, mirá esto —levanto la cabeza de los cuernos—. Sacá una foto.

Los restos óseos de este ser me hacen dar ganas de mear. Se la paso a Rafa. Avanzamos en silencio. Delante se divisa una enorme estructura de hierro. El terraplén donde se asientan los rieles se hace angosto de repente. El lecho del río va apareciendo. El puente que lo cruza muestra figuras geométricas formadas por vigas verticales e inclinadas, unidas por miles de remaches. Es apenas más ancho que las vías.

—Ahí abajo está el famoso río Albigasta, Rafa.

—¿Y el agua del famoso río Albigasta?

—Bueno, ahora está seco, pero cuando llegan las tormentas de verano puede provocar desastres. Las crecientes son terribles.

—Y éste —doy una palmada en la viga de hierro— es el puente Albigasta.

Asumo que tiene unos doscientos metros. Quizás más. Por encima pasaron los primeros trenes que llegaron hasta aquí. Cientos de durmientes de quebracho sostienen los rieles. Me pregunto si Frías existe gracias a este puente. ¿Podría existir el tren sin los saqueados montes santiagueños? Algunas personas han inmortalizado sus nombres sobre las columnas oxidadas. Imagino aventuras adolescentes que acaban en un poniente incendiado. Casi escucho el canto de los grillos arrullando noches de amor encendidas por las estrellas. La libertad irreverente de la juventud. El pasado es un puente que a veces se derrumba. Sus pedazos caen en un río turbulento. Algunas memorias consiguen sujetarse a las orillas. Las demás, son arrastradas y se hunden en las napas del inconsciente.

Doy un paso sobre un durmiente. Las piedras sobre el lecho seco se ven pequeñas. Las viguetas del puente están dispuestas cada cinco metros, más o menos. Mi corazón se acelera al experimentar la altura y el vacío. La posibilidad de la muerte me hace respirar hondo. Decido volver a tierra firme. Al costado, leo una frase pintada con aerosol: Guille cagó acá un día caluroso de octubre de 1999.

Se la muestro a Rafa y se ríe.

—La literatura de defecación —observa— puede ser dividida en cuatro grupos: profunda, amistosa, vulgar o irónica.

Doy una carcajada. Tengo ganas de decirle que los estadounidenses pueden ser divididos en dos grupos: los que tienen un gran sentido del humor y los republicanos.

—He leído cosas muy existenciales en los baños de las terminales de ómnibus —dice Rafa.

—Supongo que la inspiración existe, pero tiene que encontrarte cagando.

—Voy a cruzar este puente —advierte.

—Dale. Yo no te acompaño. Pero si quieres, te saco unas fotos.

Me alcanza su cámara. Lo veo alejarse y lo retrato unas cuantas veces. Me acuclillo, apoyo la máquina en las vías y consigo un buen encuadre. Rafa se empequeñece a medida que avanza. Salta de durmiente en durmiente. Obtengo otras imágenes. Soy mal fotógrafo pero peor equilibrista. Me pongo de pie. El lecho del Albigasta dibuja curvas y se pierde hacia el este. La brisa acaricia mi rostro. Mi amigo regresa con una sonrisa.

—¿Volvemos?

—Dale.

Caminamos hasta una calle que se abre a la derecha. Un hombre de unos sesenta años quema basura. Divisamos una gruta pintada de rojo. Nos bajamos de las vías. Llegamos hasta un letrero que dice: Gracias Santa Rita por los favores. Esta santa viste un atuendo de monja. Frente a su gruta hay unos asientos. Aún arden dos velas con grumos de cera que se derraman en el piso. El hombre camina despacio por un jardín en donde crecen algunos crespones, dos cactus, un mandarino y un lapacho. Atraviesa un portón. Se acerca hasta donde Rafa y yo, observamos la escena. Su rostro moreno está surcado por arrugas. Muestra una sonrisa con ojos vivaces que transmiten misericordia.

—Buenas tardes, jefe. Acá el amigo —señalo a Rafa— es yanqui, y vino a conocer al Santiago profundo.

—Buenas tardes, m'hijo —nos damos la mano. Se presenta—. Medina.

—Soy Rafa.

—Yo Eduardo, mucho gusto.

Señalo a una cuerda con banderines:

—Don Medina, ¿qué son esos banderines celestes, rojos, amarillos y blancos que rodean la gruta?

—Ésos son los colores de Santa Rita, m'hijo. Hoy 22 de mayo es su día. Como la gruta está en mi casa, acá recibimos a los promesantes por la mañana. Les dimos chocolate caliente, alfajores, rosquetes y dulces.

En el fondo de su casa hay un patio de tierra con un horno de barro. A su lado, unos perros yacen echados bajo la sombra de un limonero.

—En nuestro país hay íconos católicos para todas las necesidades, Rafa.

—¿Para todas?

—Por ejemplo, tenemos a San Alejo que se encarga de los afectos y en su estampa muestra una escalera. Santa Catalina es defensora de la pareja y San Antonio es el patrono de los enamorados. San Cayetano, en cambio, anda con una ramita de olivo y consigue trabajo. Acá en Santiago no debe ser muy popular. Después, tenemos a San Roque, uno que anda con un perro y unas sandalias de cuero franciscanas.

—¿Qué hace San Roque?

—Alivia la pobreza a cambio de que en algún momento se arrodillen y le ofrenden una rodaja de alma. Es como el gobierno en época de elecciones.

—Entiendo —Rafa sonrío.

—Debido al cuello de botella de feligreses metidos en quilombos,

San Roque delega todo a San Expedito. Una verdadera máquina de hacer milagros.

—Suena expeditivo.

—Fue un soldado romano. La imagen lo muestra con su bota pisando un cuervo que simboliza la postergación. Es el más rápido para cumplir pedidos.

Don Medina me corrige:

—¡Santa Rita es mucho más rápida, m'hijo! ¡Y el Gauchito Gil anda por ahí nomás! También se pueden rezar las novenas para la Virgen Desatanudos.

—Y cuando todo se va al carajo, Rafa, ponemos de cabeza a los santos. ¿Cierto, don Medina?

—Cierto, m'hijo.

—¡Jamás quedarse con los brazos cruzados! —agrega Rafa.

Conversamos con don Medina del clima y de las plantas de su jardín. Le agradecemos por su tiempo y su predisposición. Nos despedimos y emprendemos el regreso. Las Sierras de Ancasti se confunden con nubes extendidas en el horizonte. Señalo en dirección al oeste. Le cuento:

—Cada ocho de diciembre, los fieles parten desde Frías caminando en aquella dirección. Atraviesan las sierras para hacerle promesas a la Virgen del Valle. Llegan hasta Catamarca después de unos cuantos días. Caminan ciento y pico de kilómetros.

—¡Cuánto esfuerzo! ¿Qué pasa si los santos y las vírgenes fallan?

—No lo sé, Rafa. Supongo que ahí hay que hacerse cargo de la vida.

Vivimos en un mundo en que el hedonismo del coyuyo produce culpa. El sufrimiento aparece como un vehículo que nos acerca a una especie de olimpo. ¿Alguien pagará por nuestras lágrimas? Eso sugiere la imagen, siempre en lo alto, de un Dios humillado en la cruz y lastimado por toda clase de cosas. Desde el cielo recluta su ejército de beatos, vírgenes, ángeles y santos milagreritos que tiran de las cuerdas de la voluntad humana.

La epopeya de aquel revolucionario humilde que murió en medio de padecimientos indecibles para salvar al mundo, es un *best-seller* que causó un trastorno en la identidad de los hombres. Así de poderosa es la literatura. Pero hay quienes aseguran que la primera novela fue *Don Quijote de la Mancha*.

Al costado de las vías se acumulan botellas, hisopos, condones, cartones y escombros. Respiro una ráfaga de olor nauseabundo. Un burro pasta y sacude su rabo de un lado a otro. Algunos de nuestros pasos imprimen su huella. Una fila de hormigas se extiende desde una caja de vino hasta el hormiguero. El sol centellea contra los rieles y mi camiseta está humedecida en este otoño. ¡Frías, no enfrías!

Mientras más duras son las condiciones de existencia, más necesitamos creer en un plan diseñado por alguien que administra la piedad. El sacrificio, las privaciones y las promesas: durmientes que sostienen un puente hacia una hipotética redención. Si Dios, la Virgen y los santos quieren, en esa otra vida accederemos al placer y renunciaremos a la culpa y el dolor.

Nos detenemos. Al otro lado de la cerca se divisa el Biarritz. Los años no han conseguido erradicar su esplendor. Rafa barre la escena con la mirada. A pesar de sus veintitrés años, es un escritor que ha viajado miles de kilómetros. Ojalá le brote un texto que evoque su paso por estas latitudes. Sería una manera de tender un puente hacia el mundo. Puedo esperar que eso suceda, pero el tiempo revelará la misión del escritor que camina junto a mí.

220 kilómetros

Cae la tarde. La terminal de ómnibus de Frías está poco transitada. Una mujer compra una empanadilla en un puesto que exhibe alfajores, patay y alfeñiques de miel de caña. El vendedor mete el dinero en su bolsillo y desaparece silbando rumbo al baño. El lustrín, con el culo asentado en un cajón, ofrece sus servicios a un tipo de unos cuarenta años. No gracias, hermano, responde y sigue hasta la ventanilla adonde venden pasajes. Otros esperan sentados en un banco de madera frente al puesto de revistas, con sus portadas rellenas de celebridades.

Septiembre en Frías es algo que todos deberían experimentar. Hablo del presagio de la primavera, los azahares, la floración de los lapachos y jacarandás, los trinos, la temperatura, las plazas, el bullicio, la vida.

El ómnibus que va a Deán Funes lleva un retraso de quince minutos. Mi ahijado me regaló un reloj. Marca las 20:00. Lo recuerdo cuando miro la hora. Franco tiene diecisiete años. Vive en una campiña llamada Vevey, cerca de los Alpes suizos. Guillermo Tell, chocolates y relojes. Frío. Y oro, como un río resplandeciente que fluye por el subsuelo de Zúrich. Y montañas cubiertas de nieve, perforadas por túneles como si fueran grandes pedazos de queso gruyere. Colisionador de partículas. Imperio férreo de la ley. Ciudadanos organizados que casi no se necesitan unos a otros. Reglas horarias para tomar una ducha. No debe haber un país más hermoso para suicidarse.

Franco también es mi sobrino. Compartimos genes, pero está hecho de una madera especial. Es persistente, inteligente, determinado, noble y seguro de sí mismo. No heredó el carácter incendiario, ni el rencor ni la codicia, ni la mayoría de los fantasmas ancestrales borrachos de miseria que llevo enganchados a mis vísceras. Supongo que tampoco heredó las glándulas suprarrenales del abuelo Salomón. Algunos de nosotros sí. Dios mío. Eso significa que en algún momento del año una depresión azul nos sepultará en pensamientos negativos hasta que la euforia nos haga tomar decisiones erráticas.

Tres hombres comparten una cerveza en el bar. Uno luce muy cansado, con el mentón apoyado en el pecho. Puede estar borracho. En la televisión, un futbolista muestra a su esposa modelo como si fuera un trofeo. En la modernidad existen dos clases de seres: los que están del lado de adentro de la pantalla y los que estamos afuera, reptando en el guadal del anonimato. Y un día, amanecemos sabiendo sus nombres. En los almuerzos comentamos sus colores favoritos, su orientación sexual, sus diseñadores de cabecera y su frecuencia coital: Pobre Susana, está aburrida; Yo banco a Florencia: se dejó crecer el pito; Leonardo se robó unos pesos pero es todo un galán.

El calor de la tarde me produce sed. Me acerco al mostrador. El quiosquero hunde la mirada en la pantalla de su teléfono ultraliviano. Teclea algunas palabras con el rostro en tensión. Sabe que estoy. Carraspeo. Levanta la mirada.

—Sí —dice.

Señalo la heladera.

—Agua mineral y también quisiera algo dulce —me tomo el mentón.

Repaso la oferta. Es un quiosco bien provisto. Hay cincuenta tipos de chocolates, cien clases de caramelos, galletas de todos los colores, etc. El quiosquero escucha Illya Kuryaki and the Valderramas.

—Quiero una Rhodesia.

—Once con cincuenta.

Pago. El Chevallier atraca. El chofer sale apurado y enciende un cigarro. Corta mi boleto y subo las escaleras al segundo piso. Camino por el pasillo con cuidado de no cabecear los televisores. Mi asiento es el treinta y siete. Acomodo la mochila en la parte superior. Me siento. Debe hacer unos cuarenta grados. El viaje durará tres horas, más o menos. El interior es un festival de olores humanos. Hace tanto calor que miro a los costados pidiendo una explicación. A mi derecha hay una mujer de pelo castaño claro y labios carnosos. Su piel tiene un brillo extra. Debe ser transpiración. Su perfume es lo único que huele bien en todo el ómnibus. Duerme. Qué pena. Me llaman la atención sus pies cubiertos por medias rosas. Los pies son el espejo del alma. Soy nieto de un inmigrante que se dedicó a la venta de zapatos. E hijo de un vendedor de zapatos. Tengo la certeza de que ella calza treinta y seis. Doy buenos masajes de pies, pero los cobro caros. A la izquierda hay dos muchachos.

—Disculpá, tigre —me inclino hacia su lado—. ¿Anda el aire acondicionado?

—No Spanish.

—¿English?

—Yes.

Seguimos en inglés.

—¿Anda el aire acondicionado?

—No lo han encendido todavía.

—OK. Gracias.

El tipo tiene una voz gruesa. Suena como el viento deanfunense azotando los algarrobos en una madrugada de agosto. Él y su amigo son rubios. Deben tener unos veinticinco años. Sus hombros parecen cabezas de bebés. Uno cruza los brazos. El bíceps amenaza con desprenderse del húmero y rodar por el pasillo. Miden como dos metros. Es como si alguien los hubiera metido a presión en los

asientos. Uno le dice al otro unas palabras en un idioma que no comprendo. Con esa voz de viento.

—¿De dónde son?

—De Alemania. Del sur de Múnich.

—Bienvenidos a la Argentina.

En serio, me llaman la atención por gigantes. Casi estoy entendiendo por qué Adolfo creía que el resto de la humanidad estaba compuesta por pigmeos que no valían un saco de guano. Adolfo era una máquina de liquidar gente que no se ajustaba a sus expectativas. Supongo que su locura tenía un método. Había una razón biológica para acabar con todos. Pero debe ser muy humillante morir a manos de alguien como Adolfo, que no mata por odio, sino por una cuestión científica. No veía otra solución que la de ahorrarles la miseria de vivir con estaturas cortas, narices grandes, preferencias sexuales no convencionales, colores de piel incorrectos o defectos físicos.

—¿Vienen de Tucumán? —pregunto.

—Venimos de Lavalle.

—¿Lavalle?

—Sí, Lavalle.

—¿Se quedaron un par de días por allá?

—Tres semanas.

Hay gente que recorre Europa en tres semanas. Son tours complicados. A su regreso, no recuerdan si la torre de Pisa queda en Francia, si Venecia queda en Alemania, si el Big Ben es una película porno o si la torre Eiffel está torcida. Supongo que para eso están las fotos. Sea como sea, veintiún días son demasiado para pasear por Lavalle, Catamarca. Busco decirlo de una manera elegante.

—Lavalle debe ser un lugar lindo. Pasé un par de veces, pero no tuve la suerte de quedarme lo suficiente.

Uno mira al otro. Se dicen algo en alemán. Me miran. El más próximo me explica:

—Estuvimos trabajando en un campo de veinte mil hectáreas. Somos estudiantes de agronomía de la Universidad de Múnich. Vinimos por una pasantía.

—¡Ah! OK. Ahora entiendo.

—Soy Daniel.

—Soy Michael.

—Yo Eduardo.

El motor del ómnibus ronronea. Atravesamos la policía caminera, Quirós, San Antonio. La espesura de la noche cubre los campos. Santiago es víctima de una sequía que lleva tres años. El televisor muestra una película en donde todos disparan contra todos. Hay grandes probabilidades de que el galán mate a todos los delincuentes árabes. Tengo suficiente experiencia en películas de Hollywood como para asegurar que se quedará con la chica y, en un paréntesis, le hará el amor con la ternura con que lo hacen mamá y papá. Después seguirá matando árabes. El árabe con más cara de malo será el último en morir. Traigo un libro de Jaime Echeverri en la mochila. Podría leer sus cuentos y abandonar la película, pero no hay suficiente luz. Podría intentar una conversación con la chica de la butaca del lado. Tendría que despertarla. Sus facciones lucen relajadas. Como si soñara con un masaje de pies. Nadie merece que lo despierten en medio de un buen masaje. Y menos cuando se trata de esos piececitos enfundados en medias rosas que llenan de falso optimismo este vehículo.

Hablaré con los alemanes.

—Muchachos, ¿adónde van ahora?

—Vamos a Córdoba. Nos espera un amigo —dice Daniel.

—Córdoba les va a encantar. Hay lugares lindos. Mucha juventud. Ya van a ver. ¿Ya terminaron la pasantía?

—En realidad nos peleamos con el capataz del campo. Nos dijo: Si se van no vuelven más. Acá estamos —responde Michael.

—¿Qué pasó?

—El tipo era como un rey —dice Daniel.

—Y trataba a los empleados como esclavos —agrega Michael—. Y ellos parecían agradecidos por recibir ese trato. No lo entiendo. En Alemania se irían de inmediato.

—En Alemania tendrían adónde ir.

—Ya estábamos aburridos —explica Michael—. Abríamos tranqueras, revisábamos vacas en el cepe y no aprendíamos nada. Todos los días lo mismo. El suelo estaba seco. Hacía mucho calor. No había muchas pasturas. Y encima, el capataz aparecía con esas ínfulas de tirano. Acá hay mucha diferencia entre los ricos y los pobres. En Alemania no.

—¿Comieron asado?

—¡Cada día! —responde Daniel— Faenaban los animales ahí mismo. Nos enseñaron los cortes. Hasta comimos testículos de toro asados.

—Los argentinos —señala Michael— comen en promedio ciento cuarenta kilos de carne por persona al año. En Alemania, con suerte, llegamos a los sesenta.

—A mí me gusta la carne, pero estoy pensando dejarla —les explico—. Tengo la presión arterial de un hombre de ciento treinta años.

—Lo siento —dice Daniel.

—Pero ciento treinta recién cumplidos.

No se ríen.

—¿Cómo es la ganadería en Alemania?

—Muy diferente. Allá, cada animal está registrado por el gobierno. Tiene una especie de pasaporte. El gobierno sabe cuántos animales hay en cada establecimiento. Si es un ternero, sabe quiénes son sus padres.

—Faltaría que sepa cómo se conocieron —bromeo.

Michael se ríe. Agrega:

—También sabe al detalle el stock de frutas, los cultivos, y todo lo

que pueda ser útil para el país en caso de una emergencia nacional. Si querés matar una vaca, por ejemplo, tenés que llamar al veterinario. Él tiene que supervisar e informar al gobierno. Después, es necesario que hagas una especie de servicio fúnebre.

—¿Como un entierro?

—Algo así.

—¿A las vacas?

—A las vacas.

—Acá es otra cultura, muchachos. Es más, algunos meten seres humanos en bolsas de basura y los tiran en el camión recolector.

Quisiera borrar esa horrible broma pero ya la solté.

—¿Cuánto cuesta un kilo de carne en Alemania?

—Producir un kilo de carne cuesta tres euros con cincuenta. Y el supermercado lo vende a diez euros. Mi familia tiene granja —explica Daniel—, por eso conozco bien los procesos y los precios. También tenemos tambo. Nos cuesta cuarenta centavos de euro producir un litro de leche y el supermercado lo vende a noventa centavos de euro. En cambio, en Argentina les cuesta nada más que dieciocho centavos de euro, pero lo venden a un euro. Acá es más cara. No lo entiendo.

—Yo tampoco entiendo. ¿Monsanto vende sus productos en Alemania?

—Sí —Daniel niega con la cabeza—. Están en todas partes del mundo. Se dice que compraron Blackwater, el ejército de mercenarios más poderoso de la tierra. Tienen grupos de lobby. Compran diputados y senadores como si compraran chocolates. Pero eso no es lo más grave.

—Eso me parece bastante grave por sí solo.

—Escuchá —Michael abre más los ojos—: les pagan a los investigadores para que modifiquen el propósito de sus investigaciones. Algunos son nuestros profesores. En vez de investigar las verdaderas causas de las enfermedades de las plantas,

manipulan los informes con conclusiones que favorecen el desarrollo de nuevas tecnologías. Entonces modifican las semillas. Y ése es su negocio.

—Supongo que las farmacéuticas deben hacer lo mismo —comento.

—El problema de Argentina y de todos los países que aceptan semillas modificadas transgénicamente, es que una vez que el suelo las recibe, son dependientes de Monsanto para siempre.

—Acá siembran mucha soja. Pero ahora hay una sequía impresionante en el norte. Y unos incendios devastadores.

—Eso es un problema serio —advierte Daniel—. El monocultivo atenta contra la biodiversidad. Repercute en el clima y amenaza la supervivencia de los insectos. Ahora están en peligro las abejas, por ejemplo.

Michael agrega:

—Los países que no se planten frente a Monsanto, Bayer, Pioneer o las demás multinacionales, corren el riesgo de ver sus campos convertidos en desiertos.

—¿Es así de grave?

—El suelo es un banco natural de alimento. La mayoría de los nutrientes está en la superficie. Al arar el suelo lastiman la tierra. Y los nutrientes se escapan como sangre derramada. Así comienza el proceso de desertificación.

—¿Y cual sería la solución?

—Sería sembrar varios cultivos, pero eso es caro y complicado operativamente. Cuando hay diferentes cultivos, las raíces se comunican para intercambiar nutrientes y crear resistencia contra las plagas. Es como una gran simbiosis. ¿Entendés?

—Creo que sí. A grandes rasgos. Gracias por la explicación.

Pasamos por Recreo. Los alemanes se duermen. El último árabe de la película muere a manos del galán, una de esas muertes de Hollywood. El héroe recibe un premio por haberse librado de esos salvajes y salvado a “América”.

Las salinas flanquean la ruta. La luna aparece entre las nubes y traza una estela en el suelo. Alcanzo a ver una franja de tierra blanca salpicada de jumes. Me duermo. Me despierto en la terminal de Deán Funes.

Los murales de Martín Santiago aparecen por la ventanilla. Los alemanes todavía duermen. La vecina también. El reloj marca las 23:25. Desciendo sin despedirme de nadie. Abro mi Rhodesia y le doy un mordiscón. El viento fresco me acaricia el rostro. Me subo a un remís.

—Jefe, voy a la casa de mi mamá. Colón y Buenos Aires.

En el trayecto termino el chocolate. Me quedo mirando el envoltorio anaranjado. Los traficantes de azúcar no son los únicos que quieren algo de mí. Las estrellas de cine necesitan que me sienta cobarde. Dios necesita mi devoción. Los políticos necesitan que coma su mierda. Los vendedores de noticias se disputan mi confusión. Las empresas de agroquímicos necesitan mi resignación. La patria quiere una rebanada de mi alma, mi sangre, mi sueño y mis impuestos a cambio de nada. Los próceres quieren mordirme la memoria. Mi hija necesita respuestas. Algunos parientes quieren que me mantenga pulcro, obediente y sin protestar. Las compañías telefónicas, farmacéuticas, de transporte, petroleras, alimenticias, también se pelean por rapiñarme. La tierra, esfera de vida, no me necesita para seguir girando.

Yo también quería algo de mí, pero con tanto ruido lo olvidé.

El amo de las palomas

Vos y yo en una mesa, bajo el cielo de una noche limpia, en un café de Deán Funes. Vos y yo, treinta años después. Te cuesta hablar. Y estás tan flaco, que esa silla de ruedas se traga tu cuerpo. Con mucho esfuerzo me has preguntado por mi vida en esa ciudad santiagueña. Te he hablado de la música, de las musas y de noches que duran días. Has tenido amores en Frías y en otros lugares. He nombrado algunas, con sus atributos. Has asentido. Reímos.

Conozco muchas de tus historias. Los descendientes de inmigrantes árabes solemos fanfarronear a los gritos con cosas bastante mediocres, como el número de eyaculaciones o la suerte en las apuestas o el tamaño de nuestras narices. Dos amigos deben contarse muchas cosas, serias y banales, para ser amigos. Dos amigos crecidos en un pueblo chico deben custodiar secretos mutuos para conservar la amistad.

No voy aburrirte con mis cosas. Tengo alegrías normales y problemas menores. La mayoría tenemos alguna que otra dificultad que nos da tiempo para protegernos y, si fuésemos dañados, la oportunidad de cambiar algo y cortar los ciclos y empezar de nuevo.

Estamos a cincuenta metros del escenario de la plaza. Éstas son nuestras calles, Esteban. El lugar donde empezamos a mirarnos y a reconocernos. Las paredes invisibles que nos domesticaron con prejuicios y mitos urbanos y verdades. He señalado en dirección a la estatua de un prócer que ha perdido popularidad. Han reemplazado la lámpara votiva que volamos en pedazos con una bomba de estruendo, aquella navidad. La policía nunca descubrió

a los criminales. ¿Cuántos años teníamos? ¿Nueve? ¿Diez? Nos sentimos héroes. Yo sé que te acordás.

Te cuesta hablar y a mí me cuesta entender cómo la vida te ha echado encima el peso de sus cosas, como ensañada. Una mamá muerta, un papá enfermo, dos hermanos demasiado asustados como para regresar y el recuerdo de una hermana que se fue antes de tiempo. Finalmente vos, mirando con ojos grandes la arena que cae por la cintura de cristal de una clepsidra. Pero tu boca esboza una sonrisa. Será tu ausencia de expectativas, me digo, será haber sobrevivido otro día, me digo. Desde ese ángulo todo es pasado o desolación, todos los hilos están cortados y estás suspendido a la deriva, me digo, tal vez entregado al momento, frágil y sedado. Desde ese lugar, quizás se ven cosas que nosotros no, con nuestros pesados paquetes de verdades y la ansiedad por conquistar un futuro al que jamás accederemos (la tierra prometida). Tal vez, desde allá, verás todo calmo, y quizás te hayas perdonado todos tus rollos, y hayas perdonado a los que esperaban que les entregaras grandes cosas. O quizás sonreís porque en el fondo, sabés que la muerte que nos tutela es diferente. La mía agazapada en una ciudad que acaso desconozco. La tuya sentada entre nosotros, pintando sus iniciales en la transpiración de una botella de cerveza.

Te he contado la historia de alguien que conquistó a más de cien mujeres hermosas y dio vida a hijos que quedaron desparramados en tres o cuatro provincias y que aparecen, de vez en cuando, a reconocer a su padre. Cuando esos hijos te ven, tampoco entienden adónde fue a parar el futuro que se desplegaba ante tus pasos. Si los viera, quisiera contarles que no siempre estuviste así, indefenso, con la inocencia de un ángel recién nacido. Hubo un tiempo en que tenías la fuerza de un titán, la palabra de un visir y el andar de un caballero. Pero la vida es puta. Y acá estamos, vos y yo, sentados uno frente al otro, intentando tapar el presente con paladas de pasado. Quisiera pasearte por un lugar adonde puedas sentirte

seguro, libre, entero, sano, vos. Porque un día fuiste vos... yo sé que te acordás.

Tus ojos sobresalen de cuencas forradas por una piel que se ha vuelto amarillenta. La gente va y viene, nos saluda. Yo sé que muchos te quieren pero pocos se detienen a charlar. ¿Quién puede culpar a los que miran hacia otro lugar y salen aporreados y temerosos al ver el final establecido en tu rostro? La única tragedia que aceptamos es la de la prensa, nunca nuestra, nunca cerca.

De pronto, el silencio cae sobre nosotros como una guillotina. Una bandada de tordos vuela y desaparece detrás de un edificio.

Entonces te cuento una historia sobre palomas mensajeras. Sobre un niño colocando mensajes en sus anillos con la esperanza de que viajen hacia una ciudad lejana para luego regresar. Allí había otro niño: esos niños éramos nosotros. Mirábamos el cielo sin entender cómo era posible tanta inmensidad, aquellas sierras violetas y todo ese horizonte. Vos tenías la fe. Yo creía que no volverían. El viento soplaba en nuestra cara, el tiempo era una palabra y tu mirada estaba puesta en el infinito. A veces las tomabas en tus manos, les hablabas y las soltabas como quien lanza un puñado de luz en lo profundo de la noche. Otras veces abrías la puerta y volaban. Eran blancas, grises, azules y marrones. Las veíamos alejarse, parados sobre el techo, con los ojos repletos de libertad, con la sangre inquieta de la infancia. Ellas siempre volvían. Hermano, yo te admiraba.

—Siempre serás el amo de todas las palomas —digo.

Me has mirado fijo. Tu sonrisa se ha esfumado por un momento. Algo se te ha desatado adentro. Yo sé que todo está ahí, en algún lugar. Querés decirme algo. Yo espero. Te cuesta mucho hablar. Quiero decirte que lo entiendo. Que hay cosas que sólo se pueden expresar con el silencio.

Una mujer interrumpe nuestra comunicación, mira su reloj y te habla a los gritos, como si no escucharas. Dice que se hace tarde. Su voz suena como un puñado de latas chocando entre sí. Mastica

chicle. Mira su reloj otra vez. Te ordena que saludes porque es hora de irte. Como si fueras un niño. Creo que le pagan para que te cuide. Quiero mandarla a la mierda. Trago saliva y te saludo con un golpe de mentón, como se saludan dos hombres fuertes. Te digo que mañana nos veremos. A duras penas, me contestás con una frase inentendible. Sólo distingo la palabra “mañana”.

Le doy un trago a la cerveza. Tomo el diario y lo abro. Evito los actos que puedan delatar mi pena. La mujer empuja la silla de ruedas, te lleva calle abajo, sobre la plaza, rodando bajo el temblor de los tordos agazapados en los pinos. Los automóviles circulan ajenos a todo. Las estrellas titilan. La gente pasa dejando su murmullo. El pueblo nos cobija a todos, con nuestras bendiciones y maldiciones. Te espera la noche cerrada, solitaria y brutal. A mí, los problemas menores de un tipo que negoció su normalidad con la vida. Aprieto las mandíbulas. Apuro mi vaso de cerveza mientras te alejás del café y de la vida. Cada vez más lejos.

Conversación con el señor Tamashiro

Estaba sentado sobre los altos murallones de piedra de La Cañada. De tanto esperar al señor Tamashiro me habían empezado a doler las nalgas. Ya había contemplado el reflejo de las tipas en el torrente. Ya había leído y guardado un libro en la mochila, avistado algunas aves, pocas nubes en el cielo, rostros de ciudadanos estresados y estudiantes de varios colores y formas. También había dedicado piropos a chicas que pasaron inaugurando la primavera con escotes atrevidos, faldas cortas y pieles perfumadas. El vaivén de los vehículos marcaba el pulso en la mañana de Córdoba y el señor Tamashiro no llegaba. ¡Qué clase de japonés llega tarde!

Debía viajar con él hasta Villa General Belgrano. Me habían encargado un texto sobre una reunión de entusiastas de los automóviles BMW. Acepté porque me pareció interesante conocer un pueblo famoso por su arquitectura alemana, sus arroyos, bosques, montañas, cerveza artesanal, masas vienasas, chocolate, descendientes de nazis fugitivos, pechos teutones y salchichas con chukrut. Podría interactuar con aquellos entusiastas de la velocidad que se excitan con el ruido de levas y pistones y consagran parte de su vida a quemar petróleo. Era mi oportunidad de explorar aquella manera de entender el mundo. ¿Cómo negarme?

No tengo mucho que decir con respecto a los automóviles. Mi relación hombre-máquina es similar a la que tengo con el Dios del Antiguo Testamento. Tampoco tengo mucho que decir con respecto a un viejo que prefiere una nación por encima del resto y necesita que masajeen permanentemente su colosal ego narcisista,

so pena de desatar calamidades, convertir las ciudades en nada, confundir las lenguas, desterrar ancestros, matar niños e inundarlo todo. Viajo en ómnibus porque puedo leer, conversar con alguien, mirar películas y escribir. En un ómnibus, hace mucho tiempo, conocí a una mujer especial. A los pocos kilómetros de embarcados, le declaré mi amor eterno, que duró un tiempo antes de volverse real y desintegrarse.

El señor Tamashiro llegó veinte minutos tarde en un BMW coupé, blanco, deportivo. Bajó la ventanilla, inclinó la cabeza y me miró por encima de unos lentes espejados que se enganchaban a unas orejas pequeñas y ocupaban un tercio de su rostro. Su cabello estaba cortado al ras del cráneo. Vestía un saco blanco y una camisa con rayas azules. Masticaba chicle y con cada oclusión se marcaban sus músculos mandibulares. Parecía un matón de la yakuza. Vino a mi cabeza una pregunta: ¿esos japoneses no eran orgullosos de sus marcas nacionales?

—¿Señor Tamashiro?

Asintió. Tomé la mochila, me acerqué, abrí la puerta y me senté en la butaca del copiloto. Me presenté. Nos dimos un apretón de manos. No dijo nada. Aceleró rumbo al sur. Tomamos la avenida que nos sacaría de la ciudad. El interior del vehículo olía a prosperidad y aromatizante de lavanda con forma de pino, colgado del retrovisor, adornado con la leyenda Yo amo a BMW. En letras más chicas aparecía la publicidad de Taller El Zonda y un número de teléfono.

Dejamos Córdoba atrás. Tanto silencio me había comenzado a incomodar. Se me ocurrió cuestionar de manera frontal por qué idolatraba un automóvil alemán, siendo que Japón produce máquinas espectaculares. Entonces recordé lo que me contó un amigo: Si querés decirles algo a los japoneses, no vayás al grano, rodeá el tema, pero no vayás al grano. Eso los ofende. La ruta que une Córdoba con Alta Gracia se extendía anticipando la puerta de entrada a las Sierras Chicas.

Cruzamos algunos autos en sentido opuesto. Los postes de alta tensión también parecían venirse en contra. Envié un par de mensajes de texto a mi hermana y a mi amigo Ojo Gandur. El señor Tamashiro todavía no hablaba. Supuse que los japoneses de ley no andan rompiendo el silencio con lo primero que se les viene a la cabeza. Se ubicó detrás de una camioneta vieja. Aceleré para dejarla atrás. El tacómetro subió hasta tres mil quinientos. El motor de la nave emitió un ronquido leve que insinuó su poderío. En segundos, el velocímetro alcanzó ciento noventa. Lo miré de reojo con cuidado de no ofenderlo. No quería que pensara que dudaba de su milenar honor ancestral o de sus habilidades automotrices.

Su vista permanecía clavada al frente. Tan concentrado, con esa piel brillante y ese silencio afilado como katana, daba la sensación de haberse perdido en algún sembradío de arroz, con unas geishas de pies diminutos, tez blanca, kimonos abiertos y una predisposición descomunal para la satisfacción masculina, las danzas milenarias, el sake, las fiestas animadas con shamisen y esas cosas que sólo las geishas saben hacer. El señor Tamashiro apretaba el volante con la firmeza de un kamikaze a bordo de su avión, feliz de estrellar su vida contra algún barco estadounidense. Aquello me llevó a pensar en Bruce Lee. Más precisamente en *Operación Dragón*. Más precisamente en una escena en donde le entra sin asco a unos tipos con su nunchaku.

Los kilómetros pasaban. Las dos líneas amarillas en medio de la ruta parecían juntarse a la distancia. Los arbustos y pasturas enverdeían el paisaje a ambos costados. Por Alta Gracia, se me dio por iniciar una conversación:

—Sabe don Tamashiro: justo estoy leyendo una novela de Yasunari Kawabata. Se llama *Lo bello y lo triste*. Lástima que tantos escritores buenos se suiciden. Aunque por otro lado debe ser duro vivir en un mundo como éste con tanta lucidez.

El señor Tamashiro no dijo nada.

—También he leído a Murakami. Espero que a él no le pase lo mismo. A través de esas novelas he aprendido un poco sobre la espiritualidad oriental. También he aprendido a decir “verde” en japonés.

Esperé a que me preguntara cómo se dice verde en japonés. No lo hizo.

—*Midori* —sonreí orgulloso—. Verde se dice *midori*, don Tamashiro. También es el nombre de la protagonista de *Tokio Blues*. Aunque mi novela favorita de Murakami es *Kafka en la orilla*.

Las cejas del señor Tamashiro se alzaron por encima del marco dorado de sus anteojos. Presentí que amasaba un mensaje atestado de sabiduría. Hice silencio para que pudiera expresarse. Esperé un buen rato. No dijo nada.

—También soy admirador de Akira Kurosawa.

Estaba convencido de que el señor Tamashiro analizaba cada cosa que decía. En aquel estado de hipnosis en el que estaba, seguramente iba a encontrar las palabras justas para sorprenderme. Mientras, continué:

—Coetzee escribió *Diario de un mal año*, adonde sugiere que la obra cumbre de Kurosawa, *Los siete samuráis*, representa una analogía del nacimiento del Estado.

Lo escuché echar un suspiro profundo. No me quedó claro si aquello era bueno o malo. El camino se volvió realmente sinuoso. Antes de tomar las curvas cerradas, el señor Tamashiro rebajaba uno o dos cambios y el motor soltaba rugidos.

—Le explico, don Tamashiro —levanté mi índice—: en *Los siete samuráis*, una horda de ladrones desvalija un poblado campesino, año tras año. En un momento, los ladrones proponen: Entréguennos parte de sus bienes voluntariamente así no tenemos que saquearlos. Así empezaron a pagar para que los bandidos no les quitaran todas sus cosas. El Estado hace lo mismo con nosotros.

El teléfono del señor Tamashiro sonó con la música del vals de *El padrino*. Eso lo entendí. Los japoneses hicieron mucho por la

industria metal-mecánico-electrónico-informática, pero su música está destinada, a lo sumo, a ambientar unas películas de Quentin Tarantino. Tomó el celular, miró la inmensa pantalla, lo colocó de vuelta entre las butacas y el vals dejó de sonar. Era un gran momento para preguntarle por qué manejaba un BMW y no un Toyota, por ejemplo. Le podría haber largado el rollo ahí mismo. Algo me detuvo. Llámenlo instinto. De modo que decidí continuar con mi plan de rodear sutilmente el tema sin ir al grano.

—Así es con la literatura japonesa: descripciones mágicas y esos personajes complejos enredados en tramas sofisticadas. El arte japonés es revolucionario —comprimí los labios—. Y hablando de eso, en Alta Gracia pasó su infancia el Che Guevara, lo más parecido que hemos tenido a un samurái, aunque haya gente que piense que se volvió un ícono de la economía supersimbólica, como Nike, Apple, Jesús o Chevron. ¿Entiende?

El señor Tamashiro acomodó sus anteojos con el índice. Me dio la sensación que de tanto procesar lo que decía, había endurecido su rictus. Atravesamos varios parajes: Anisacate, La Bolsa, Los Aromos. Pude ver que alquilaban cabañas para hospedaje. También cruzamos puestos adonde vendían quesos de cabra, fiambres y artesanías en madera y cuero. Le hablé del sushi y el wasabi. De la curiosidad que despiertan los templos sintoístas. De la tragedia de Fukushima, del karaoke, de los dibujantes de manga y animé, de *Karate Kid*, *Kill Bill*, Hiroshima y Nagasaki.

Un perro negro jugueteaba en la banquina. Rebajó de sexta a quinta, a cuarta, a tercera y disminuyó la velocidad a cuarenta kilómetros por hora. Pasó al lado del animal, aceleró. Sentí que mi cuerpo se hundía en la butaca. A los pocos segundos, el BMW se desplazaba por la cinta asfáltica como un proyectil. Apenas frenaba en las curvas. Las ruedas se adherían a la superficie como si rodáramos sobre una pista de Scalextric.

Comenzamos a bordear el lago y ganar altura por el camino de montaña. Subimos por un trayecto de curvas cerradas hasta que el

embalse Los Molinos quedó expuesto. Ese espejo de agua cristalina es uno de los tesoros serranos. El paisaje me inspiró para acercarme más al tema. Debía ser preciso porque el tiempo se acababa.

—BMW. ¡Unos fierros infernales, don Tamashiro! Seguro que estos motores pueden durar un millón de kilómetros. Hasta le diría que Alemania es famosa por esta marca y no por el strudel. Ése sí que es un país que sabe producir buenas cosas. Por algo fueron imperio.

Un automóvil tipo rural cargado de personas yacía estacionado en un mirador. Junto al vehículo, un niño meaba. Su próstata, inmaculada y todopoderosa, impulsaba un chorro que describía una alta parábola y caía en el barranco. Decidí avanzar con el plan:

—Don Tamashiro: algunos dicen que las personas que viven bajo el rigor de condiciones climáticas severas, tienden a desarrollar mejores capacidades organizativas que aquéllos que viven en climas benévolos. Por ejemplo, en Bahía, Brasil, no necesitan organizarse para nada. Apenas necesitan un techo, la intemperie es agradable. Las frutas crecen en cualquier lado y el mar les da todo tipo de peces. Nadie debe trabajar duro. Es lógico que no tengan industrias. En cambio en Alemania, con ese frío, la gente desarrolla otro carácter. Si no se organizaran para batallar la inclemencia del clima, podrían morir.

Una paloma se cruzó. El instinto de conservación me hizo levantar las manos para proteger mi rostro. El ave rebotó contra el parabrisas y dejó una mancha roja pintada en el cristal. El señor Tamashiro no se inmutó. Ése era el momento para darle una inflexión a la conversación y preguntarle lo que quería preguntarle.

—Así es con Alemania, don Tamashiro —carraspeé para clarear mi voz—. Todas las economías poderosas parecen subsidiadas por algún evento extraño.

Me aposté a mí mismo que esto despertaría el interés del señor Tamashiro.

—¿Sabe quién subsidió a la industria alemana para que creciera hasta ser una de las más fuertes del mundo, don Tamashiro? Fueron los esclavos comunistas, liberales, francmasones, testigos de Jehová, los clérigos que se oponían a los nazis, los miembros de los movimientos opositores nacionales, los romaníes, los homosexuales, los enfermos, los judíos y los demás que trabajaban sin parar en los campos de concentración —tomé aire—. ¿Sabía que Hugo Boss diseñó los trajes de las SS?

El señor Tamashiro negó con la cabeza. De a poco me acercaba. Me sentía casi en condiciones de preguntarle qué hacía un caballero del Glorioso Imperio del Sol Naciente manejando un automóvil sin rastros de japonesidad.

—Así cualquiera impulsa una industria, aprende a producir buenos automóviles y fortalece su país, don Tamashiro. En cambio, Japón no tuvo mucha ayuda. Por eso prefiero los autos japoneses. Tienen mejor karma.

Haber dicho esas palabras me hizo sentir cerca de averiguar por qué razón el señor Tamashiro había traicionado a su patria. Consideré que había rodeado el tema lo suficiente. De modo que decidí soltar el asalto final.

—Don Tamashiro: ¿acaso Japón no ha sido el único país en la historia moderna que desafió al imperio estadounidense y logró pasar del subdesarrollo a ser la segunda economía del mundo? Ustedes mandaron a cagar a Washington y a sus consejeros —mi voz iba ganando volumen. Paseaba mi índice por el aire—: ¡el gran Japón y sus tremendos japoneses!

El señor Tamashiro disminuyó la velocidad en la entrada de un paraje.

—Los soberbios yanquis les dijeron: Ustedes son una islita llena de gente pequeñita y paciente. Tienen que seguir haciendo boludeces de seda. Pero ustedes contestaron: ¿Quiéren que hagamos seda? —me tomé la bragueta— ¡Ésta! Nosotros vamos

a hacer Sony, Mitsubishi, Toshiba, Fujitsu, Isuzu, Seiko, Yamaha, Nissan, Suzuki, Honda. Nosotros vamos a dominar el mundo. Vamos a ser los samuráis de la economía global. Sufriremos hambre mientras ustedes comen diez mil calorías diarias, cobran salarios altos, se endeudan como dementes y mueren de diabetes con McDonald's y Coca-Cola. Dejaremos atrás nuestras desgracias, guerras perdidas, bombas atómicas, calamidades, pestes, tsunamis, terremotos, ¿y saben qué? ¡Nadie podrá pararnos! Porque somos un pueblo que sabe tomar distancia de su pasado y tiene conciencia de la importancia del sacrificio para dejar oportunidades a las generaciones venideras —chasquéé mi lengua en el paladar—. O sea, lo opuesto al peronismo don Tamashiro, ¿entiende?

Frenó en una estación de servicio. Incluyó su cabeza, tomó sus anteojos, se los bajó a la altura del tabique. Sentía su mirada grave sobre mí rostro. Ahora sí esperaba unas palabras que sintetizaran la esencia de la vida, la muerte, el cosmos o todo eso junto. Estiró la mano, abrió la gaveta y se iluminó el interior. Divisé un carnet de socio vitalicio del Club Atlético Talleres de Córdoba mezclado entre algunas cajas de cedés. Eligió uno del Negro Videla, el padre del cuarteto cordobés. Lo sacó, lo insertó en el reproductor y salimos a la ruta a toda velocidad. Elevó el volumen al máximo. La música retumbaba en el habitáculo.

La otra orilla

Seguro estás en un cuarto de hotel. Puedo imaginarte en la penumbra, calculando cosas. Calcular es tu don y tu perdición. Puedo ver la escena como si estuviera a tu lado. Has levantado el papel con el resultado de unos análisis de sangre. Todos los números se han escapado de los parámetros. Pero aquellos cálculos no te atemorizan. Ya nada te da miedo...

Apuesto que una mujer ha querido consolarte. Te ha entregado su cuerpo para que cobijes en él tu inmensa confusión. Lo has hecho una y otra y otra vez. Has rugido contra ella, contra vos mismo, contra el mundo, como un león herido. Ha murmurado palabras de amor y has tapado sus labios con un dedo. Seguro está lastimada, pero se ha quedado igual para protegerte, en contra de tu voluntad.

El humo tiñe tus falanges, envenena el ambiente, penetra cortinas, sábanas y almohadas, la ropa desacomodada sobre el bolso o tirada en el piso. Has sentido una fisura en el pecho: algo que no puede explicarse. Ni siquiera has conseguido llorar con propiedad. Quisieras tomar tu lado oscuro, tenderlo al sol como un animal agonizante y fulminarlo. Yo sé...

Pensás que en el fondo del abismo encontrarás alguna cosa. Una verdad que se levantaría como una catedral o como una ciudad dorada. Ya estuviste ahí. Encontraste silencio, vacío y desesperación.

Puedo contar esta historia mejor que nadie. Necesito hacerlo antes de que sea tarde.

Hubo un día en que te adentraste al río de nuestra sangre para desafiar su curso. Avanzaste con dificultad hasta la mitad del cauce.

Apretaste los dientes, arrugaste el ceño, aspiraste una profunda bocanada de aire. Entonces ocurrió.

Te diste vuelta, extendiste los brazos y abriste las manos contra la corriente. Ardía tu cuerpo, pero resistías. El horizonte se teñía de rojo. Te escuché gritar todos sus nombres. Llegaron uno a uno, lanzados desde los altos minaretes del pasado. Aparecían con sus largas barbas y huesos prominentes. Te insultaban con voces hondas. Estaban furiosos por tu osadía. Nadie había conseguido bloquear su río sagrado. Pero vos eras más fuerte. Los mirabas directo a sus cuencas vacías. Sabías que te harían daño. Y calculaste. Y no te importó...

Testifiqué la guerra contra aquel ejército de espectros. Estabas sumergido con tus piernas plantadas en el lecho. Volaban alrededor como cuervos. Empuñaban espadas y látigos. Acarreaban odio y enfermedad. Arremetían con todo su poder. Te golpeaban, te punzaban, te intoxicaban. Querían espantarte. Tus manos seguían abiertas. Te reíste en su cara. Eras como un Cristo. Maldecían tu fortaleza.

Yo presenciaba tu batalla desde la orilla. Entonces giraste la cabeza hacia donde estaba y me dijiste que podía cruzar. Estabas bañado en tu propia sangre y en la sangre de tus ancestros, en la mitad de un río que no se parece a ninguno.

Ahora podés, repetiste.

Intentabas permanecer plantado mientras tu cuerpo se deterioraba, tu mente se aturdía, tus demonios surgían. Yo era un niño. No querías que viera ni me demorara. Entonces gritaste de nuevo: Hacelo ahora.

Yo temblaba de miedo.

¡Es seguro! ¡Cruzá de una vez! ¡Hay que creer!

Podría jurar que estás en el cuarto de un hotel de mala muerte, sucio, sin afeitarse y mal dormido, desde hace semanas. Tus ojos apuntan sin interés en dirección a la pantalla del televisor. Fumás

un cigarrillo detrás de otro, enojado, decepcionado, atrapado en un momento demasiado largo. Has buscado respuestas en el azar (¡has calculado!) y has decidido no llamar a nadie. Es tu manera de levantar un muro y esconderte detrás.

Aquel día avancé despacio. Te vi de espaldas, como crucificado. Los enfrentabas con toda tu fuerza. Te mortificaban aquellos espectros inquisidores. Crucé a tus espaldas y no tuve que luchar contra ellos.

Escribo estas palabras desde la otra orilla de nuestro río.

Ahora sé que el dolor de algunos abre el camino de otros.

Ésta es tu historia y es la mía.

Es necesario que recuerdes para sanar.

Los niños de Santa Cruz

Hace unos días recibí una invitación que me honra. Algo de lo que estoy orgulloso. Me pongo el casco, subo a una moto vieja y dejo atrás la casa de mi mamá. El sol brilla en el cielo azul. Mi abrigo grueso no alcanza a impedir la caricia helada del invierno. Atravieso el centro de Deán Funes y tomo la ruta a San Pedro Norte. Las sierras forradas de arbustos se levantan hacia el este. A la distancia, la capilla de San Vicente parece una casita de juguete. Cierro las manos con fuerza sobre las empuñaduras. Acelero. A la altura de Sauce Punco, los árboles plantados a uno y otro lado de la ruta dibujan su sombra en el pavimento. Debo llegar a Santa Cruz a las 10:30. Puedo recorrer esa distancia en una hora. Me esperan niños de cuatro escuelas: Santa Cruz, El Durazno, La Cañada y La Laguna. Les han prometido que conocerán a un escritor. ¿Y qué se supone que es eso? ¿Un tipo altivo, parecido a un prócer, que camina como dialogando con estatuas y tiene algo inteligente para decir con respecto a todo? Dudo que mis pensamientos sean gran cosa. He buscado definir cosas, pero las definiciones huyen de mí. Soy un pastor de ovejas fugitivas.

Les diré a los niños que las palabras pueden ser mucho más que barro, fuego, madera, metal, carne o sangre. Con ellas pueden inventar lugares, llenarlos de objetos y describir situaciones. O crear personas vestidas de cualquier manera. Meterlas en escenas, hacerlas hablar, gritar, nadar y llorar en países remotos. Les diré que el escritor se asemeja a un marionetista que debe mover sus muñecos con gracia para que el artificio de los hilos desaparezca

y el personaje cobre vida. De *Caperucita* a *Cien años de Soledad*, los grandes mentirosos nos han convencido de la misma manera.

De modo que el día es hoy. Me esperan los niños de mi norte, el futuro de la tierra. El sol se refleja en el tanque de la moto. La ruta me desafía con sus pozos. Algunas vacas pastan en el verde de una chacra. A veces pienso en el norte cordobés y el olvido. Tantos árboles desaparecidos por el desmonte. Nidos por el suelo. Pájaros desterrados. Un inmenso ser herido, tendido al borde de un abismo. Se me da por cantar la chacarera de Mario Aventuroso, un poeta de San Francisco del Chañar:

*Algarrobo que por siglos
alimentas con tus vainas,
tronco rústico y añoso,
el monte llora tu tala.*

El velocímetro marca cien kilómetros por hora. La caricia helada se transforma en un abrazo.

Me pondré enfrente de esos niños y les haré saber que es posible consagrar palabras al infinito. Si practican lo suficiente, pueden llegar al corazón de alguien. Y ahí vivirán por un tiempo. No soy el mejor escritor, pero ellos no tienen por qué saberlo. Diré que he lanzado algunos cuentos al mundo y los alentaré para que también lo hagan. Escuchen bien, diré: Sus palabras pueden ser más poderosas que ametralladoras y llegar a las entrañas de la realidad con su filo de navaja. Un conjuro que despierte a quienes cayeron en un sueño paralizante. Las palabras pueden desactivar bombas atómicas, enfrentar pueblos en guerras eternas y desatar la noche. Por eso deben usarse con responsabilidad. Si eligen el camino de las palabras, deberán ser respetuosos con quien no está de acuerdo con ellas. Cada uno de nosotros está formado por pedazos de Dios y de Diablo. Nos habitan diferentes prejuicios, contradicciones, angustias y preguntas. Sus palabras deben ser fuertes cuando estén

dirigidas a los fuertes y suaves cuando apunten a quienes no pueden defenderse.

Me pararé frente a esos niños. Será como observarme en uno de los tantos espejos del tiempo. Quiero enseñarles lo que me enseñó un poeta universal: Las palabras construyen o destruyen mundos. Tal vez algún día puedan utilizar palabras para embellecerlo todo. Eso me haría sentir grande, muy grande. Canto otro tramo de la chacarera:

*Siempre cerca de algún rancho,
para matear de mañana,
cuelgan lazos, cinchas, frenos,
¡qué sombrita es la del tala!*

Mi voz se oye muy desafinada dentro del casco. Esta tierra nos pertenece aunque la dejemos en busca de otros sueños. La ruta es una nevadura que se despliega hasta donde llegan mis ojos. Más allá de las montañas, hay más nevaduras que se extienden y comunican con otros lugares, también llenos de historia. Supongo que en la hoja de un árbol cabe el mundo. Soy de la Patria del viento, de Córdoba al norte, encrucijada de sierras, monte que encienden los grillos y un remolino de estrellas. Nuestra historia vive en estos senderos.

La moto falla un poco. El carburador debe estar sucio. El camino se bifurca hacia Tulumba. Sigo derecho rumbo a la posta del antiguo Camino Real. Los caminantes venían desde el Alto Perú y encontraban un edén lleno de quebrachos, Algarrobos, jarillas, chañares, tunales y palmas. Quiero confesarles que hemos acabado con todo para alambrar el mundo.

El asfalto zigzaguea hasta acabar. Las indicaciones son: “Un kilómetro por la tierra, a mano derecha”. Lo recorro. Aparece la bandera flameando en lo alto. Nunca icé una bandera (tampoco

tienen por qué enterarse de esto). Estaciono la moto frente a una construcción que exhibe paredes recién pintadas de amarillo claro. Me quito el casco. El aire huele a peperina. También es zona de carqueja, tomillo y aromitos. Camino hacia el interior de la escuela. La siento cálida, pintoresca, generosa. Hoy soy un niño más. Diré que está bien obedecer. También pensar diferente y sublevarse, si es necesario para preservar la dignidad. Podría decirles que una bandera no significa mucho si nos enseñan a amarla desenfrenadamente por encima de otras. No acepten como una ley divina todo lo que escuchen. Este país está fundado en la desobediencia.

Quisiera que muchos de ellos escribieran para que el mundo se enterara de cosas que nunca deberían callarse. Camino con pasos lentos hacia el patio trasero. Me quito el abrigo y lo apoyo en el brocal de piedra de un pozo de agua. Un benteveo lanza su trino. Miro al cielo manchado con unas pocas nubes blancas. Una señora amable sonrío, me ofrece un mate. Lo acepto. Sabe a poleo. Las maestras me reciben con un abrazo y me indican cuándo aparecer. Me dicen que los niños están ansiosos. Me siento importante. ¡Un astronauta!

Estoy en paz con mi oficio aunque jamás haya ganado un premio. Devuelvo el mate. Mis manos sudan. Supongo que aún no estoy oxidado del todo. Los adultos vamos perdiendo la batalla contra los años y se nos adormece la capacidad de sorpresa. Un día olvidamos quiénes estábamos destinados a ser. Una de las variantes de la muerte. Recibo otro mate. Lo bebo y agradezco.

Imagino un cuento:

Había una vez en el norte cordobés, unos niños que aprendieron la importancia de las palabras. Un día, se decidieron a usarlas para cambiarlo todo. Fin.

Supongo que ser escritor es creer que eso es posible.

Las maestras me indican que es tiempo de entrar al salón. Su trabajo es arduo. Viajar lejos en condiciones desfavorables para que

la nación sea un poco más noble. Agua, tierra, semilla y luz para que sus flores, algún día, opriman la maleza. Intento peinarme un poco. Mis rulos se han llenado de tierra y se han vuelto ingobernables. Camino sintiendo un hormigueo en el pecho. Noto sonrisas en algunos rostros. Los niños están sentados. Ahora que estoy frente a ellos, no sé muy bien por dónde comenzar. Es cierto que me esperaban. Yo los esperé toda la vida. Éste es mi premio.

Amor salvaje

Salgo al balcón del departamento con dos vasos llenos de cerveza helada. Hugo Grasseti, alias el Tanque, apoya sus brazos sobre el cantero adonde crecen albahacas, menta, quinotos, orégano y jazmines. Llegó desde su Córdoba para cumplir con una obligación laboral en Frías. Asiento mi palma sobre la frente. Intento mirar el cielo. Bajo la vista. A las seis de la tarde el sol santiagueño humilla.

—Yo he conocido calores, Tanque, pero no como esto.

Le entrego el vaso, lo choca con el mío, da un trago enorme. Sus ojos se cubren de una película brillante.

—Éste es un buen calor, Bechara.

—Lllamarlo buen calor es minimizarlo —niego con la cabeza—. Estuve en el desierto del Sahara con unos beduinos en la siesta debatiendo sobre la importancia de Maradona. Recuerdo que usaban pañuelos en la cabeza para que el cerebro no se les fritara. Aquello era mejor.

Me quito la camiseta. Mi abdomen abultado queda al descubierto. Las nieves del tiempo platearon mi pecho. Pasaron veinte años desde que egresamos del secundario. Soy el personaje de mi propio tango. Doy un par de sorbos de cerveza.

Por la avenida San Martín traquetea un sulky cargado con arena. Lo siguen dos perros muy flacos. Detrás, montado en bicicleta, viene el verdulero de mi barrio, soltando bufidos. Lo chiflo, me mira, levanta la mano. El sudor corre por mi cuello. Con el Tanque Grasseti enfrentamos un horizonte recortado por cables de alta tensión, olivos, brachos, eucaliptos y vagones estacionados.

Tenemos historia: pasamos cinco años internados en el Liceo Militar General Paz. El sufrimiento une.

—Creo que les va a gustar, Bechara. Es un buen número, nunca falla. Además, es entretenido.

—Lo entiendo, Tanque —comprimo los labios. Le doy una mirada grave—, pero creo que es tiempo de cambiar la coreografía. Y tengo una idea innovadora.

El Tanque sobresalía por su buena conducta y pulcritud. Disfrutaba de la instrucción militar. Aprendía tácticas de asalto con una sonrisa dibujada en la cara. Manejaba el fusil con destreza. Llevaba su espíritu altivo adonde quiera que fuera. Era un gran deportista. Lo ponían de ejemplo para desfilar, correr, contestar a los superiores, lucir el uniforme, estudiar. Sus calificaciones lo ubicaban entre los mejores. Muchos pensábamos que había nacido para ser militar.

Ingresé al liceo porque mis dos hermanos y tres primos habían estudiado allí. Coseché grandes amigos aunque pasé aquellos años a regañadientes. Llegaba tarde a todos lados, tenía problemas con cualquier tipo de autoridad, vivía escondido en diferentes lugares, no estudiaba y vivía preso por mal comportamiento. A diferencia del Tanque, me amargaba vestirme con los borceguíes y la ropa verde. O con cualquier otro uniforme. Éramos casi niños.

—No creo que otra coreografía sirva de mucho —argumenta—. Y menos en Santiago del Estero.

—Estás equivocado. En el norte de nuestro país, especialmente, deberías implementar algo nuevo —le palmeo el hombro—. Sería un golazo.

Alza las cejas. Se muestra interesado. El cuerpo del Tanque ha cambiado aunque su mirada no. Recuerdo el día en que nos hicimos amigos. Fue un episodio bastante vergonzoso. Por aquellos días cursábamos segundo año. Estaba de moda mortificar a Fernando G., un compañero oriundo de Villa María. Era muy alto

para tener catorce años. Provenía de una familia de granjeros. Su rostro alargado mostraba labios finos que ocultaban unos incisivos revestidos de plata. Sus orejas sobresalían del cráneo como dos manijas. Tenía mirada de ojos pequeños y una voz chillona que rara vez escuchábamos porque era tímido, de una manera cercana al ostracismo.

La adolescencia es una etapa llena de ignorancia y prejuicios. Muchos estábamos dispuestos a ser despiadados con tal de pertenecer al grupo. En muchos sentidos, el liceo fue un viaje demasiado largo (me viene a la cabeza un pasaje de *Las voces de Marrakesh*, de Elías Canetti: “Los buenos viajeros son despiadados”).

Recuerdo que descansábamos en la plaza de armas bajo la sombra de los naranjos florecidos. Éramos un grupo de diez o quince compañeros. Fernando G. era famoso por tragar cualquier tipo de burla sin rebelarse. Se había acostumbrado a que el mundo le faltara al respeto. Y eso hacíamos: lo atropellábamos para desmoronarlo psicológicamente. Pensé que sería buena idea provocarlo para paliar el aburrimiento. Le dije: Con una mamá tan hermosa, como podés tener esa cara de pelotudo.

Fernando G. miró al piso. Imaginé que seguiría en silencio, humillado y quieto. Pero levantó la cabeza y algo cambió en él. Su rostro se había enrojecido, su yugular inflamada. Vi fuego en su mirada, como si mi afrenta hubiera colapsado su sistema digestivo de rencores. Fue la primera vez que lo escuchamos contestar un agravio: Si sos tan macho vamos a las duchas, hijo de puta.

Todo el mundo hizo silencio. Era el momento de demostrar que no era cobarde. No tuve más opción que aceptar el desafío. Fuimos caminando a las duchas del dormitorio para ajustar cuentas. Busqué alguna razón para cargarme de odio. Pero yo no odiaba a Fernando G.

Supuse que sería una pelea de lo más racional. Intentaba imaginar la escena: empujones, palabras hirientes, trompadas al aire, ¿qué

más podía ser? Nos separarían y todo volvería a la normalidad. Seríamos como dos pavos reales abriendo sus plumas. Subimos las escaleras. Los compañeros venían detrás. Sus voces retumbaban en las paredes del salón. Algunos se frotaban las manos y agitaban la atmósfera cargada de adrenalina. Querían un espectáculo que les permitiera regodearse en la miseria humana.

Yo había asistido a varias peleas. De alguna manera un poco enfermiza, me encantaba ser testigo de aquellas riñas. Había algo fascinante en el hecho de ser arrastrados por esa parte animal agazapada en nuestro sistema límbico.

Nuestros borceguíes sonaban sobre las baldosas. Cruzamos el umbral de entrada. Transitamos un pasillo de unos treinta metros flanqueado por camas de hierro tendidas de manera rigurosa. La luz se colaba por las banderolas. Los armarios empotrados en las paredes contenían nuestros uniformes, útiles escolares, fotos de los papás, elementos de higiene y cofres reglamentarios adonde muchos escondíamos los cigarrillos.

Atravesé las puertas de los baños. Pasé por el frente de una línea de lavabos. Miré mi rostro reflejado en un espejo. Me sentí un guerrero a punto de subir a un escenario para ser aplaudido. Mi corazón galopaba.

Él ya había llegado a las duchas, escogido una esquina y puesto la gorra verde en el suelo. Caminé hasta la esquina opuesta junto a una que goteaba. Me saqué el reloj —un Rado que me había regalado mi papá—, lo dejé en el suelo, apreté los puños y le lancé una mirada de guerra. Mis compañeros se amontonaron en la entrada.

—Matalo a golpes, Bechara —alguien dijo.

—¿Así que sos muy guapo? —grité para infligirle temor.

En el fondo quería que Fernando G. se arrepintiera. Él ignoró mis palabras, apretó sus puños, se acercó a toda velocidad y descargó una ráfaga de golpes. De la peor manera, entendí que sus brazos eran demasiado largos. Acertó sobre mi rostro unas quince

o veinte veces. No recuerdo cuál de los golpes me hizo perder el sentido de orientación. Intenté abrazarlo como los boxeadores. No había un réferi que interviniera. Nadie tiraba la toalla por mí. Perdimos el equilibrio y caímos al piso. Él se levantó con la agilidad de alguien acostumbrado a saltar por los extensos sembradíos de Villa María. Para mí no fue tan fácil. Lo intentaba, pero me volvía a caer. Tendido al lado del desagüe sobre unas baldosas rojas, cubría mi cabeza con los brazos. Fernando G. tomaba envión para patearme con aquellos borceguíes. Los compañeros se habían callado. El tiempo pasaba en cámara lenta. Supongo que no podían creer aquella golpiza. Era mejor que cualquier película de Jackie Chan.

Algo me llamó la atención: Fernando G. lloraba. Y con cada patada, su llanto sonaba más aparatoso. Unas manchas rojas se extendían por su rostro, sus ojos estaban hinchados. Soltaba unos chillidos, unas frases que yo no alcanzaba a entender. Me pregunté por qué lloraría.

Meses más tarde Fernando G. abandonó el liceo. Un primo nos contó algunos detalles de su vida. Su papá era alcohólico. Le pegaba con frecuencia y sin motivos. A él, a su mamá y a sus hermanos.

Aquel día en las duchas, Fernando G. golpeaba con furia muchas cosas: su vida, a su padre y a quienes le hacíamos vivir un infierno cotidiano. Todos sus demonios estaban materializados en mi cuerpo tirado en el piso.

El Tanque Grasetti se interpuso entre aquella máquina de pelear y yo. No recuerdo qué dijo para disuadirlo. Fernando G. aflojó los puños. Miró alrededor como si hubiera salido de un trance. Apretó sus mandíbulas, tragó saliva, sus fosas nasales se abrían y cerraban. Levantó su gorra del piso, los compañeros abrieron paso y salió de las duchas. El Tanque se acuclilló, me tendió una mano y dijo: Podría haber sido peor.

Lo agarré para levantarme. Me sentía aturdido.

—Lo hice llorar —dije.

El Tanque se rió con una risa que se parecía mucho a la lástima. Caminé hasta un lavabo. La sangre brotaba de mi nariz y de mi boca. Abrí el grifo, me eché agua en el rostro. El espejo me devolvió la imagen de alguien humilde. Me toqué las muelas por encima de la mejilla. El chichón negro en la frente no dolía tanto. Mi labio partido dolía más. El esternón me dolía al respirar. Mi orgullo dolía el doble. Una pelea que no se siente desde lo profundo de las entrañas está destinada al fracaso.

Con el Tanque nos volvimos inseparables. En los descansos conversábamos sin parar. Asistíamos juntos a educación física. Corríamos alrededor de la pista de atletismo. Pateábamos naranjas en medio de los árboles. Imaginábamos muchas cosas: un estadio repleto de gente festejando nuestra existencia a los gritos, como si fuéramos gladiadores. Un jumbo estrellándose contra el liceo. Los labios abiertos de la profesora de francés. Teníamos muchos trucos para simular que no estábamos allí. Hasta inventamos una especie de lenguaje para decir las cosas sin que los superiores entendieran.

El Tanque me ayudaba a ser más responsable y alineado. Yo le contaba de mis amigos, de la magia de Deán Funes, de la belleza de Valeria, Soledad, María Inés, Mariana y las demás chicas que no me daban bolilla porque, aparentemente, preferían a los chicos libres. Con el advenimiento de la democracia, los botones dorados del uniforme ya no provocaron suspiros sino repulsión. Sobre todas las cosas, fantaseábamos con la vida de afuera. ¿Qué haríamos al cruzar aquella ancha salida vigilada por soldados? Y si la libertad llegase hasta nosotros: ¿sabríamos que hacer con ella?

Nuestros papás murieron cuando estábamos en el liceo. Supongo que aquello gatilló una serie de transformaciones. Después del egreso nos encontramos con poca frecuencia. El Tanque estudiaba abogacía y trabajaba en un banco. Un día me contó que había renunciado a ambas cosas. Con sus ahorros compró una panadería. Tampoco se sintió bien con el nuevo oficio.

Acá estoy, frente a mi gran amigo Hugo Grasseti. Se convirtió en un bailarín exótico, o como dicen otros: *stripper*. Su nombre artístico es Bizmark Duplecycy. Es uno de los más osados de su casta. Lo han contratado para que baile en una fiesta de despedida de soltera en Frías. Me ha pedido que lo acompañe y le he dicho que sí. Siempre quise saber qué ocurre cuando mujeres ebrias, en el pináculo de su caos hormonal, en el último día de su libertad, se encuentran con un profesional de la danza erótica que verán una vez en su vida. Le he preguntado si las chicas no se molestarían al ver a otro hombre en aquel lugar.

—Decí que sos mi manager.

—Eso mismo haré.

La tarde de Frías discurre en silencio. El sol continúa su parábola. El Tanque bebe un sorbo de cerveza. Su pelo cae hasta la mitad de su anchísima espalda. Lleva un arete en su oreja derecha. Los ángeles y los demonios de todas las noches del mundo anidan en su inmenso pecho endureciendo sus gestos. Le digo:

—Hermano, creeme que es una buena idea. Deberías cambiar la coreografía. No tendrías que gastar demasiado en ropa y sería todo un quiebre estético.

—Me interesa, Bechara —levanta las cejas—. Explicame más.

—Existe esta canción que se llama *Amor salvaje*. Es bien movida.

El Tanque cruza sus brazos. El tríceps derecho se contrae y desfigura el rostro de Jesús de Nazaret tatuado en varios colores. Continúo con mi exposición:

—Creo que sería erotizante, sobre todo para un grupo de mujeres inmersas en la cultura criolla. Tiene que triunfar en el norte.

—¿Vos decís? —se toma el mentón. Parece no entender mi punto. Le explico:

—Para los gauchos, la mujer es bastante sumisa, siempre deseosa de sexo, como una especie de geisha primitiva que ceba mate, prepara chipaco y se excita apenas le rozan las enaguas al bailar

zamba. Al parecer, delira cuando estos flores de machos bajan de sus caballos, zapatean y la apuran bajo el techo del rancho sostenido con horcones de algarrobo y mistol. Entonces la empujan al cuarto, la someten a sus bajos instintos y después escriben poemas de devoción al coyuyo.

—Bechara, no sé si podría andar. De la canción de Joe Cocker o AC/DC al folclore, hay un salto que puede resultar mortal.

—Tanque, vale la pena probar, hermano.

—Ahora que lo pienso —acaricia su quijada—, me parece que escuché *Amor salvaje*. Tiene buen ritmo aunque no recuerdo la letra.

—Tiene algunas figuras literarias que sugieren la presencia de un gaucho alzado. ¡Y precisamente, ése es el personaje que tendrías que desarrollar!

—Empiezo a entender tu punto. Tal vez funcionaría.

—¡Claro que sí! Las chicas deberían ponerse cachondas con la terrible virilidad de un gaucho *stripper*. Cuando te vean interpretando ese tema, se imaginarán a esos seres míticos domando caballos briosos por las llanuras interminables, o persiguiendo terneros por los sembradíos. Comiendo testículos de toro en las yerras, sacando las vizcachas de las cuevas con la mano. Porque los gauchos no conocen de fronteras ni de alambre perimetral, Tanque. Gritan falta envido con osadía, beben ginebra como si nada, cortan el charqui con el facón afilado y arrojan la taba con ese ademán tan recio. La canción dice algo así:

“Te llevé sin preguntarte tu nombre, asalté tu intimidad, te encadené con mi brazo, con el puñal de la pasión, nos desgarramos, como un puma en las dunas de tu pecho, sin derramar ni una gotita de dolor, cruzamos los umbrales del pecado.”

—Suponete que la implementemos, ¿y yo qué hago?

—Éste es el plan —levanto ambos índices—. Aparecés cubierto con el poncho, calzando unas botas gauchas. Podés usar sombrero y boleadoras para darle más verosimilitud al personaje.

—¿Qué estructura tiene esa canción? Acordate que no puede ser

demasiado corta ni demasiado larga.

—Dura cuatro minutos. En la primera y segunda estrofas te podés menear con el poncho frente a las chicas. Las mirás fijo, hacés un símil galope —agito riendas imaginarias en mis manos—, vos sabés mejor que yo. Y cuando llega el primer estribillo quedás en torso, botas y sunga.

—Me lo estoy imaginando. No está nada mal.

—En la segunda parte te volvé más sugerente. Casi las escucho gritar enloquecidas. Algunas te quieren tocar, pero no las dejás. Hasta que llega el último estribillo y te sacás todo. Y ahí mostrás la pinchila. ¿Entendés?

—Tendría que ensayar un poco. Pero no es difícil. ¿Venden ponchos en Frías?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —muestro las manos— Frías es tierra de turcos, Tanque. Todo lo venden. De hecho, te acabo de vender la idea.

Sé que el oficio del Tanque es bastante complejo. He bailado, con algunas copas de más, enfrente de alguien, bajo una luz tenue, mordiendo mi labio inferior, fingiendo que estoy en control de la situación. Además de resultarme incómodo, no creo que haya despertado deseo. Supongo que para eso están los profesionales.

Suena su teléfono. Alguien lo contrata para actuar en Córdoba capital. Negocian el monto, la fecha, la duración. Me mira. Levanta el pulgar. Concreta el negocio. Se despide.

—¿Vamos adentro, hermano? Este calor no se aguanta.

Cierro la puerta corrediza. El motor del aire acondicionado ronronea. El Tanque se sienta en la computadora para leer sus emails. Abre su página de Facebook. Hay mensajes de mujeres de algunos rincones del país adonde ha llevado su show. Yo sé que algunos envidian su vida. Pero él me ha confesado que la noche (la impredecible y seductora noche) le dejó marcados sus dientes.

Encuentro una foto que él no conoce. Todavía no éramos

amigos. Teníamos trece años. Estamos disfrazados de soldados. Llevábamos una sonrisa dibujada. Se la acerco. La toma en sus manos. Nombra de izquierda a derecha:

—Yo, Elettore, Gastón Martínez, el gran Carlitos Pudo y vos —sonríe. Aguza la mirada. Continúa—, atrás están Yaccarini, Hoffman y el Saurio Guzmán. ¡Mirá qué pendejos!

Nos quedamos en silencio. Supongo que para el protagonista, el poder de una foto radica en lo que no muestra, como la boca de un pozo que devuelve el eco de un grito desde sus entrañas ciegas. En el ejercicio de la recordación, creamos una trama acorde a nuestros temores. Avanzamos en penumbras hacia la última escena. Algunas encrucijadas nos muestran desnudos, humildes, livianos, con las manos vacías, golpeando las puertas de una sala de revelado inaccesible. Nuestro personaje cambia, pero no hay disfraz ni libreto que engañe a la maquinaria del Final.

No me animo a desnudar este cuerpo ante una multitud. Me exhibo a través de algunas historias. Ésa es la forma de quitarme todos los uniformes que separan el ancho mundo de esta piel.

El Tanque se despereza y se pone de pie. Saca de su bolsillo la llave. Se encuentra alojado en la habitación número seis del Hotel Biarritz. Me dice:

—Hermano, voy a prepararme para el show. Vos deberías hacer lo mismo.

El último parto

Era julio de 1960. Mi mamá se montó en el tren en la estación de Deán Funes. Su barriga casi explotaba. Viajó doscientos veinte kilómetros en doce horas y arribó a Frías. La esperaban mi abuela Chabela y una comitiva de parientes. Al otro día mandaron a llamar a Doña Alcira de Lemos. Contestó que estaba cansada de traer gente al mundo. No había manera de que cambiara de opinión. Mi mamá le mandó un papel escrito con un mensaje: Doña Alcira, usted hizo nacer a mis hermanos y a mí. Por favor, no me deje sola en este momento. Se lo ruego.

La comadrona se compadeció. De modo que el día del parto, entró a la casa de mi abuela y caminó rumbo a la habitación. Era demasiado pequeña para acarrear un pesado maletín de cuero con gasas, guantes, tijeras, escalpelo, yodo, alcohol, portaagujas e hilo. Llegó hasta la cama adonde mi mamá reposaba. Saludó a todos y se sentó frente a ella. Se calzó unos guantes y comenzó a operar. Unas diez mujeres presenciaban la escena. Eran parientes de tercer, cuarto y hasta quinto grado de consanguinidad. Luego de tres horas de labor, Doña Alcira recibió la criatura, la tomó por los tobillos y la suspendió en el aire. Le dio una palmada en las nalgas y llegó el llanto agudo. Hicieron silencio porque pensaron que tenía dos cordones umbilicales. Se tranquilizaron cuando descubrieron que se trataba de un varón sano con una verga desproporcionada para su cuerpito de querubín. Para celebrar que ambos estaban a salvo, las mujeres gritaron el “sagarit” con todas sus fuerzas. Los alaridos típicos de las mujeres árabes ondularon por los rincones

de la casa. Lavaron al bebé, lo arrojaron y lo llevaron al pecho para ser amamantado.

Veo en su aura que será muy obediente, predijo Doña Alcira. Besó a mi hermano en la frente, envolvió sus instrumentos en un paño, los guardó en su maletín y se fue.

—Cualquiera puede tener un error de cálculo.

—¿Y tu papá?

Se enteró de que su primogénito era un varón y envió un telegrama: Sabía que no me ibas a fallar.

Dos años más tarde, mi mamá desembarcó con nueve meses de embarazo en la estación de Frías. La recibió Beba, su mejor amiga. Hacía tiempo ella buscaba concebir y no podía. En el trayecto hacia la casa de sus papás, mi mamá le advirtió que era muy importante que estuviera en el parto, porque una tía le había enseñado un conjuro árabe que resultaba infalible para ganar fertilidad. Se lo explicó y Beba lanzó una carcajada de incredulidad. Pero lo que mi mamá decía era muy en serio. De modo que su amiga recapacitó y le dijo que haría lo que fuera necesario para tener un bebé.

Sus tías y su mamá habían preparado la habitación con esmero. Pusieron un brasero pequeño para aminorar el frío. Todo estaba listo. Entonces, llamaron a Doña Alcira para repetir la hazaña. Se negó de manera rotunda. Mandaron a mi abuelo Salomón a negociar. Llevó regalos de su tienda: zapatos, telas, medias, camiones, vestidos y ropa interior para su descendencia. Doña Alcira dijo: No. Mi abuelo regresó durante cinco días seguidos. Golpeó su puerta, se puso de rodillas en el atrio, y hasta le descerrajó un rosario de bendiciones con todo el poder encantador de los comerciantes sirios. Ella se negó una y otra vez. Al principio de manera amable, después lo echó.

Las horas pasaban. Mi mamá ya estaba con los primeros síntomas de parto. Le aconsejaron que contratara los servicios de una partera joven. Ni siquiera lo consideró. Decidió tomar el asunto en sus

manos. Le pidió a Beba que la llevara hasta la casa de doña Alcira. Bajó con dificultad de un Citroën amarillo y ambas caminaron hasta la puerta. Mi mamá golpeó hasta que los nudillos le dolieron. Gritó el nombre de la comadrona. Nadie abría.

Decidió implorar. No había respuesta. Al borde de la desesperación, con las palmas apoyadas en la puerta, dijo con la voz cortada por el llanto: ¡Usted protege la vida de los niños y sus madres. Cómo puede mezquinar un don como ése!

En ese momento rompió bolsa. Se sentó en el suelo. Tomó su barriga sin saber qué hacer. Los sollozos se escuchaban en toda la cuadra. Beba tuvo un arresto de furia y le dio una patada a la puerta.

¡Abra, Doña Alcira! ¡Por favor!

Se agachó para consolar a mi mamá. De pronto, la llave giró dos veces. El picaporte se movió. Doña Alcira abrió y encontró las baldosas manchadas con líquido amniótico y dos adolescentes abrazadas con ojos llorosos. Mi mamá tuvo que mirarla dos veces. No podía creer que era la misma persona que ella recordaba. Su rostro se había arrugado. Los pómulos sobresalían. Había adelgazado mucho, pronunciando la curvatura de su espalda. El brillo de sus ojos se había esfumado y su pelo blanco lucía descuidado. Doña Alcira comprimió los labios, tomó a mi mamá de las manos, la ayudó a levantarse y le pidió que la esperara. Tomó su maletín y se embarcaron rumbo a la casa de mi abuela.

Durante el viaje sólo dijo: Ni uno más. Éste será el último niño que recibo.

El cuarto estaba más concurrido que la primera vez. Mi mamá se acostó en su cama. Le agradecía con las palabras más sentidas. Doña Alcira se calzó los guantes y comenzó su trabajo.

No me agradezca. Puje más fuerte, m'hija. Puje más fuerte porque este bebé viene con problemas.

Al cabo de cinco horas de labor, mi mamá se quedó sin fuerzas.

Doña Alcira no podía disimular su preocupación. Su amiga Beba la tenía tomada de la mano. Las demás mujeres rezaban el rosario en voz baja. Mi abuelo Salomón caminaba nervioso bajo la parra.

Ya falta poco, le mintió Beba para darle ánimo.

Mi mamá apenas podía sacar el aire de su cuerpo. La comadrona le rogaba: Haga fuerza, m'hija.

Ella lo intentaba. El dolor le estrujaba las entrañas. El sudor bañaba su cuerpo. Entonces, hizo un esfuerzo colosal y apareció la cabeza de mi hermano. Doña Alcira entendió que una doble circular de cordón le aprisionaba el cuello. Cualquier partera novata habría ahorcado el bebé a tirones. Ella se serenó y tomó aire: M'hija, tranquila. Está trancado y es muy cabezón, pero lo vamos a sacar vivo.

De modo que lo liberó con destreza y pudo sacarlo a tiempo. Se quedó observando el cordón umbilical. Mostraba otros dos nudos. Era un milagro que el niño hubiera sobrevivido los nueve meses en esas condiciones. El parto duró una noche y un día. El bebé mostraba un color azulado que se fue convirtiendo en rosa. Hizo su primera respiración sin llorar. Lo asentó en el regazo de mi mamá y le dijo: Era un Cordón Real, m'hija. No me cabe duda de que es un mensaje del Señor nuestro Dios. Su hijo será un ministro de su reino.

La partera tomó la manita de mi hermano y la besó. Lo miró con solemnidad y dijo: Yo te saludo, Monseñor.

—Doña Alcira era una gran partera, pero no tenía idea de adivinar el futuro.

—¿Qué pasó con Beba y el conjuro para que quedara embarazada?

Con las pocas fuerzas que le quedaban, mi mamá llamó a su mejor amiga y le dijo un secreto. Beba miró a todos los presentes y se dirigió hasta un recipiente de acero situado en el piso que contenía los restos de cordón bañados de sangre, líquido y membranas. Cerró los ojos, pensó en un hijo creciendo en su vientre y caminó

por encima de la placenta, tal como se lo habían indicado. No se sabe si fue la impresión o la fuerza de la fe, pero Beba se desmayó. Doña Alcira la aventó con la tapa de una caja de zapatos hasta que reaccionó y la pusieron en reposo al lado de mi mamá.

—¿Funcionó?

—Un mes y medio más tarde estaba embarazada. Su hijo se llamó Sergio. Mi mamá fue la madrina.

—¿Qué pasó con Doña Alcira?

El mismo día en que nació mi hermano, la comadrona esperó el crepúsculo. Caminó hasta la estación de trenes. El jefe de estación la vio sentada en un banco con la mirada perdida en la nada. Le ofreció agua, ella ni contestó. Al cabo de una hora, el suelo comenzó a temblar. Los pitidos de la locomotora sonaron en toda la ciudad. Doña Alcira se levantó y fue hasta un recodo poco transitado junto a los rieles. El tren se acercaba a toda velocidad. Diez metros antes de que la máquina pasara se arrojó a las vías. Dicen que perdió las ganas de vivir cuando murió su esposo. En Frías la lloraron con más intensidad que a Eva Duarte de Perón. Hasta nombraron una calle muy larga en su honor. Y mi mamá propuso en varias oportunidades construirle un busto.

—Qué historia tan triste —dice Lorena.

—Mi tío la recuerda en su novela *Un día y una noche para el último adiós*.

Más allá de las altas coníferas

Alguien que asistió a un sepelio en el cementerio de Deán Funes le dijo a mi mamá que el panteón adonde descansan mi papá y otros ancestros está deteriorado. Ella puso el grito en el cielo. Mi mamá no es muy devota de mi papá. Pero le incomodan las sentencias del tribunal imaginario del pueblo: Dirán que somos descuidados con nuestros muertos. Que somos unos miserables. ¡Dios mío! El grito que puso en el cielo cuando le vinieron con el cuento del panteón deteriorado fue estridente, cargado de dramatismo. No quiero volver a escuchar un grito así en mucho tiempo. Le he pedido a Lorena que me acompañe al cementerio para tomar cartas en el asunto. Llevo una libreta.

Los días para ir al cementerio deberían ser grises, fríos y lluviosos. Nada de eso. A las cuatro de la tarde del primer día de primavera, el cielo es azul, la brisa acaricia mi piel y el sol lo entibia todo. Visto una camiseta con la imagen de *Terminator*. En mi pecho se ve la mitad del rostro de Arnold Schwarzenegger y la mitad del robot que yace bajo su piel. En la espalda llevo una leyenda: *Volveré*.

Supongo que también sería apropiado sentir congoja. A la mierda con eso. Casi todos mis muertos vivieron a lo ancho, más que a lo largo. Fueron testigos de guerras, sufrieron exilios y huyeron de genocidios. Prosperaron, se fundieron, renacieron, se reinventaron, exageraron, se divirtieron. Algunos fueron infieles, pero leales. Tuvieron hijos y sus hijos más hijos. Se hamacaron en el vasto espectro de la existencia antes de entregarse a la madre tierra o al cosmos o a lo que sea que sucede más allá de las altas coníferas.

Lorena se ha colgado la cámara de fotos. Hemos decidido caminar los dos kilómetros que nos separan de ese lugar. Pisamos una vereda rota por las raíces de un paraíso añoso. Sus ramas exhiben flores de cinco pétalos blancos y centro violeta. Parecen azahares. Huelo su perfume con mi inmensa nariz. Mi tío Elías Baracat dice que el árbol es un mandala: la copa es el reflejo de las raíces. Como todo en la vida.

Me detengo en el quiosco de un amigo que se mudó a Deán Funes hace poco para ejercer el comercio de golosinas, alcohol, cigarrillos, ojotas, viagra, puñales y condones. Hace unos días se infartó. Le recetaron un spray para dilatar sus bronquios y pastillas antiplaquetarias. Entro al quiosco. Saludo, elijo dos chicles de menta, le pregunto cómo anda, contesta: Ahí estamos, dejé de fumar. Lo despido con un apretón de manos y salgo. En la esquina aparece un edificio de locales comerciales.

—Ese inmueble era una clínica. Ahí nací yo —comento—. Mis hermanos varones nacieron en Frías. Mi mamá los llevó a nacer allá. Quería que el mundo supiera que sus hijos habían nacido en Frías. Viajaba en tren y mi papá se quedaba a trabajar. Confiaba en Doña Alcira de Lemos, la partera más famosa de Santiago del Estero. Trajo más de diez mil bebés al mundo a lo largo de cincuenta años. Su historia te la conté en *El último parto*.

Continuamos camino al cementerio. Tomamos el atajo sobre las vías. El parque está surcado por doce pares de rieles. Dos hombres vienen cabizbajos. Los habitantes de las ciudades ferroviarias caminamos por sus calles masticando un despojo. Contemplamos la playa de maniobras con la mirada perdida en lo que podría haber sido. A veces nos lamentamos frente a los yuyales, los barriles de combustible oxidados y las casas derruidas donde solía vivir el personal de la estación. Otras veces, admiramos con nostalgia la elegante arquitectura de las cabinas de control, sus ventanales de vidrios rotos y la solidez de sus estructuras abandonadas. Nos

estremecemos ante los galpones deshabitados, las barreras para siempre levantadas, el paso a nivel desierto y las cruces de San Andrés astilladas. Y cuando escuchamos el pitido tragamos saliva.

Hay una cicatriz formada por rieles que dividen nuestra ciudad y avanza hasta perderse en el horizonte. Por ella llegaron vagones trayendo inmigrantes desde lugares marcados por el hambre, el odio, las guerras y las persecuciones religiosas. Aquella cicatriz muestra una herida que no sana. Y la historia detrás de ella aún sangra. ¿Alguien puede culparnos por ser un pueblo nostálgico?

Me acerco a una planta de hinojo y arranco unas hojas. Me las llevo a la boca y mastico. Siento un sabor extraño. Tal vez no sea hinojo. Escupo. Los pastizales amarillentos han cedido espacio al rebrote. El viento agita tres eucaliptos de unos treinta metros de altura. Debajo, un montón de durmientes gastados duermen sobre un claro. No hay una sola nube. Aún falta para el ocaso.

Me detengo sobre la avenida para tomar una foto. Un automóvil casi me atropella. Cargo un insulto en la garganta... el conductor es un amigo de la infancia. Saca el pulgar por la ventanilla. Da un bocinazo. Levanto las manos y las agito en el aire mientras se aleja. El cementerio se divisa al final.

Desde hace diez años, una casa exhibe un cartel despintado con la leyenda: Próximamente geriátrico. En su fachada marrón se abre un ventanal con cristales verdes, rosas y amarillos. Le han lanzado piedras y la mayoría están rotos. Tengo entendido que fue donada por una familia para que algunos abuelos indigentes pudieran pasar sus últimos momentos con un mínimo de dignidad. En el pueblo organizaron rifas, consiguieron fondos y materiales para que la obra se concretara. Cometieron el error de entregarles todo a los gobernantes de mi ciudad.

En la parte trasera del cementerio han construido nichos. Algunos muestran arreglos florales. Supongo que pertenecen a muertos que estrenan su condición. El arco de entrada lleva una cruz en

su punto más alto. El camino se bifurca hacia la izquierda. Según muestra el cartel Ischilín queda a veintisiete kilómetros, aunque apostaría que está más cerca. Si siguiéramos derecho llegaríamos hasta San Pedro de Toyos.

Franqueamos la entrada por un sendero adonde crecen, a uno y otro lado, dos tipos de pinos con sus ramas cargadas de piñas. Me acerco a uno, estiro la mano, desgrano su hoja y huelo mis dedos. A la izquierda hay un aljibe cerca de un tanque de agua. Me detengo en un panteón que lleva escrito arriba de sus puertas: Familia Alsina. Le pido a Lorena que tome una foto para enviarle una broma a Ezequiel Alsina, uno de mis amigos más queridos. Las rejas exhiben diferentes motivos: flores de lis, círculos concéntricos, algunas cruces extrañas. A unos metros, otro panteón exhibe sobre la cornisa una X y una P superpuestas.

—Son elementos masónicos —explica Lorena.

Unos metros más adelante, encuentro un mausoleo sin puerta y sin muerto. Otro panteón tiene un ring de boxeo en la entrada. En una encrucijada se yergue un ángel blanco encima de una fuente. Lorena es arquitecta y nació en Frías. Por eso, decido provocarla:

—La arquitectura del cementerio de Deán Funes tiene mucho más estilo que la de Frías.

Decide no contestar. Levanto el índice como para rematar un discurso:

—Bajo ningún punto de vista quiero que me entierren en Frías.

—Quedate tranquilo —la expresión en su rostro me indica que logré ofenderla—: creo que ningún muerto en su sano juicio querría compartir su última morada con vos.

—Que quede claro. Quiero estar rodeado de mi gente acá en esta tierra. Junto a estos pinos y estas flores.

Dispara una foto al ángel y se aleja enojada por otro sendero. “Nicho Vencido. Rogamos a usted pasar por la Secretaría de Obras Públicas”, dice un aviso pegado sobre una pared despintada.

Una hoja de palma en bronce muestra un óvalo con la foto de un señor calvo con bigotes: “Humberto Cuttica. Q.E.P.D. 12-3-61”. Y al costado: “Rolo, siempre has sido noble con tus amigos, quienes te dedican este recuerdo”.

Quisiera saber las palabras que me dedicarán mis amigos. Ellos son grandes bromistas. Tengo un par de frases que podrían funcionar. “Vivió hasta que no tuvo más remedio.”

Llego hasta el panteón de mi familia. Lo reconozco por sus ojos de buey, columnas altas y modernas puertas de metal. Me acerco, inserto la llave y abro. La humedad desmejoró las paredes y acabó con un mueble de madera prensada. Una hilera de hormigas sube y cruza el techo. Sobre una mesa veo una foto de mi papá. Lleva traje y corbata azul, que resalta su mirada de ojos verdes. Los restos de su hermano Beby están a su lado, en una urna. Lorena llega, me pide la libreta y toma nota de los posibles arreglos.

—Hay dieciséis lugares y siete de ellos están ocupados.

Supongo que me oye, pero no me escucha. Por eso anota más materiales. Detengo mi vista en el cartel con el nombre de mi bisabuela Nazik Bosian. Llegó desde Constantinopla a Deán Funes huyendo del Genocidio Armenio. A su lado, mi abuela Matilde. Abajo mi papá. Al medio mi abuelo Juan.

—Tendré que apurarme para tener donde caerme muerto.

Señalo un nicho que no tiene nombre:

—¡Ése es mío! Asegurate de que me pongan entre mi papá y mi tío Antonio.

—¡Dejá de decir eso!

—Pase lo que pase, que no me entierren en Frías. Quiero quedarme con los míos. Vos hacé lo que quieras.

—Si querés te cremo en un horno pizzeria —dispara.

Lanzo una carcajada que retumba.

—Ya terminé —indica—. Hay que comprar pintura fibrada, limpiar el techo y colocar membrana. No está tan mal como le habían dicho a tu mamá. ¿Vamos?

Rumbo a la salida, un grupo de personas ofrenda calas, geranios y marimonias a su muerto. El viento zamarrea los pinos. El poniente tiende su telón rojizo. Doy media vuelta bajo el arco. Barro la escena por última vez.

Veo senderos que conducen a construcciones adornadas por amuletos para la memoria. Flores marchitas sobre antiguas lápidas. Plazas custodiadas por ángeles centinelas en medio de una ciudad pavimentada de incógnitas y silencio. Símbolos que agigantan el misterio. Destinos cumplidos. Cordones umbilicales que se cortaron. Historias construidas con Azar. Naufragios en un océano de Tiempo. Cemento relleno de madera y soledad. Retornos.

Más temprano que tarde, seré inquilino en esta casa. Tuve miedo. Ya no lo tengo. Tal vez las historias queden para siempre.

Los afros de San Félix

Manoteo el celular a las siete de la mañana. Es domingo en Frías, Santiago del Estero, capital global de la postergación. La alarma suelta chillidos. La vigilia ha velado mi sueño de la misma manera que el paso del tiempo deforma la Historia.

Me coloco una camiseta que lleva estampado el rostro del jazzista afro Miles Davis. Me aseo, bebo agua, llamo un remis y salgo del Hotel Biarritz. El cielo garantiza uno de esos calores de noviembre. Algunos cachilos pasan rasantes. Subo a un Volkswagen destartalado, salimos por la avenida echando humo. Debo estar en la casa de Julio Alderete a las 7:30 para viajar a un encuentro de música en San Félix, en las entrañas de Santiago del Estero. Hoy se festeja el día de los afrodescendientes. Estrenaremos una chacarera alusiva. La escribí después de que Julio contara lo sucedido en la tierra de sus abuelos. En una guitarreada, mostró una foto de su tío y explicó: Estanislao Alderete era el afrodescendiente más puro, del linaje más auténtico y directo de los negros originales de San Félix. Murió hace poco.

Encomendé la música de la *Chacarera negra* a una de mis guitarristas favoritas: Celeste Peralta. La canción llegó al líder espiritual de la comunidad. Eleuterio Melián le pidió a su compadre Julio Alderete que nos llevara para presentarla ante el pueblo. De modo que allá vamos. Pablo Castillo la cantará, acompañado por la primera guitarra de Celeste. Kike Oyola ejecutará el bombo y Analía Díaz el cajón.

Bajo del remis. La familia Alderete matea en la vereda. La combi estacionada luce lista para partir. La mañana crece y aún no han

llegado todos. Saludo a Eli, la esposa de Julio, y a sus hijos y nietos. Pregunto por los demás. Apoyo mi cuerpo en la casilla de gas.

—No han llegado —dice mirando el reloj—. Estoy preocupada porque tenemos que estar allá al mediodía y son unos trescientos veinte kilómetros.

—¿Trescientos veinte kilómetros? —miro la combi, me imagino embutido en el asiento por cuatro horas con el sol en la cara— ¿Y Julio?

—Se fue a ver si puede despertarla a la Analía.

—¿Y Pablo Castillo?

Niega con la cabeza. Todos han trasnochado. Sobre todo, me preocupa Kike Oyola. Además de aborrecer la autoridad, tiene tendencia a la autodestrucción y padece una imposibilidad para contraer el sueño. Tomo mi celular y lo llamo. Me atiende con una voz rasposa.

—Kikón, ya estamos en lo de Julio, venite.

—Que me vengán a buscar. Me lo merezco.

Habla de modo extraño. No ha dormido.

—¿Qué te vayan a buscar?

—Que vengán porque yo soy el dios de la chacarera, Bechardo.

—¿Dónde estás? Pasaste de largo. ¿Estás bien?

—Estoy en guerra con los dioses urbanos —hace un silencio—. Y acá Chespy Pieroni es el dios del blues. Pero con él me llevo bien.

—Chespy Pieroni no duerme hace seis meses. Se va a quedar despierto para siempre. Mandale un abrazo.

Le manda.

—En serio hay que salir, Kike. Es largo el viaje. ¿Dónde estás?

—En la confitería de la terminal.

—Venite.

—Primero tengo que alimentarme —le habla al mozo. Regresa a la conversación—. Tengo que alimentarme con este lomito. Ser un dios es difícil y da hambre, ¿o no Chespy?

Escucho risas en el bar.

—Ya te mando un auto.

Llamo a otro remis y le indico que tiene el cabello largo y barba desprolija. Aparenta treinta años. Debe tener gafas oscuras. A esta hora odia el sol (a cualquier hora odia el sol). Y está muy trasnochado. Le cuento que Kike es la única estrella de rock del folclore. Le doy la dirección.

—OK, lo encuentro y lo llevo.

En un Ford negro llegan Mónica, Érica y Celeste Peralta. Bebemos unos mates ricos. Kike Oyola sale de adentro de un remis con dificultad. Nos saluda a todos. Hace un par de bromas. Se detiene frente a su novia, Érica. Practica una especie de danza con el objetivo de reconquistarla. Su compañera lo ignora aunque no puede disimular que lo adora. Finalmente se abrazan.

Llega Julio Alderete en motoneta con la percusionista aferrada a él. Nos saludamos con un abrazo. Acomodamos el cajón, el bombo y una guitarra. Me siento en la hilera del conductor. A mi lado viaja Mónica. Atrás, el resto del grupo. Buscamos a Pablo Castillo por su casa. Sale con la guitarra terciada en la espalda. Luce en buen estado a pesar de su profunda devoción por la bohemia.

Salimos de Frías por la ruta a Choya. A la derecha se divisa el horno abandonado de una fábrica de cemento. El viaje será largo. El sol de las 8:30 me da en el brazo derecho. La mayoría de los tripulantes se duerme. El humorista Pochi Chávez canta en la radio: *Pago querido / cómo te extraño / porque tu siesta / en ningún lado / se puede igualar. // Dormir la siesta / en mi Santiago / es muy sagrado / muy respetado / si no me dejan / dormir la siesta / me puedo enfermar.*

La ruta es bastante angosta. Los postes del tendido eléctrico decrecen hasta desaparecer. El sueño me golpea. Mi mamá es de Frías, yo sé dormir. Puedo acomodar en cualquier lado mis ciento diez kilogramos, ciento noventa centímetros de carne y hueso irrigados por una altísima tensión arterial, triglicéridos

casi efervescentes, producto de malos hábitos y una serie de arrepentimientos y asuntos pendientes. Supongo que no tengo intenciones de morirme sano, pienso, mientras tres caranchos picotean las tripas de un perro atropellado. La combi interrumpe su festín. El ronroneo del motor es una canción de cuna. Cierro los ojos en Choya.

El sol del Este echa su furia sobre mi rostro, me despierto en Sinshi Caña. Diviso un cementerio con tres lápidas viejas. Pasamos por Santa Catalina. El paisaje ofrece un carrusel de imágenes: aves errantes, algarrobos, quebrachos, tuscas, mistoles, algún jacarandá, pencas, flores silvestres, postes enfilados hacia el infinito, cabras que se cruzan y algunas bolsas que sirven de almacenaje para los granos.

En una rotonda tomamos el camino a Santiago capital. Las otras salidas van a Catamarca y Termas de Río Hondo. Vuelvo a dormir y me despierto con una discusión política. Julio, su esposa y sus hijas toman una posición enfrentada a la de Pablo Castillo. El dios de la chacarera y los demás duermen. Siento deseos de expresar mi escepticismo sobre todas las opciones que involucren a un hombre como gobernador de los demás. Aunque Thomas Hobbes explicó que la anarquía y la guerra civil son peores. Para graficar al Estado utilizó una bestia bíblica llamada Leviatán. Para la ausencia del Estado, una bestia más ominosa: Behemot.

Los que somos entusiastas de la música, la literatura o cualquier rama del arte, peleamos en soledad. A veces, nos toca hacer política armados con nuestros sueños de tinta, madera, cuerdas y voz. No hay redes de contención aunque tampoco límites.

Una paloma se estrella contra el paragolpes de la combi. Transitamos la ruta 64. Sobre un neumático de tractor han pintado de blanco, con caligrafía errática: Bienvenidos a San José del Vizcacheral. Los ranchos de adobe cubiertos con techos de paja parecen postales. Una chancha inmensa bebe en el piletón de

cemento cerca de Remes, San Benito y Laprida, adonde un sendero de tierra zigzaguea hacia el monte. Las telas rojas en el algarrobo indican la gruta del Gauchito Gil. Las torres de alta tensión parecen robots desfilando en la llanura. Abren sus brazos, listos para desatar su venganza sobre la raza humana. No los culpo...

El verde de los tunales adornado con flores rojas atrae mi vista. Mi tío Elías Baracat me explicó que los colores complementarios transmiten una sensación de armonía y por eso atrapan al observador. La música tiene principios equivalentes. Todo obedece a leyes aunque no estén escritas. Incluso el azar. Me duermo. Me despierto en la avenida que entra a Santiago capital.

—¿Alguien quiere ishpar? —Julio utiliza el vocablo quichua para averiguar si queremos mear— Bajamos en la próxima estación de servicio, por favor, señor chofer.

Ishpamos y seguimos viaje. Compartimos unas cervezas heladas y tres docenas de empanadas criollas. Tomamos la ruta 34 hacia Pozo Hondo. Más adelante se bifurca hacia Clodomira y Beltrán. Pasamos Paraje de Señora, Pujio, Antaje el Aibe, Aurora, Las Delicias. Un canal de riego cruza la ruta cerca de Huaymampa y Abra Grande. Julio le indica al chofer que ingrese en Bobadal.

—Queremos pasar a ver a mi Tía Pepa.

—¿La tía Pepa? —me intereso.

—La Tía Pepa sabe mucho de los afros de San Félix. Tiene alrededor de cien años.

Zigzagueamos por las calles del pueblo, estacionamos en una casa pegada a un taller mecánico. Bajamos casi todos. Julio y su esposa se acercan a una anciana sentada bajo la sombra de dos paraísos frondosos en un patio de tierra. Arruga los ojos para descifrar la identidad de sus visitantes.

—Tía Pepa. Soy Julio.

—¡Julio! ¡M'hijo!

Se saludan con ganas. Una nieta vestida con falda y musculosa nos alcanza una botella de agua. Debe rondar los veinticinco años.

El pelo negro y sedoso cae por sus hombros descubiertos y llega hasta la cintura. Me detengo en su sonrisa de labios rojos y dientes perfectos. El agua helada también me da placer. La tía Pepa ha pasado a un segundo plano hasta que Julio le habla con voz fuerte:

—Mi amigo es escritor, tía. Cuéntele de los negros.

La Tía Pepa se ríe. Tose. Se ríe otra vez.

—A los afros les gustaba la fiesta, m'hijo. La bebida, la comida y la música. ¡Y eran mujeriegos! —agita la mano en el aire y estira de manera alevosa la palabra mujeriegos— Eso sí... no les gustaba el trabajo.

Miro el color de piel en el anverso de mi mano. Me sorprende no encontrar rastros más contundentes de africanidad. La despedimos con un beso. Volvemos a la combi con dos botellas de agua. Kike Oyola se ha despertado, conversa con Pablo. Luce cansado, sudado, molesto con la sensación térmica. La botella llega hasta sus manos, la empuja y da unos tragos larguísimos. Analía se la quita, bebe con ganas. El resto duerme.

Salimos por las calles de Bobadal. Una carreta avanza vendiendo víveres. El burro lleva un megáfono atado al cuello. Una mujer sostiene las riendas. A su lado va sentada una niña, debe ser su hijita. Han acomodado rollos de papel higiénico, frutas, verduras, huevo, harina y azúcar. La siguen cinco perros de distintos colores y tamaños.

Avanzamos por un sendero de tierra seca hacia el medio del monte. El chofer advierte que ya no veremos asfalto. Las vacas lucen tristes. Parecen haber perdido las esperanzas de encontrar pasto y comen lo que pueden de los arbustos. Sus caderas sobresalen del cuero como piedras puntiagudas. Un rancho de adobe y techo de paja con puertas pintadas de violeta muestra un letrero: Asamblea Cristiana. Mi brazo se ha dorado con el sol.

Unos kilómetros más tarde, sobre la derecha, yace un predio adonde puede haber unas quinientas personas. Una lona pintada indica: Comunidad afrodescendiente de San Félix. El chofer

estaciona. Nos recibe Eleuterio Melián. Nos da la bienvenida con un abrazo. Muestra una calidez especial hacia Julio y su familia.

—Todavía falta mucha gente por venir —explica—. Están jugando un torneo de fútbol. El premio para el campeón es una vaca y para el segundo un ternero —señala los animales atados a un quebracho.

La gente se agrupa en las mesas. Dos cabritos desollados cuelgan de la rama de un algarrobo. En los puestos venden bebidas, choripanes, achilata, helados, manzanas acarameladas, estampitas católicas y gaseosas. El predio está empapelado con afiches de un candidato presidencial. El escenario es un montículo de tierra contenido por tablas. Nos guían hasta un rancho para guarecernos del sol. Nos sentamos junto a un cardo alto rodeado de mistoles, garabatos y algarrobos negros. Sirven gaseosa, cerveza, asado, empanadas, choripanes. Mi remera está empapada de sudor. Almorzamos en medio de bromas. Se acerca un señor con rasgos evidentemente africanos. Se presenta: Marcelo Santos. Cuenta que nació en Cabo Verde y se ha radicado en Buenos Aires. Es un militante del reconocimiento de las raíces africanas en América. Millones de negros salieron del puerto de Cabo Verde. Miles se hundieron en el mar. Muchos llegaron a América del Sur, me cuenta. Deja una tarjeta con sus datos, nos damos un apretón de manos y se retira.

El presentador abre el festival. Invita al escenario a una escuela de capoeira. El líder del grupo toca el berimbau y otro el pandeiro. *Joga bonito que eu quero aprender / joga bonito que eu quero ver*, cantan todos a coro. Llega el turno de Pilli Herrera, interpreta chacareras. Luego sube una mujer afrocubana de unos cuarenta años. Mueve su cuerpo con gracia, agita sus rastas. Su vestido largo insinúa sus curvas. Emanan un acento sexy. Interpreta algunos temas que se hicieron famosos por *Buenavista Social Club*, el documental de Ry Cooder. Llega el turno de unos senegaleses. Ejecutan ritmos con sus tambores y bailan. Cómo quisiera poder coordinar mi cuerpo así.

En un español primitivo, el percusionista explica que los tambores tenían la función que hoy tiene Whatsapp. Ríen una risa blanca, pacífica y contagiosa.

Finalmente, el presentador anuncia a mis amigos. Suben al escenario. Pablo Castillo ecualiza su guitarra. Celeste Peralta afina la suya. Kike Oyola prueba el bombo. Analía Díaz golpea el cajón hasta que suena equilibrado. Abren el concierto con unas chacareras que levantan al público de sus sillas. Algunas han sido compuestas por Pablo Castillo para su disco *La vereda del sol*, título que eligió para homenajear a Jacinto Piedra, el ídolo santiagueño.

Eleuterio Melián sube al escenario, se acerca al micrófono. Manifiesta orgullo por pertenecer a San Félix. Explica:

—Estamos a punto de escuchar una canción que homenaja a los habitantes de esta comunidad.

Pide un aplauso para la “Chacarera de los negros”. Le cambió el título pero no me importa. Tengo una sensación de agradecimiento en todo el cuerpo. Apunto mi celular hacia el escenario para registrar el momento. Pablo presenta la obra. Mi corazón late fuerte. Celeste insinúa el clima con unos acordes. La chacarera se desata:

*Escuché que por San Félix
en los pagos de Alderete
un dolor se hizo repique
para aflojar los grilletes.*

Hay quienes aseguran que a mediados del siglo XIX, más del cincuenta por ciento de la población santiagueña tenía sangre negra. Una pareja de esclavos liberados se refugió en San Félix. Hoy, casi todos los habitantes de esa zona son sus descendientes. Imaginen a Adán y Eva caminando de la mano en medio de los bobadales en enero. Una versión infernal del paraíso:

*Fue una chispa entre las sombras
un bramido en los guadales
luz de Guinea y Angola
se hizo golpe, se hizo parche.*

La música se desparrama por el predio. Celeste eligió una base que evoca la africanidad. Estoy parado al lado de una torre de parlantes. La vibración del bombo y el cajón choca mi cuerpo. Los músicos senegaleses, atrás del escenario, batan palmas al ritmo de la chacarera. Me pregunto si entienden la letra:

*Africano grito nuestro
sobreviviente y negado
te han borrado de los libros
pero has vuelto en el malambo.*

¿Cuántos africanos esclavizados embarcaron desde Cabo Verde? ¿Cuántos llegaron a América? ¿Cuántos yacen en el fondo del océano? Los sobrevivientes encontraron algo apenas mejor que la muerte. Pablo canta el estribillo con fuerza:

*En Santiago hay una historia
que muchos han olvidado
negra chacarera vuela
recordando a tus hermanos.*

Una voz en el fondo del océano emergió en América. La atravesó como una herida de Norte a Sur. Preñó al continente con su latido de seis compases por ocho y surcó el monte de Santiago del Estero para alumbrar la chacarera. Pienso en nuestra canción: quizá germine en alguien y florezca en la boca del pueblo, aunque el destino de una copla es incierto.

*Sangre que fecunda siglos
samba, mulata y sufrida
liberada huella antigua
de tambores y de risas.*

*En los campos o en las minas
en las casas señoriales
pusieron precio a tus días
a tus huesos y a tu carne.*

Kike Oyola golpea el bombo con certeza. Analía palmea el cajón con los ojos cerrados. Dos claves mezcladas: africana y española. La melodía se convierte en una trenza de memoria, alegrías y pesares. El golpe a tierra obedece al corazón. Celeste complementa el ritmo con sus arreglos:

*Flor nacida en cautiverio
tan lejana magia negra
reina de una tierra seca
corazón de chacarera.*

Algunos aseguran que los habitantes argentinos de raza negra murieron en las guerras de la independencia, en la de Paraguay, en las epidemias de cólera y fiebre amarilla. También por la explotación. Muchos niegan esta versión. Muchas veces el arte es romper silencios en medio de la angustia selectiva:

*En Santiago hay una historia
que muchos han olvidado
negra chacarera vuela
recordando a tus hermanos.*

Hasta que la muerte los separe

El primero de abril a las diez de la mañana recibí una llamada de mi amigo Sergio Cucho Costantino, el director de cine nacido en Mendoza y criado en la Capital Federal (suponiendo que en Argentina exista federalismo). Me anotició:

—Me caso el sábado cuatro de abril en San Vicente.

El paraje está ubicado a cinco kilómetros de Deán Funes, al pie de las sierras que sirven de inspiración a los artistas del norte cordobés. Allí se levanta una capilla pintoresca que es parte de la personalidad de la región

—¡Ésas son noticias! ¿Con esa chica linda con la que viniste el año pasado?

—No, no, no. Con ésa no —carraspeó para aclarar la voz—. Conocí a Lucila hace cuatro meses. Ella sí es el amor de mi vida. Estamos prendidos fuego, Edu. Nos acompañamos a todos lados y nos entendemos. Quiero llevarla a San Vicente y sellar el amor que siento. Es uno de mis lugares favoritos en el mundo. Vos sabés...

—De sólo escucharte imagino su felicidad.

—Eso sí—hizo un silencio—... ella todavía no lo sabe. Quiero que sea un casamiento sorpresa.

A la intensidad veraniega le sigue abril con su vocación de desatar fuerzas extrañas. Caen las hojas teñidas, los árboles se desnudan, el verde huye de los campos, los días se acortan. Algo en el espíritu de la tierra se bate en retirada aunque promete regresar, dejando una calma similar a la nostalgia post orgásmica. Abril ocurre como

un naufragio que nos obliga a contemplar la inmensidad. Con su retórica de resurrección, provoca en los hombres tremendos actos de arrojo, como la poesía o el amor.

—¿Te querés casar de sorpresa? Eso es innovador.

—La cámara lenta no es mi estilo, vos sabés. Por eso necesito que me hagas dos favores.

Cucho me explicó que el tres de abril vendría a Deán Funes junto con su novia para el estreno de *Familia cantora*. Su filme gira en torno a la familia Pacheco, insignia artística y orgullo de mi tierra. Tuvo que elegir los instantes más significativos entre más de doscientas horas de grabación, obtenidas a lo largo de quince años, en los que fue acumulando escenas, perspectiva, amigos y comprensión de los rituales folclóricos. Como sucede con las notas de una sinfonía, las imágenes tuvieron que competir y ganarse el derecho a formar parte de la obra terminada. Cucho debió acomodar esa información a una trama que nos hace recorrer una amplitud de sensaciones, desde el fragor de los festejos a la tragedia. Mientras, dirigió y estrenó otras películas. Entre ellas: *Buen día, día*, sobre la vida de Miguel Abuelo. e *Imágenes paganas*, sobre Federico Moura, el líder del grupo Virus. Ambas me dejaron una mezcla de emociones fuertes y un mensaje: a menudo, la belleza proviene de la destrucción.

—Necesito que me ayudés a conseguir la llave de la capilla. ¿Podés?

—Creo que sí —respondí—. La última vez que fui estaba abierta. Pero fue hace mucho.

—Y necesito algo más... quiero que hagas de sacerdote.

Evalué la dimensión del pedido. Contesté:

—Aunque lo siento como un privilegio, creo que sería un poco raro. Es decir, abandonada y con el techo viniéndose abajo, sigue siendo una capilla católica con una cruz y un altar. Hasta tiene un confesionario y unos cuadros colgados en las paredes con imágenes del calvario. Sabés que soy bastante ateo.

—Bueno... no es que tendrías que administrar la eucaristía. Unas palabras simples, nada más. Quiero que estén todos los Pacheco, y también me gustaría que esté Marcos Manzur. ¿Qué opinás?

Palpé la importante barriga que he desarrollado. Pensé: me gusta el vino, he fantaseado con monjas desnudas, he escapado del trabajo duro y de los impuestos, me entusiasma escuchar toda clase de pecados y suelo encontrar en ficciones descabelladas, verdades que repito enfrente de diferentes tipos de multitudes. Para ser un sacerdote en serio, sólo me faltaría el rictus provocado por la fermentación de la libido y el temor al fuego eterno.

Los sacerdotes católicos no conocen la convivencia con el sexo opuesto. Ni el enajenamiento que producen los celos o el aterrador puerperio (Stephen King todavía no escribió un libro que se llame *Puerperio*) o los tormentosos cambios de humor por ninguna causa aparente o el SPM o la dramática pérdida de poder que sufrimos durante los embarazos o la cizaña venenosa de las suegras o esos ronquidos que nos despiertan en medio de la noche y nos hacen preguntar, bañados en sudor, con las manos en la cabeza: ¿quién es esa señora?

Estoy convencido de que los curas desconocen la minería a cielo raso que ocurre en el hogar del hombre casado. Muchas veces los he visto bendecir uniones: bailarines legitimando a los soldados. Ni se inmutan cuando preguntan: ¿Prometes amarla hasta que la muerte los separe? Porque así lo demanda Dios, otro soltero. Sobre todo, no conocen el significado de construir amor incondicional por una mujer. Creo que yo sí. De modo que me sentí capacitado para dar la bendición a mis amigos.

—Será un honor decir unas palabras en ese momento importante. Allí estaré.

El cuatro de abril, Cucho y yo conversamos por teléfono para ultimar detalles. Lo felicité por el estreno de su película. Recibió una ovación. Es la primera obra de ese calibre dedicada a mi tierra y sus artistas.

—La capilla ya está abierta —le dije—. La gente llegará a las dos.
—OK. Todo listo entonces. Lucila me pregunta a cada rato si me pasa algo —Cucho se rió—. Pero no sospecha nada.

El día parecía augurar cosas buenas a pesar del cielo plomizo. Me vestí con una camiseta negra que exhibe la réplica de una pintura sobre el muro de Berlín. Lleva escrita una pregunta junto a una silueta humana: ¿Cómo es Dios? Y su respuesta: Ella es negra.

Crucé el centro de Deán Funes en el automóvil, llegué a la ruta. Elegí el camino que pasa por el colegio Fray Luis Beltrán, un sendero de ripio bastante arruinado. El sol apareció brevemente entre las nubes y proyectó la sombra de un quebracho solitario plantado en medio del monte. Bajé la ventanilla para respirar el aire puro. Subí el volumen . El estribillo de la canción se repetía una y otra vez. La canté con toda la fuerza de mi garganta:

*Los que no saben dónde ir están buscándote,
los que ya fueron y vinieron vuelven con la fe.*

El violeta de las sierras se volvió verde. Divisé la cruz de hierro encima de la torre del campanario. El frente de la capilla necesitaba una mano de pintura. Estacioné y bajé. El viento perfumado de hierbas acarició mi rostro. Caminé en dirección a la entrada. Un perro marrón con manchas blancas me siguió hasta la puerta moviendo su cola. La garrapata prendida a su oreja podía explotar en cualquier momento. Fui el primero en llegar. Por las puertas abiertas entraba un chorro de luz y deshacía la oscuridad. Faltaban cinco minutos para las dos. Caminé hasta el final del pasillo. Presentí que el romanticismo de Cucho nos jugaría en contra al resto de los hombres. Esa determinación kamikaze para entregarse al amor establecería un parámetro difícil de igualar. Sentaría un precedente incómodo para el género. Quizá en el futuro, los hombres de mi pueblo dirían: ese porteño nos enseñó qué son la seducción, la valentía y la conquista.

¿Qué podía decir en la unión de mis amigos? Esperaba no incomodar a los católicos invitados a la ceremonia. O sea, casi todos. Se preguntarían qué hacía alguien como yo en la casa del hijo del dueño del tiempo.

Fueron llegando los integrantes de la familia Pacheco. La mayoría se persignaba, practicaba una genuflexión a la cruz y seguía hasta ocupar los bancos. Nos saludamos en voz baja. Los murmullos acrecentaban la oquedad que producen las paredes y los techos altos. Rosario Pacheco se sentó cerca del altar y acomodó una guitarra a su lado. Junto a ella se sentaron sus hermanos, Claudio e Iris. Me quedé al costado sin saber qué hacer.

Un automóvil frenó. Su motor se apagó. Dos puertas sonaron al cerrarse. Cucho apareció de la mano con Lucila. Todos de pie. Claudio tomó la guitarra. Arpegió con maestría los acordes del *Ave María* de Schubert. Los novios caminaron despacio por el pasillo. La voz de Rosario se esparció por la capilla. El rostro de Lucila comenzó a transformarse a medida que fue descubriendo el propósito de su visita a San Vicente. Suspiraba, miraba a sus costados y sonreía ante la cantidad de cómplices de su enamorado. Su vestido blanco con flores negras realzaba su elegancia. Llegaron hasta el altar. Los recibí con un abrazo y un beso. La mamá de Claudio se acercó a la novia y le colocó una flor en el cabello. La música terminó y sobrevino un silencio estremecedor. Cucho me entregó los anillos. Tomó las manos de su enamorada, la miró a los ojos y dijo:

—Lucila, el día en que me comprometí con vos, me comprometí a cuidarte, a ser sincero, ser verdadero con vos.

Las piernas de la novia temblaban. Sonreía y negaba con cierta incredulidad. Lo miraba con ojos brillantes. Si se desmayaba, se perdería la escena de amor más impresionante de la historia de Ischilín. Continuó:

—Me comprometí a sorprenderte, a hacerte reír tres veces al día.

A hacerte el amor hasta que mi cuerpo no dé más. A abrazarte cuando llores, a cuidarte como lo máspreciado en este mundo. Acá estoy, mi amor.

Observé el rostro de algunas mujeres invitadas. Estaban casi tan emocionadas como la novia. Los hombres parecían tomar nota. Lo disfrutaban a pesar de que tendrían que remar para no quedar insignificantes frente a sus parejas después de este despliegue de romanticismo épico.

—Me comprometí a amarte como nadie te amó. A crear mi arte inspirado en vos. A que te sientas orgullosa. A que sepas que mi sangre siciliana te pertenece. Me comprometí incondicionalmente porque la incondicionalidad nos salva.

Supongo que Lucila no tuvo alternativa y se arrojó a los brazos de Cucho. Creo que todos quisimos arrojarnos a los brazos de Cucho. Se besaron. Ella dijo: Te amo. Lo repitió. Lo dijo otra vez más. Sus bocas se enredaron. Los movimientos de sus cabezas acompañaban el beso, sus manos se buscaron, se apretaron. Ella rompió en llanto. ¡A la mierda con las novelas! No había libreto, egos o reflectores. Éramos testigos del amor en vivo. No había corazones de utilería, ni trama, ni posibilidades de edición. El director de cine había decidido realizar un montaje de su propia vida.

Permanecieron abrazados. Cucho me miró y asintió. Los anillos en mi mano se habían humedecido. Sentía la boca seca. Cualquier cosa que dijera estaría de más. De modo que me acerqué despacio a los novios. Supongo que la cámara lenta es mi estilo. Todos los ojos estaban puestos en ellos. Y ahora, en el debut sacerdotal.

—Buenas tardes a todos.

Soné un poco tembleque. Respiré hondo. Acaricié mi quijada. Comprimí los labios. Deseé que al finalizar mis palabras no me tiraran con una silla. Sentía el cuerpo acalorado. Tomé coraje con una bocanada de aire profunda. Intenté afirmar la voz y volví a dirigirla a la audiencia:

—Hace cuatro meses, Cucho entró al bar de siempre después de un día duro de trabajo. Buenos Aires diluviaba. Caminó hasta la barra con ganas de tomar una cerveza. Sobre la silla que siempre ocupaba, encontró a una mujer bella. La vio sonreír. Sintió algo muy fuerte dentro. En vez de deshacerse en halagos o soltar gestos que delataran interés, hizo lo que hubiera hecho cualquier conquistador de ley: la recriminó. ¿Y vos, qué haces sentada en mi silla? Se pusieron a pelear como niños. Bebieron una cerveza y después otra. Y otra más, hasta que llegaron a la conclusión de que la silla no podía ser compartida porque es el espacio habitable más individual que existe. Tramaron una tregua, bajo la lluvia y sin paraguas. Caminaron empapados, ajenos a los automóviles que los salpicaban. Horas más tarde, compartían una cama. Inauguraban un amor que promete trascender en el tiempo.

Supongo que la emoción me quitó el miedo a expresarme. Envalentonado, decidí un leve viraje estético acorde con mi rol:

—Queridos hermanos: la civilización y todo aquello que la define es una novedad en un mundo de 4.600 millones de años. Tuvieron que existir las amebas, los dinosaurios y los monos que se convirtieron en el hombre que desató la guerra que hambreó a los ancestros sicilianos de Cucho y los mandó a Argentina para sobrevivir y empujar a nuestro amigo a la existencia. Los abuelos de Lucila también tuvieron que cruzar el océano y rehacer su vida en estas tierras. Es imposible calcular la cantidad de eventos que tuvieron que ocurrir para que nuestros amigos se encontraran y se eligieran, por encima del resto de los habitantes de la Tierra. ¿Qué es Dios, sino el azar que precede a la existencia de todo? Acá estamos, 4.600 millones de años más tarde, celebrando esta unión. Y eso es un milagro.

Les entregué los anillos. Cucho se lo colocó a ella. Lucila hizo lo mismo con él. Sostenían sus miradas tomados de las manos.

—Los declaro compañeros en la vida. Pueden seguir besándose

y consumando el amor. No hay fruto prohibido. No hay culpas ni serpientes. Nadie podrá desterrarlos de su Edén. Hasta que la muerte los separe.

El gato siamés de ojos azules

El gato siamés de ojos azules trajo un ratón al living. Puede haberlo lastimado en algún baldío. Puede haberlo asegurado con sus dientes jóvenes y cargado en su boca por los techos de Frías. Entró por mi balcón a las tres de la mañana. Supongo que el trasnoche es la hora del cazador, sin importar la especie. El gato siamés muerde su presa y la arrastra por el piso blanco, manchado con trazos desordenados de sangre. Fanfarronea con su ofrenda, como si hubiera ajusticiado a un político corrupto. Me acuclillo para reconocer su proeza. El ratón no intenta un escape. Tiembla, se convulsiona. El gato de pelaje dorado vive conmigo y lo alimento a diario con Whiskas sabor pescado. No me pertenece aunque detrás de sus ojos terriblemente azules haya concebido su mentira. Mi gato fue otro, se llamaba Jobim. Lo hallé debajo de una escalera, maullando de hambre junto a un montón de basura, en una vereda de El Cairo. Lo llevé desde Wist il Balad hasta mi hogar en la isla de Zamalek y lo alimentamos junto a una mujer que amé, herí, defraudé y abandoné. Diez años atrás era mucho más hipócrita de lo que soy ahora. Me horrorizaban el Islam y sus prohibiciones, los prejuicios cristianos, los clítoris mutilados, los inocentes encarcelados y la prensa sometida por el dictador. Vociferaba contra la injusticia del mundo desde un *penthouse* con vista al Nilo, mientras los académicos se expresaban en lenguaje ensayístico sobre las alternativas de desarrollo humano en países desafiados por la ignorancia. Protestaba contra los organismos supranacionales de crédito que esclavizaban Sudamérica y hasta simulé ser un personaje altamente socialista y me exhibí por


los pasillos de la American University, adonde comulgaba con príncipes y princesas del Golfo. Mi gato Jobim era blanco con manchas grises o viceversa. Me acompañaba en los momentos de angustia, cuando intuía que el mundo sería un agujero inmundo con breves raptos de claridad. En la feria de Khan Il Khalili le compré un collar con un cascabel que sonaba cuando perseguía la luz del puntero láser. De aquí para allá, de allá para aquí. La primavera árabe se incubaba en silencio, entre torturas a disidentes y cielos vomitados de polución. Yo jugaba a ser Naguib Mahfouz en el Cafe Fishawi, mientras tramaba mis estrategias de decepción conyugal y novelas que jamás vieron la luz. Mi gato Jobim comenzó a rasgar las cortinas compradas a los artesanos de Alejandría. Daba alaridos nocturnos, sus testículos se llenaron de semen y eyaculaba en las paredes, en medias y zapatos, en los roperos, en cualquier lado. No había tejados, sólo balcones altísimos y miles de minaretes desde donde llegaban los temores convertidos en plegarias. Hice lo que hubiera hecho cualquier Dios en un ataque de narcisismo. Lo metí en una jaula, lo llevé al veterinario para que cortaran sus huevos y sus garras. Otro gato volvió al hogar. Jobim lucía desorientado aunque perfectamente acomodado a mis expectativas. Sus maullidos sonaban cada vez más apagados. Le había dado mi dosis de misericordia, como la que recibían los niños del callejón en la novela de Mahfouz. Lo transformé en un peluche, en una burla. Jobim murió un par de meses después, sin causa aparente, sin huevos, sin garras. Diez años después, el gato siamés de ojos azules que vive en mi casa ha matado ese ratón para que me enorgullezca de él. Podría agradecersele con una taza repleta de Whiskas. Podría explicarle que el teatro animal se replica en todas las especies. Yo podría perdonarme porque en ese entonces era mucho más hipócrita de lo que soy ahora. Podría beber algo fuerte porque necesito olvidar por un segundo que he mutilado todo lo que he podido. Lo hice con mi gato Jobim. Lo

hice conmigo mismo. He amputado de mí al hombre que gritaba y pedía por una revolución. No funcionó. La primavera árabe trajo otra dictadura, más sangrienta y represiva. Las revoluciones buenas están en las buenas novelas. Entendí que son parte del teatro humano, el mismo teatro en el que necesitamos ser salvados por alguien inhumano, configurado a nuestra imagen y semejanza. Necesitamos que esa ficción sea lo suficientemente ominosa y verosímil. Las revoluciones son nuestra manera de morder un ratón, arrastrarlo por el suelo, dejar trazos de sangre y ofrendarlo a quienes nos mutilarán. Diez años después, lejos de aquel Egipto, el gato siamés de ojos azules empuja el ratón hasta mis pies. Lo miro con cierta tristeza. Yo también he quedado irreconocible.

Índice



Pasajero 19	9
Caféina	15
La vuelta del mapuche	21
¡Gracias. Soy de Argentina, de Deán Funes. <i>I love New York!</i>	31
La última carrera	41
Vuelven los profetas	49
El mural de Ponce y yo	59
Carta al dueño de la bodega Jairala Oller	69
El escritor que camina junto a mí	75
220 kilómetros	85
El amo de las palomas	95
Conversación con el señor Tamashiro	99
La otra orilla	107
Los niños de Santa Cruz	111
Amor salvaje	117
El último parto	127
Más allá de las altas coníferas	133
Los afros de San Félix	139
Hasta que la muerte los separe	149
El gato siamés de ojos azules	157





Bechara Baracat, Eduardo
Cafeína / Eduardo Bechara Baracat
1ª ed., Córdoba, Argentina: Viento de Fondo y
Ediciones del Galáctico Flâneur, 2016.
ISBN 978-987-29042-4-1 - 164 ps.; 21 x 15 cm.
1. Relatos. I. Título - CDD A863

Edición al cuidado de Gastón Sironi
Foto y diseño de tapa: Juan Premat
Foto de solapa: Sergio Sandona



Impreso en Gráfica Premat,
Córdoba, Argentina,
en la primavera de 2016

